

MAX LUCADO

***El
Trueno***

APACIBLE

Un Sello de Editorial Caribe

© 1996 EDITORIAL CARIBE

Una división de Thomas Nelson

P.O. Box 141000

Nashville, TN 37214-1000, EE.UU.

Título del original en inglés:

A Gentle Thunder

© 1995 por *Max Lucado*

Publicado por *Word Publishing*

Traductor: *Eugenio Orellana*

ISBN : 0-88113-348-5

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total
o parcial de esta obra sin la debida
autorización de los editores.

A menos que se indique lo contrario,
las citas bíblicas se han tomado de
la Biblia en versión popular, *Dios habla hoy* .

*En honor del pasado,
vislumbrando el futuro,*

*dedico este libro a
Kip Gordon y Byron Williamson
de Word Publishing*

Contenido

Reconocimientos

1 Su voz, nuestra decisión

PARTE UNO: SU VOZ

2 El Autor de la vida

El Dios que soñaba

3 El Perseguidor del cielo

El Dios que acosa

4 Ven y compruébalo

El Dios que vino

5 Milagro a medianoche

El Dios del tiempo preciso

6 El secreto del perdón

El Dios de la inmensa gracia

7 El Pan de vida

El Dios que alimenta mi alma

8 Por más tiempo que la eternidad

El Dios que ama osadamente

9 Lecciones desde el huerto

El Dios que recupera lo sagrado

10 Qué hacer con los cumpleaños

El Dios de la victoria solemne

11 Música para el baile

El Dios que envía la canción

12 Una clase diferente de héroe

El Dios que conoce tu nombre

13 Sostenidos por su mano

El Dios que no te dejará caer

14 Una historia de Cenicienta

El Dios que dio su belleza

15 El predicador de las malas noticias

El Dios de la fe obstinada

16 El último testigo

El Dios que aporta pruebas

PARTE DOS: NUESTRA DECISIÓN

17 Al revés

¿Nacido una vez o nacido dos veces?

18 El hombre ¡Ah!-¡Uf!

Las multitudes o Cristo

19 Calamidades en la escala común

¿Preocupado o confiado?

20 Tu lugar en la banda de Dios

¿A favor o en contra?

21 Amor extravagante

¿Ganárselo o recibirlo?

22 El más acariciado sueño de Dios

División o unidad

23 A veces, Dios se preocupa de nimiedades
¿Confía en Él o reniega de Él?

24 La parábola del anuncio tipo sándwich
¿Su estilo o el de Él?

25 Lo atractivo de la santidad
¿Guiado o extraviado?

26 Mira antes de etiquetar
¿Cuidar o condenar?

27 En busca del Mesías
¿Cómo lo ves a Él?

28 Pedro, Coyote y yo
¿Culpa o gracia?

29 Listos para ir a casa
Preparado o no

30 El pueblo de la caverna
¿Compartirás la luz?

31 Si solamente supieras

Guía de estudio

Reconocimientos

Un libro debería ser un jardín que quepa en la mano. Las palabras, pétalos de color. Los tallos de fuerza. Las raíces de verdad. Vuelves una página y vuelves las estaciones. Lees la frase y disfrutas las rosas.

El cultivo no es fácil, sin embargo, en especial cuando se trata de palabras. La maleza brota y las ideas se marchitan. Algunos párrafos necesitan agua; otros

necesitan cortarse. Hay ocasiones cuando te preguntas si alguien podrá podar esta jungla. Estoy profundamente agradecido a algunos valientes que se subieron las mangas, bajaron al terreno y se me unieron en el trabajo.

Karen Hill: mi asistente y querida amiga. Leal, creativa y siem— pre dispuesta a ayudar. Tú eres inapreciable.

Liz Heaney: mi editora desde hace mucho tiempo. Aunque me quejo cuando podas, no hay tijera más necesaria.

Steve Halliday: Otro gran trabajo con la guía de estudio.

El personal y miembros de la Iglesia Oak Hills: ¡Qué terreno de fe!

La edición 94 del *Young Messiah Tour* : Gracias por escuchar esas palabras antes de desyerbarlas.

Casa de Publicaciones Word: ¡Ningún equipo podría hacerlo mejor!

Lynn Anderson: Mi primera compra después de salir de la universidad fue un juego de tus sermones sobre el Evangelio de Juan. Porque por ese entonces amabas a Juan, yo lo amo hoy.

Steve y Cheryl Green: Por hacer todo lo que hicieron, yo pude hacerlo.

Lindsey Hill, Lois Jeane Davis, Jeanette Rudd, Becky Bryant, Tina Chisholm y Francis Rose, el personal de *Up Words Radio Ministry* : ángeles en préstamo.

Sue Ann Jones: ¡Qué ojo escrutador y qué lápiz más hábil!

Jenna, Andrea y Sara: Que siempre conserven sus raíces en el suelo del amor de Dios.

Y para Denalyn, mi esposa: Por hacer que el pasto se vea tan verde a este lado de la cerca mientras que el del otro parezca árido.

Y finalmente, para ti, lector: De los muchos jardines que pudieras visitar, elegiste visitar este. Me siento honrado. Espero que la estancia sea agradable. Que

puedas encontrar familiares algunas cosas nuevas y que otras nuevas te sean familiares.

Quédate cuanto gustes. Si encuentras una rosa digna de llevar, siéntete en libertad de cortarla. Si encuentras unas pocas cosas dignas de decírselas a otros, por favor, hazlo.

¿Y quién sabe? Adán oyó a Dios hablar en el huerto; quizás lo mismo ocurra contigo.

*En la calamidad clamaste, y yo te libré;
Te respondí en lo secreto del trueno.*

Salmo 81:7 , RV—1960

Su voz, nuestra decisión

UN BUEN PILOTO hace cualquier cosa con tal de llevar a sus pasajeros salvos a casa.

Fui testigo de un buen ejemplo de esto una vez que volaba por algún lugar sobre Missouri. La auxiliar de vuelo nos dijo que volviéramos a nuestros asientos porque nos aproximábamos a una zona de turbulencias. Se trataba de un vuelo problemático y la gente tardó bastante en reaccionar; pero ella nos advirtió de nuevo: «Vamos a movernos, así que por seguridad, es mejor que se sienten».

Muchos lo hicieron. Pero unos pocos no, así es que ella cambió el tono: «Damas y caballeros, por su bien, ¡vuelvan a sus asientos!»

Creía que todos estaban sentados, pero era evidente que estaba equivocado, porque la próxima voz que oí fue la del piloto: «Este es el capitán Brown», anunció. «Hay algunos pasajeros heridos por ir al baño en lugar de permanecer en sus asientos. Queremos ser bien claros en cuanto a nuestra responsabilidad. Mi trabajo es pasar con ustedes a través de la tormenta. Su trabajo es hacer lo que les digo. ¡Así es que tomen asiento y abróchense los cinturones!»

En ese momento se abrió la puerta del baño y apareció un tipo con el rostro rojo de vergüenza y con una sonrisita tímida se fue a sentar.

¿Se equivocó el piloto en lo que hizo? ¿Fue demasiado insensible o poco cortés? No, todo lo contrario. Para él era más importante que el hombre estuviera a salvo aunque avergonzado, que no advertido y herido.

Los buenos pilotos hacen lo que sea necesario con tal de llevar a sus pasajeros a casa.

Así es Dios. He aquí una pregunta clave: ¿Cuánto quieres que Dios haga para prestarte atención? Si Él tuviera que escoger entre tu seguridad eterna y tu bienestar terrenal, ¿qué crees que escogería? No te apresures en contestar. Piensa un poco.

Si Dios te ve de pie cuando deberías estar sentado, si Dios te ve en peligro en lugar de verte a salvo, ¿cuánto quieres que Dios haga para que te preste atención?

¿Qué dirías si Él decidiera llevarte a otro país? (Como hizo con Abraham.) ¿Qué dirías si te llamara a dejar el retiro? (¿Recuerda a Moisés?) ¿Qué tal si te hablara un ángel o las entrañas de un pez? (Tipo Gedeón o Jonás.) ¿Qué tal un ascenso como Daniel o una destitución como Sansón?

Dios hace cualquier cosa con tal que le escuchemos. ¿No es ese el mensaje de la Biblia? La búsqueda implacable de Dios. Dios a la caza. Dios buscando. Hurgando debajo de la cama en busca de sus hijos escondidos, moviendo los arbustos rastreando la oveja perdida. Haciendo una bocina con sus manos para gritar por las quebradas. Luchando con los nuevos Jacobs en los enlodados Jabocs de la vida.

Por todas sus peculiaridades y desigualdades, la Biblia tiene una historia sencilla. Dios hizo al hombre. El hombre rechazó a Dios. Dios no se dará por vencido hasta que traiga al hombre de vuelta a Él. Desde Moisés en Moab hasta Juan en Patmos, ha podido oírse la voz: «Yo soy el piloto. Tú eres el pasajero. Mi trabajo es llevarte a casa. Tu trabajo es hacer lo que yo digo».

Dios es tan creativo como inexorable. La misma mano que mandó maná a Israel, envió a Uza a la muerte. La misma mano que dejó libre a su pueblo de la esclavitud en Egipto, lo envió cautivo a Babilonia. Bondad y austeridad. Ternura y dureza. Firmeza fiel. Paciencia urgente. Ansiedad tolerante. Suave en su gritar. Dulce. Atronador.

Trueno apacible.

Así es como Juan vio a Jesús. El Evangelio de Juan tiene dos temas: la voz de Dios y la decisión del hombre. Y ya que este libro se basa en Juan, verás el mismo dúo: su voz, nuestra decisión.

Jesús dijo: «Yo soy el pan que da vida. Yo soy la luz del mundo. Yo soy la resurrección y la vida. Yo soy la luz del mundo. Yo soy la puerta. Yo soy el camino la verdad y la vida. Vendré otra vez para llevaros conmigo».

La proclamación de Jesús: siempre ofreciendo, nunca forzando:

De pie junto al paralítico: «¿Quieres recobrar la salud?» (Juan 5:6).

Cara a cara con el ciego, ahora sano: «¿Tú crees en el Hijo del hombre?» (Juan 9:35).

Cerca de la tumba de Lázaro, probando el corazón de Marta: «Y ninguno de los que viven y creen en mí morirá jamás. ¿Crees esto?» (Juan 11:26).

Probando la intención de Pilato: «¿Eso lo preguntas tú por tu propia cuenta, o te lo han dicho otros de mí?» (Juan 18:34).

La primera vez que Juan oyó a Jesús hablar, este preguntó: «¿Qué estáis buscando?» (Juan 1:38). Entre las últimas palabras de Dios, está todavía esta otra: «¿Me quieres?» (21:17).

Este es el Jesús que Juan recuerda. Las preguntas sinceras. Las afirmaciones atronadoras. El toque suave. Nunca yendo donde no le invitan, pero una vez invitado, nunca se detiene sino hasta finalizar, hasta que se haya hecho una decisión.

Dios susurrará. Gritará. Tocaré y forcejaré. Nos despojará de nuestras cargas; y aun nos quitará nuestras bendiciones. Si hay mil pasos entre nosotros y Dios, Él los dará todos, menos uno. A nosotros nos corresponderá dar el paso final. La decisión es nuestra.

Por favor, entiende. Su meta no es hacerte feliz. Su meta es hacerte suyo. Su meta no es darte lo que quieres; es darte lo que necesitas. Y si eso significa una o dos sacudidas para que vuelvas a tu asiento, lo hará. La molestia terrenal es un agradable cambio para la paz celestial. Jesús dijo: «En el mundo habréis de sufrir; pero tened valor, pues yo he vencido al mundo» (Juan 16:33).

¿Cómo podía hablar con tal autoridad? ¿Con qué derecho toma el mando? Simple. Él, como el piloto, sabe lo que no sabemos, y puede ver lo que no podemos.

¿Qué sabía el piloto? Sabía cómo volar un avión.

¿Qué veía el piloto? Turbulencias adelante.

¿Qué sabe Dios? Sabe cómo gobernar la historia.

¿Qué ve Él? Supongo que usted entiende el mensaje.

Dios quiere llevarte a casa con seguridad.

Sólo piensa en Él como tu piloto. Piensa en ti como su pasajero. Considera este libro como una lectura en vuelo. Y piensa dos veces antes de levantarte e ir al baño.

Su voz

Hubo una vez un hombre que retó a Dios a que le hablara.

Dios, quema la zarza como lo hiciste para Moisés.

Y te seguiré.

Dios, derriba las murallas como lo hiciste para Josué.

Y pelearé.

Calma las ondas como lo hiciste en Galilea.

Y te oiré.

Así que el hombre se sentó junto a la zarza, cerca de una muralla, y a la orilla del mar

y esperó a que Dios le hablara.

Y Dios oyó al hombre, y le contestó.

Mandó fuego, no a una zarza, sino a una iglesia.

Derribó una muralla, no de ladrillos, sino de pecado.

Calmó una tempestad, no del mar, sino del alma.

Y Dios esperó a que el hombre respondiera.

Y esperó ...

Y esperó ...

Y esperó.

Pero debido a que el hombre miraba zarzas, no corazones;

ladrillos y no vidas, mares y no almas,

supuso que Dios no había hecho nada.

Finalmente, miró a Dios y preguntó: ¿Has perdido tu poder?

Y Dios lo miró y le dijo: ¿Te has quedado sordo?

En el principio ya existía la Palabra[...]

Aquel que es la Palabra se hizo hombre, y vivió entre nosotros.

Juan 1:1 , 14

2

El Autor de la vida

SENTADO ANTE el gran escritorio, el Autor abre el gran libro. No contiene palabras. No contiene palabras porque estas no existen. Y no existen porque no se necesitan. No hay oídos para oír las, ni ojos para leerlas. El Autor está solo.

Toma el gran bolígrafo y empieza a escribir. Como el artista combina los colores y el tallador sus herramientas, el Autor une las palabras.

Hay tres. Tres únicas palabras. De esas tres surgirá un millón de pensamientos. Pero la historia pende de esas tres palabras.

Toma su bolígrafo y escribe la primera. T-i-e-m-p-o.

El tiempo no existía hasta que Él lo escribe. Él, Él mismo, es sin tiempo, pero su historia se encerrará en el tiempo. La historia tendrá un primer amanecer, un primer movimiento de la arena. Un comienzo ... y un término. Un capítulo final. Él lo sabe antes de escribirlo.

Tiempo. La distancia de un paso en el sendero de la eternidad.

Despacio, tiernamente, el Autor escribe la segunda palabra. Es un nombre. A-d-á-n.

Mientras escribe, lo ve, al primer Adán. Luego ve a los demás. En mil eras, en mil tierras, el Autor los ve a todos. A cada Adán. A cada hijo. Los ama al instante. Los ama para siempre. A cada uno le asigna un tiempo. A cada uno le señala un lugar. No hay accidentes. No hay coincidencias. Sólo designio.

El Autor les promete a los que aún no han nacido: Los haré a mi imagen. Serán como yo. Reirán. Crearán. Nunca morirán. Y escribirán.

Tendrán que hacerlo, porque cada vida es un libro, no para leerse, sino para escribirse. El Autor comienza la historia de cada vida, pero cada vida escribirá su propio final.

¡Qué riesgosa libertad! Habría sido más seguro haber terminado la historia de cada Adán. Escribir cada alternativa. Pudo haber sido más simple. Más seguro. Pero no habría sido amor. Amor es amor sólo si se escoge.

Así es que el Autor decidió dar a cada hijo un bolígrafo. «Escriban con cuidado», susurró.

Con todo amor, deliberadamente, escribió la tercera palabra, sintiendo ya el dolor. E-m-a-n-u-e-l.

La más grande mente en el universo imaginó el tiempo. El juez más justo concedió a Adán una elección. Pero el amor fue el que dio a Emanuel. Dios con nosotros.

El Autor entraría en su historia.

El Verbo se haría carne. Él, también, nacería. Él, también llegaría a ser humano. Él, también tendría pies y manos. Él, también tendría lágrimas y pruebas.

Y, lo más importante, también tendría que hacer una elección. Emanuel se erguiría en la encrucijada de la vida y la muerte, y haría una decisión.

El Autor conoce bien el peso de esa decisión. Hace una pausa y escribe la página de su propio dolor. Pudo haberse detenido allí. Hasta el Autor tiene que hacer una decisión. Pero, ¿cómo podría el Creador no crear? ¿Cómo podría un Escritor no escribir? ¿Y cómo podría el Amor no amar? Así es que Él elige la vida, aunque esta signifique la muerte, con la esperanza que sus hijos hagan lo mismo.

Y así, el Autor de la Vida completa su historia. Clava el clavo en la carne y rueda la piedra sobre la tumba. Sabiendo la elección que va a hacer, conociendo la elección que todos los Adanes van a hacer, escribe: «Fin». Cierra el libro y anuncia el principio.

«¡Hágase la luz!»

He visto al Espíritu Santo bajar del cielo como una paloma, y reposar sobre Él. Yo todavía no sabía quién es Él, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: «Aquel sobre quien veas que el Espíritu baja y reposa, es el que bautiza con Espíritu Santo». Yo ya le he visto, y soy testigo de que es el Hijo de Dios.

Juan 1:32–34

El Perseguidor del cielo

JUAN EL BAUTISTA vio una paloma y creyó. James Whittaker vio a una gaviota y creyó. ¿Quién podría decir que el que envió la primera no pudo haber enviado la segunda?

James Whittaker fue un miembro de la tripulación seleccionada que voló en el B-17 *Flying Fortress* capitaneado por Eddie Rickenbacker. Todo aquel que no olvida la fecha de octubre de 1942 recordará el día en que dieron por perdidos a Rickenbacker y su tripulación.

En algún lugar sobre el Pacífico, fuera del alcance de la radio, el avión se quedó sin combustible y se estrelló en el océano. Los nueve hombres pasaron todo un mes flotando en tres balsas. Lucharon con el calor, las tormentas y el agua. Tiburones, algunos de más de tres metros de largo, atacaron sus balsas, más pequeñas que ellos. Pasados apenas ocho días, sus provisiones fueron consumidas o dañadas por el agua salada. Sólo un milagro les permitiría sobrevivir.

Una mañana, después de tener su devocional, Rickenbacker echó su cabeza hacia atrás, la apoyó en el borde de la balsa y echó su gorra sobre los ojos. Un ave se paró en su cabeza. Él la observaba por debajo de su gorra. Todos los ojos estaban puestos en él. Por instinto supo que se trataba de una gaviota.

Rickenbacker la agarró y la tripulación se la comió. Los intestinos del ave se usaron como carnada para pescar ... y la tripulación sobrevivió para contar la historia. Una historia sobre una tripulación desamparada y sin esperanza o ayuda a la vista. Una historia sobre oraciones ofrecidas y oraciones contestadas. Una historia sobre un visitante de una tierra desconocida que viajó una gran distancia para dar su vida en sacrificio.

Una historia de salvación.

Una historia muy parecida a la nuestra. ¿Hemos estado, como la tripulación, desamparados? ¿Hemos, como la tripulación, orado? ¿Hemos sido, como la tripulación, rescatados por un visitante a quien nunca habíamos visto, mediante un sacrificio que nunca olvidaremos?

Es posible que hayas oído antes la historia de Rickenbacker. Quizás me la hayas escuchado. O la hayas leído en alguno de mis libros. Coreen Schweenk lo hizo. Ella estaba comprometida con el único miembro de la tripulación que no sobrevivió, el joven sargento Alex Kacymarcyck. Con motivo de una reunión de la tripulación efectuada en 1985, la señora Schweenk supo que la viuda de James Whittaker vivía a sólo ciento treinta kilómetros de su casa.

Después de leer esta historia en mi libro *In the Eye of the Storm* [En el ojo de la tormenta], sintió el impulso de escribirme. El verdadero milagro, me informaba, no fue un ave en la cabeza de Eddie Rickenbacker, sino un cambio en el corazón de James Whittaker. Lo más maravilloso es que ese día no se produjo el rescate de una tripulación, sino el rescate de un alma.

James Whittaker era un incrédulo. El accidente aéreo no cambió su incredulidad. Los días en que enfrentaron la muerte no lo hicieron reconsiderar su destino. En realidad, la señora Whittaker le dijo que su esposo estaba cada vez más irritado con John Bartak, un miembro de la tripulación que leía constantemente su Biblia en privado y en alta voz.

Pero sus protestas no detuvieron la lectura de Bartak. Ni la resistencia de Whittaker impidió que la Palabra penetrara en su alma. Sin saberlo Whittaker, se estaba preparando la tierra de su corazón. Por eso fue que una mañana, después de la lectura de la Biblia, una gaviota se paró en la cabeza del capitán Rickenbacker.

Y en ese momento, Jim creyó.

Me reí cuando leí la carta. No de la carta. Creo cada palabra de ella. No de James Whittaker. Tengo todo el derecho para creer que su conversión fue real. Pero no pude sino reírme ... por favor, discúlpame ... me reí de Dios.

¿No es eso típico de Él? ¿Quién iría a tales extremos para salvar un alma? Hacer tal esfuerzo para captar la atención de alguien. El resto del mundo se ocupa de Alemania y Hitler. Cada titular de los periódicos informa de las acciones de Roosevelt y Churchill. El globo está enfrascado en una batalla por la libertad ... y en el Pacífico, el Padre se ocupa de enviar una gaviota misionera para salvar un alma. ¡Ah, las distancias que recorre Dios para captar nuestra atención y ganar nuestra devoción!

En 1893 Francis Thompson, un poeta católicorromano, describió a Dios como el «Perseguidor del cielo»:

Huí de Él, durante la noche y en el día;
Huí de Él, en el curso de los años;
Huí de Él, por los intrincados caminos
De mi propia mente; y en medio de las lágrimas
Me escondí de Él, y bajo el rumbo de la risa,
Subí velozmente por las esperanzas
Y disparado como un tiro
Por oscuridades titánicas.¹

Thompson se refiere a Jesús como «ese tremendo amante, buscándome con su amor». Jesús sigue con «tranquila persecución y paso imperturbable, velocidad reflexionada, solícita majestad». Y al final, Jesús habla, recordándonos: «Ay, no sabes cuán poco digno eres de cualquiera expresión de amor. ¿A quién encontrarás que ame a ser tan indigno, salvo yo, salvo únicamente yo? Por lo cual, lo que quité de ti lo quité no por tu mal, sino para que lo buscaras en mis brazos».²

¿Tienes espacio para un cuadro así de Dios? ¿Puedes ver a Dios como el «tremendo amante, buscándonos con su amor»? Durante la primera semana del ministerio, Jesús llamó a sus primeros discípulos. ¿Por qué vienen? ¿Quién

1 Francis Thompson, *Poetical Works of Francis Thompson* [Obras poéticas de Francis Thompson], Oxford University Press, NY, 1969, pp. 89–94.

2 *Ibid.*

influyó para que hicieran su decisión? Nota los verbos asociados con Jesús en Juan 1 :

Jesús se volvió ... v. 38

Jesús les preguntó ... v. 38

Jesús les contestó ... v. 39

Jesús le vio ... v. 42

Jesús decidió ... v. 43

Jesús encontró ... v. 43

Está claro quién hace el trabajo. Si alguien está en Cristo, es porque Él lo ha llamado. Cristo puede usar un sermón. Puede inspirar una conversación. Puede hablar a través de una canción. Pero en todos los casos, es quien llama.

Considera estos ejemplos:

Una noche, John Wesley escribió un breve relato en su diario. Escribió que fue en contra de su voluntad a una reunión de una sociedad en la calle Aldersgate en Londres, donde uno del grupo leía el prefacio del Comentario de Lutero a la Epístola a los Romanos. ¿Te imaginas el cuadro? Fue a regañadientes, un extraño en un pequeño grupo, escuchando un trozo de literatura escrito doscientos años atrás. Pero añadió: «Al faltar más o menos un cuarto para las nueve, sentí mi corazón extrañamente ardiente». ³

En su clásico *Confesiones*, Agustín habla de un cruce de caminos en su vida. Atormentado entre la tentación de una amante y el quieto llamado del Espíritu de Dios, estaba sentado en un banco bajo una higuera, su Biblia abierta, su vista nublada por las lágrimas. Escuchó una voz que desde una casa del vecindario decía: «Cógela ... cógela ...»

La voz no se dirigía a Agustín; no había duda que los niños hablaban entre ellos mientras jugaban. Sin embargo, la voz conmovió a Agustín en su soledad e hizo lo que esta le mandaba. Cogió su Biblia y leyó. El pasaje que estaba ante él era Romanos 13:13–14 : «Portémonos con decencia, como en pleno día. No andemos en borracheras y comilonas, ni en inmoralidades y vicios, ni en discordias y envidias. Al contrario, revestíos del Señor Jesucristo como de una armadura, y no busquéis satisfacer los malos deseos de la naturaleza humana».

Oyó la voz de Dios, le dijo adiós a la amante y siguió a Cristo. ⁴

El novelista Frederick Buechner tenía veintisiete años de edad y vivía solo en la ciudad de Nueva York tratando de escribir un libro cuando él, que nunca iba a la iglesia, decidió ir. Fue un impulso. El predicador habló sobre el tema de coronar a Cristo en el corazón. Jesús rehusó la corona de Satanás en el desierto, pero acepta la corona de su pueblo cuando lo confesamos. El predicador prosiguió por algún tiempo más con palabras que sonaban bien, pero no impactaban.

Pero luego dijo algo que Buechner nunca olvidó. Voy a dejar que te lo cuente:

Y entonces con su cabeza moviéndose de arriba a abajo de tal modo que sus anteojos bailaban en su nariz, dijo en su ridícula voz gangosa, la voz de una vieja nodriza, que la coronación de Jesús ocurrió entre confesión y lágrimas y,

³ Fred Craddock, *Overhearing the Gospel* [Oyendo el evangelio por casualidad], Abingdon, Nashville, 1978, pp. 105–108.

⁴ *Ibid.*

como Dios es mi testigo, en medio de grandes risas. Jesús es coronado entre confesión y lágrimas y gran risa, y ante esa frase gran risa, por razones que nunca he entendido cabalmente, la gran muralla de China se derrumbó y la Atlántida surgió del mar, y en la Avenida Madison con la calle 73 las lágrimas brotaron de mis ojos como si me hubiesen dado un golpe en la cara.⁵

¿Demasiado fantástico? Piensa por un momento en tu mundo. ¿Recuerdas esa voz, ese rostro, ese acontecimiento? ¿No hubo un tiempo cuando el sencillo arbusto del desierto empezó a arder con una voz que te dejó tartamudeando? Para Wesley fue una lectura, para Agustín fue la voz de un niño y para Buechner un llamado a reír.

¿Y para ti? ¿La mano extendida de una indigente? ¿El nacimiento de tu hijo? ¿Las lágrimas de un viudo? ¿La explosión de una puesta de sol? ¿El sermón apasionado que conmovió a todos? ¿El sermón aburrido que no conmovió a nadie ... excepto a ti?

Lo que importa no es la circunstancia; lo que importa es Dios en la circunstancia. No son las palabras, sino que es Dios hablándolas. El barro no sanó los ojos del ciego; fue el dedo de Dios en el barro. La cuna y la cruz eran tan comunes como el pasto. Lo que las hizo santas fue aquel que estuvo en ellas. La paloma y la gaviota no eran lo especial. Pero sí lo era quien las envió.

Es maravilloso lo que hace Dios para captar nuestra atención.

Preguntó Natanael:

—¿Acaso puede salir algo bueno de Nazaret?

Felipe le contestó:

—Ven y compruébalo.

Juan 1:46

4

Ven y compruébalo

LA PRIMERA RESPUESTA dada al primer incrédulo es la única que hace falta.

Cuando Natanael dudó que algo bueno pudiera salir de Nazaret, la respuesta de Felipe fue simple: «Ven y compruébalo».

⁵ Frederick Buechner, *The Alphabet of Grace* [El alfabeto de la gracia], HarperCollins, NY, 1970, pp. 43–44.

La pregunta de Natanael sigue resonando: «¿Acaso puede salir algo bueno de Nazaret?» ¿Han cambiado este mundo dos mil años de cristianismo? ¿Vale la pena estudiar la vida del joven carpintero de Nazaret?

La pregunta sigue en pie.

Y la respuesta de Felipe sigue siendo satisfactoria. Ven y compruébalo.

Ven y comprueba la roca que ha sobrevivido los embates del viento de los tiempos.

Oye su voz.

La verdad incommovible,
la gracia inmaculada,
la lealtad sin cobardía.

Ven y comprueba la llama que los tiranos y los déspotas no han podido extinguir.

Ven y comprueba la pasión que la opresión no ha aplastado.

Ven y comprueba los hospitales y los orfanatorios levantándose junto a las ruinas del humanismo y del ateísmo. Ven y comprueba lo que Cristo ha hecho.

Ven y comprueba el gran drama que se ha tejido a través de veinte siglos de historia y arte.

Handel llorando mientras compone *El Mesías*.

Da Vinci suspirando mientras pinta la *Última Cena*.

Miguel Ángel dando un paso atrás en busca de la perspectiva de la escultura de su *David* y pidiéndole que hable.

¿Acaso puede salir algo bueno de Nazaret? Ven y compruébalo.

Comprueba cómo Wilberforce lucha por la libertad de los esclavos en Inglaterra, porque creía.

Comprueba que Washington ora en Valley Forge, porque creía.

Comprueba que Lincoln solo lee su Biblia de hojas gastadas, porque creía.

¿Acaso puede salir algo bueno de Nazaret? Ven y compruébalo.

Ven y comprueba las vidas cambiadas:

el alcohólico ahora es sobrio,

el amargado ahora tiene gozo,

el avergonzado ahora es perdonado.

Ven y comprueba los matrimonios reconciliados, los huérfanos adoptados, los presos inspirados.

Viaja hasta la selva y escucha los tambores marcando alabanzas.

Entra a hurtadillas por los rincones del comunismo y comprueba que los creyentes adoran bajo amenaza de muerte.

Camina por las celdas de los condenados a muerte y nota al preso que aunque el hombre condenó, Dios lo liberó.

Aventúrate en las cárceles y los calabozos del mundo y escucha las canciones de los salvos que rehúsan mantenerse en silencio.

¿Acaso puede salir algo bueno de Nazaret?

Ven y comprueba la mano horadada de Dios tocando el corazón más humilde, enjugando las lágrimas del rostro arrugado y perdonando el pecado más horrible.

Ven y compruébalo.

Ven y comprueba la tumba. La tumba una vez ocupada, ahora vacante; la sepultura una vez sellada, ahora vacía. Los cínicos han construido sus teorías, los incrédulos han salido con sus preguntas. Pero sus reflexiones continúan fundiéndose a la brillante luz de la mañana de resurrección.

Ven y compruébalo. Él no evita a quienes indagan. No pasa por alto a quienes investigan. No teme a los que buscan. Ven y compruébalo. Natanael vino. Y Natanael comprobó. Y Natanael descubrió: «Maestro, ¡tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel».

Era completamente de noche, y Jesús todavía no había regresado.

Juan 6:17

5

Milagro a medianoche

PERMÍTEME DECIRTE los pensamientos de un joven misionero. A continuación, presento frases extractadas de lo que escribió en su diario el primer mes que pasó en el campo misionero.

En el vuelo hacia el campo escribió: «La próxima vez que este avión toque tierra, seré un misionero. ¡Qué bien! Sí, finalmente. A Dios sea la gloria».

El segundo día, reflexionaba así: «No dejo de pensar en que la nostalgia es un mal pasajero. Viene con el cansancio y la adaptación. Sin embargo, no se va. Debo recordar el porqué estoy aquí. No para mi satisfacción ni beneficio, sino para el crecimiento del Reino de Dios».

Al tercer día su espíritu se siente renovado: «Señor, es una gran bendición servirte. La gente es muy cariñosa ... las montañas son muy hermosas ... nuestros amigos son muy agradables».

Pero al cuarto día, su espíritu decae: «Nos es difícil pensar en el hogar. Esta mañana lloramos».

Al quinto día, sigue sin recuperarse: «Hoy es un día no muy claro. Las nubes cubren las montañas. El cielo es gris».

Al sexto día, se ve venir la tempestad: «Ayer fue el día más duro desde que estamos aquí. La novedad se ha ido. Estoy cansado de este idioma. Estuvimos tristes todo el día. Casi no podemos pensar en nuestras familias y amigos sin llorar».

Al octavo día, las olas se encrespaban y los vientos rugían: «Este cuarto de hotel que ha sido nuestro hogar es frío e impersonal. El cielorraso tan alto, las paredes tan extrañas ... los alrededores tan poco familiares. Abracé a mi esposa mientras lloraba y ambos confesamos lo horrible que nos parecía pasar toda la vida en un país extraño. Esto es duro. Estamos muy lejos de casa».

Al décimo día, el vendaval estaba en todo su furor: «¡Caramba! Sé que Dios nos guía. Sé que Él tiene un plan para nosotros, ¡pero es tan difícil! ¿Cuándo encontraremos casa? ¿Cómo aprenderemos el idioma? Señor, perdona mi miserable actitud».

Y precisamente cuando creías que ya no podía ponerse más oscuro: «Me gustaría decir que me siento emocionado de estar aquí. Pero no lo estoy. Sólo me obligo a estar aquí. La semana pasada fue más dura que nunca. Mi compromiso de ser un misionero parece una sentencia a permanecer encarcelado».

Conozco bien la frustración detrás de esas palabras. Las escribí. Recuerdo mi turbación. ¿Obedecemos a Dios Denalyn y yo? ¿Nos envió Él a Brasil? ¿No fue su plan? ¿No hacíamos lo que nos mandó?

¿No tenemos paz siempre que somos obedientes? (¿Por qué sonríes?)

Quizás los discípulos tenían las mismas expectativas. Hicieron sólo cuanto se les dijo. Jesús les mandó que entraran en el bote y así lo hicieron. No discutieron; simplemente obedecieron. Pudieron haber objetado la orden. Después de todo, era tarde y la oscuridad les caería en pocos minutos. Pero Jesús les dijo que entraran en el bote y ellos entraron.

¿Cuál fue el resultado de su obediencia? La categórica descripción de Juan se lo dirá: «Al llegar la noche, los discípulos de Jesús bajaron al lago, subieron a una barca y comenzaron a cruzarlo en dirección a Capernaum. Era completamente de noche, y Jesús todavía no había regresado. En esto se levantó un fuerte viento que alborotó el lago» (Juan 6:16–18).

¡Qué frase más desalentadora! «Y Jesús todavía no había regresado».

Atrapados en la tormenta del «todavía no». Hicieron exactamente lo que Jesús les dijo, ¡y mira con lo que se encontraron! Una noche en el mar agitado por la tormenta con su Maestro en algún punto de la orilla.

Una cosa es sufrir cuando hacemos algo malo. Y otra muy diferente cuando sufrimos por hacer lo bueno. Pero sucede. Y cuando se desata la tormenta, barre con la ingenua suposición de que si hago lo debido, nunca sufriré.

Si no, pregúntale a la fiel pareja cuya cunita está vacía y cuyo vientre es estéril.

O pregúntale al hombre de negocios cuyo trabajo honesto fue recompensado con una galopante inflación.

O pregúntale al estudiante que optó por la verdad y consiguió menosprecio, al maestro de Escuela Dominical que se hizo cargo de una clase y terminó agotado, o al esposo que perdonó a su esposa sólo para que lo volvieran a engañar.

Y así el viento sopla.

Y el bote se estremece.

Y los discípulos se preguntan: «¿Por qué esta tempestad, y dónde está Jesús?» Ya es bastante malo estar metido en medio de la tempestad, ¿y además de eso estar solo?

Hace nueve horas que los discípulos están en el mar.¹ Juan nos dice que recorrieron más de seis kilómetros (Juan 6:19). Era una noche larga. ¿Cuántas veces escrutaron la oscuridad buscando al Maestro? ¿Cuántas veces lo llamaron a gritos?

¿Por qué tardó tanto?

¿Por qué tarda tanto?

Me parece oír la respuesta en el cuarto contiguo. Mientras escribo, oigo a mi hija de diez años tocando el piano. Hace poco comenzó su segundo año. Su profesora acaba de poner más difícil las cosas. No más cancioncitas divertidas; no más ritmos para dormir bebés. Es el tiempo de avanzar. Ahora el ritmo varía, las notas deben ser exactas y la clave cambia. Será grato oírlo ... algún día.

Pero hoy, las notas salen lentamente y los dedos se arrastran y Jenna renunciará si le dan la oportunidad. ¿Soy un padre cruel por presionarla para que prosiga? ¿Soy injusto en agujonearla para que practique? Su esfuerzo no me es indiferente. La puedo oír. No soy ciego a sus lágrimas. Las puede ver. Sé que ella sería mucho más feliz nadando, o leyendo, o viendo televisión.

¿Entonces por qué la hago sufrir?

Porque la amo. Y porque sé que un esfuerzo hoy será música mañana.

Marcos nos dice que durante la tempestad, Jesús «vio que remaban con dificultad» (Marcos 6:48). Los vio en medio de la noche. Los vio a través de la tempestad. E igual a un padre amoroso, esperó. Esperó hasta que se presentara el tiempo preciso, hasta el momento exacto. Esperó hasta que supo que era el momento de ir y entonces llegó.

¿Cómo supo el momento oportuno? No lo sé. ¿Por qué resultó mejor la hora novena que la cuarta o la quinta? No puedo responderlo. ¿Por qué Dios espera hasta que el dinero se acaba? ¿Por qué espera hasta que la enfermedad se prolonga? ¿Por qué decide esperar hasta estar al otro lado de la tumba para contestar las oraciones de sanidad?

No lo sé. Sólo sé que su tiempo es siempre el correcto. Sólo puedo decir que Él siempre hará lo mejor. «¿Acaso Dios no defenderá a sus escogidos, que claman a Él día y noche? ¿Los hará esperar?» (Lucas 18:7).

Aunque no escuches nada, Él está hablando. Aunque no escuches nada, Él está en acción. Con Dios no hay accidentes. Cada incidente se supone que debe acercarnos más a Él.

¹ Entraron en la barca al anochechar (Juan 6.16), lo que quizás sea alrededor de las seis de la tarde. Jesús fue a ellos entre las tres y las seis de la mañana (Mateo 14.25).

¿Puedo dar un gran ejemplo? La ruta directa desde Egipto a Israel habría tomado sólo once días a pie.² Pero Dios llevó a los israelitas por el camino largo, que les llevó cuarenta años. ¿Por qué lo hizo? Lee cuidadosamente la explicación.

Acordaos de todo el camino que el Señor vuestro Dios os hizo recorrer en el desierto durante cuarenta años para humillaros y ponerlos a prueba, a fin de conocer vuestros pensamientos y saber si ibais a cumplir o no sus mandamientos. Y aunque os hizo sufrir y pasar hambre, después os alimentó con maná, comida que ni vosotros ni vuestros antepasados habíais conocido, para haceros saber que no sólo de pan vive el hombre, sino de todo lo que sale de los labios del Señor. Durante esos cuarenta años no se os envejeció la ropa, ni se os hincharon los pies (Deuteronomio 8:2-4).

Mira lo que Dios hizo en el desierto. Les quitó a los israelitas su orgullo. Probó sus corazones. Les demostró que podía proveer para sus necesidades. ¿Quería Dios que los hijos de Israel alcanzaran la tierra prometida? Por supuesto que sí. Pero Dios estaba más interesado en que llegaran preparados que en que llegaran pronto.

Esto me hace recordar la historia tan conocida de dos maestros que asistieron a un concierto para escuchar a una prometedorá joven soprano. Uno comentó sobre la pureza de su voz. El otro respondió: «Sí, pero cantará mejor cuando su corazón se rompa». Hay ciertas pasiones que sólo se aprenden con dolor. Y hay ocasiones cuando Dios, sabiendo eso, nos permite soportar el dolor por causa de la canción.

¿Y qué hace Dios cuando soportamos dolor? ¿Qué hace mientras estamos en medio de la tempestad? Te gustará oír esto. Ora por nosotros. Jesús no estaba en la barca porque había ido a los cerros a orar (véase Marcos 6:46). Jesús oraba. Esto es notable. Y más notable es que no dejó de orar cuando sus discípulos luchaban. Cuando oyó sus gritos, siguió orando.

¿Por qué? Hay dos posibles respuestas. O no le preocupaba o creía en la oración. Pienso que sabes cuál es la respuesta correcta.

¿Y sabes algo? Jesús no ha cambiado. Todavía ora por sus discípulos. «Pero como Jesús no muere, su oficio sacerdotal no pasa a nadie más. Por tanto, puede salvar para siempre a los que se acercan a Dios por medio de Él, pues vive para siempre, para interceder por ellos delante de Dios» (Hebreos 7:24-25).

Y eso, ¿dónde nos deja a nosotros? Mientras Jesús ora y nosotros estamos en la tempestad, ¿qué tenemos que hacer? Simple. Lo mismo que hicieron los discípulos. Remar. Los discípulos remaron la mayor parte de la noche. Marcos dice que remaban «con gran fatiga» (Marcos 6:48 , RVR). En otras partes, la palabra fatiga se traduce como «atormentado». No fue fácil. No fue encantador.

La mayor parte de la vida la pasamos remando. Saltando de la cama. Preparando el almuerzo. Cumpliendo tareas. Cambiando pañales. Pagando cuentas. Rutina. Constante. Más forcejeos que contoneos. Más luchas que descanso.

² Véase Deuteronomio 1.2 .

Cuando Denalyn y yo fuimos a Brasil, creía que la vida de un misionero era de encanto y fascinación diarios. Un cristiano tipo Indiana Jones. Pero aprendimos que las cosas eran diferentes.

¿Tú también? ¿Creías que el matrimonio sería una eterna luna de miel? ¿Que tener hijos sería como cuidar niños ajenos por un breve tiempo? ¿Que la compañía que te contrató tenía interés en escuchar todas las ideas con las que saliste de la universidad?

Pero las cosas fueron diferentes. La luna de miel se acabó. Llamó la oficina de Impuestos y su jefe le dijo que quería que pasara una semana en un pueblito de Texas que ni aparece en el mapa. La mayor parte de la vida la pasamos remando.

Ah, hay días encantadores, días de regocijos. Tenemos nuestro tiempo de vacas gordas, pero también tenemos nuestro tiempo de vacas flacas. Y para tener lo primero debemos pasar por lo segundo.

Al final, las cosas terminaron con Denalyn y yo pasando cinco maravillosos años en Brasil. Y aprendimos que en el momento preciso, Dios viene. De la manera exacta, Él se presenta. Así es que no te amilanes. ¡No te des por vencido! ¡No les des descanso a los remos! Dios es demasiado sabio como para olvidarse de ti, demasiado amoroso para hacerte sufrir. Cuando no lo puedas ver, confía en Él. El Señor está haciendo una oración que Él mismo va a contestar.

Jesús sabía que el Padre lo había puesto todo en sus manos, y también que tal como había venido de Dios, a Dios debía regresar. ¡Pero cuánto amaba a sus discípulos! Se levantó, pues, de la mesa, se quitó el manto, se ciñó una toalla a la cintura, echó agua en una palangana y se puso a lavarles los pies y a secárselos con la toalla con que se había ceñido.

Juan 13:3–5

6

El secreto del perdón

NO ES FÁCIL ver a Jesús lavar esos pies.

Ver las manos de Dios tocando los dedos de aquellos hombres es, bueno ... no es justo. Los discípulos debían haberse lavado los pies. Natanael podría haber derramado el agua. Andrés los podría haber secado con la toalla. Pero no lo hacen. Ninguno. En lugar de servir, discuten sobre quién es el más grande (Lucas 22:24).

¡Qué disgusto habrán provocado en Jesús esas palabras!

—Yo soy el apóstol número uno.

—No. Yo soy mucho más espiritual que tú.

—Ustedes están locos. Yo he traído más gente a escuchar a Jesús que ninguno.

Mientras ellos discuten, la palangana está allí, en un rincón, sin que nadie le preste atención. La toalla, en el piso. La ropa del siervo cuelga en la pared. Los discípulos lo ven todo. Saben para qué están allí. Pero nadie se mueve, excepto Jesús. Mientras disputan, Jesús se pone de pie.

No dice nada. Se quita el manto y retira de la pared la ropa de siervo. Tomando el cántaro, vierte agua en la palangana. Se arrodilla ante ellos con una esponja y empieza a lavarlos. La toalla con que se ciñó es también con la que les seca los pies.

Esto no es justo.

¿No es suficiente que por la mañana esas manos vayan a ser taladradas? ¿También deben restregar esta noche la mugre? Y los discípulos ... ¿merecen tener los pies lavados? Sus sentimientos se han debilitado; sus lealtades se han tambaleado.

Nos gustaría decir ...

Jesús, mira a Juan. Es el mismo que te dijo que destruyeran una ciudad. El mismo que quiso que censuraras a los que te seguían porque no eran parte de tu grupo. ¿Por qué tienes que lavarle los pies?

¡Y Jacobo! Pasa por alto a Jacobo. Él quería el lugar de honor. Él y su hermano querían trato especial. No se lo des. Dale una toalla. Que se laven sus propios pies. ¡Que aprendan la lección!

Y ya que estás ahí, Jesús, también deberías omitir a Felipe. Él te dijo que no había suficiente comida para alimentar a una gran multitud. Lo sometiste a prueba y te falló. Le diste una oportunidad y la desperdició.

¿Y Pedro? Seguro que esos son los pies que caminaron en el agua, pero también son los mismos que empezaron a hundirse. No creyó en ti. Claro, confesó que tú eres el Cristo, pero también fue quien dijo que no tenías que morir. Tampoco merece que le laves los pies.

Ninguno lo merece. ¿Alguno salió en tu defensa cuando estuvieron a punto de apedrearte en Nazaret? ¿Se presentó alguno como voluntario para tomar tu lugar cuando los fariseos recogieron piedras para matarte? Tú sabes lo que han hecho.

¡Y peor aún, sabes lo que están a punto de hacer!

Ya puedes oírles roncando en el jardín. Te dicen que van a permanecer despiertos, pero no lo hacen. Tú vas a sudar sangre; ellos van a aserrar madera.

Puedes oírlos huyendo de los soldados. Esta noche prometen. Mañana se marchan.

Jesús mira alrededor de la mesa. De los doce, ¿cuántos permanecerán contigo cuando estés ante Pilato? ¿Cuántos sufrirán contigo los azotes de los soldados romanos? ¿Y qué discípulo estará lo suficientemente cerca de ti para encorvarse a tu lado y llevar tu carga cuando caigas por el peso de la cruz?

Ninguno. Nadie. Llamarán a un extraño a que lo haga, porque ninguno de los discípulos estará ahí.

Jesús, no les laves los pies. Diles que te los laven a ti.

Esto es lo que queremos decir. ¿Por qué? ¿Por la injusticia? ¿Porque no queremos ver a nuestro Rey haciendo el papel de siervo? ¿Dios sobre sus manos y rodillas mientras su cabello cae alrededor de su rostro? ¿Nos resistimos porque no queremos ver a Dios lavando pies?

¿O porque no queremos hacer lo mismo?

Detengámonos y pensemos por un minuto. ¿No tenemos a algunas personas como los discípulos en nuestro mundo?

Los rompepromesas de doble ánimo. Amigos, pero sólo en los tiempos buenos. Lo que dijeron y lo que hicieron fueron dos cosas diferentes. Ah, quizás no te dejaron solo en la cruz, pero sí te dejaron solo con las cuentas

o con tus preguntas

o con tu enfermedad.

O quizás te dejaron solo en el altar,

o en el frío,

o con la responsabilidad.

Promesas olvidadas. Contratos abandonados.

La lógica dice: «Dale un puñetazo».

Jesús dice: «Llena la palangana».

La lógica dice: «Rómpele la nariz».

Jesús dice: «Lávale los pies».

La lógica dice: «No se lo merece».

Jesús dice: «Tienes razón, pero tú tampoco».

No puedo entender cómo Dios puede ser tan amable con nosotros, pero lo es. Se arrodilla ante nosotros, toma nuestros pies en sus manos y los lava. Por favor, entiende que en el acto de lavar los pies a sus discípulos, Jesús lava los nuestros. Tú y yo estamos presentes en esta historia. Estamos sentados a la mesa. Esos somos nosotros, a los que nos lavan no de nuestra suciedad, sino de nuestros pecados.

Y la limpieza no es un simple gesto; es una necesidad. Escuche lo que dice Jesús: «Si no te los lavo, no podrás ser de los míos» (Juan 13:8).

Jesús no dijo: «Si no se lavan los pies». ¿Por qué no? Porque nosotros no podemos. No podemos limpiar nuestra inmundicia. No podemos quitarnos nuestro pecado. Nuestros pies tienen que estar en sus manos.

No pases por alto el significado de esto. Poner nuestros pies en la palangana de Jesús es poner las partes más inmundas de nuestras vidas en sus manos. En el antiguo Oriente, los pies de la gente estaban llenos de costras de barro y polvo. El siervo de la fiesta se preocupaba porque los pies estuvieran limpios. Jesús asume el papel de siervo. Va a lavar las partes más sucias de tu vida.

Si lo dejas. El agua del Siervo se vierte únicamente cuando confesamos que estamos sucios. Cuando confesamos que estamos llenos de costras inmundas, que hemos andado por caminos prohibidos y seguido sendas equivocadas.

Nuestra tendencia es sentirnos orgullosos como Pedro y resistirnos: «Yo no estoy tan sucio, Jesús. Sólo rocíame unas pocas gotas y estaré bien».

¡Qué mentira! «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y no hay verdad en nosotros» (1 Juan 1:8).

Nunca estaremos limpios mientras no confesemos que estamos sucios. Nunca alcanzaremos la pureza mientras no admitamos nuestra inmundicia. Y nunca podremos lavar los pies de quienes están heridos mientras no permitamos que Jesús, aquel que hemos herido, lave los nuestros.

Este es el secreto del perdón. Nunca podrás perdonar más de lo que Dios ya te perdonó. Sólo permitiendo que te lave los pies puedes tener fuerzas para lavárselos a otros.

¿Difícil de concebir? ¿Difícil de considerar la posibilidad de perdonar a quien nos ha herido?

Si es así, ve de nuevo a la habitación. Observa a Jesús yendo de discípulo en discípulo. ¿Puedes verlo? ¿Puedes oír el chapoteo del agua? ¿Puedes oírlo mientras se arrastra hasta la siguiente persona? Bien. Conserva la imagen.

Juan 13:12 dice: «Después de lavarles los pies».

Por favor, nota que terminó de lavarles los pies. Eso significa que no se le escapó ninguno. ¿Por qué es tan importante esto? Porque también significa que le lavó los pies a Judas. Jesús le lavó los pies al traidor. Al traidor lo trató igual que a los demás. En unas pocas horas más, los pies de Judas guiarían a la guardia romana hasta donde estaba Jesús. Pero en ese momento, el Señor los acaricia.

Digamos que no fue fácil para Jesús.

Digamos que no va a ser fácil para nosotros.

Digamos que Dios nunca nos pedirá hacer algo que Él ya no haya hecho.

Yo soy el pan que da vida.

Juan 6:35

COMO ES EL PAN para el hambre, así dijo Jesús que era Él para el alma.

Viaja a casi cualquier país y siéntate en cualquier restaurante y te servirán pan. El pan es primordial. Si los pobres no tienen nada, tiene pan. Si los ricos lo tienen todo, incluso tienen pan. El pan no es una comida regional ni un plato nacional. Ningún país pretende ser la fuente exclusiva del pan. Puede ser en forma de tortilla mexicana o un pan ázimo de Nueva York, el pan se encuentra en todas

partes. Así es Cristo. Las fronteras no le limitan. Ningún país pretende ser su dueño. Ninguna región lo considera suyo. Ninguna nación lo monopoliza. Está en todas partes al mismo tiempo. Está disponible universalmente.

El pan se come todos los días. Algunas frutas sólo se consiguen según la estación. Algunas bebidas sólo se preparan para ciertas festividades. No ocurre así con el pan. Ni tampoco con Jesús. A Él debemos traerlo a la mesa cada día. Y nutre nuestros corazones no sólo durante ciertos meses o en ocasiones especiales, sino todos los días.

El pan se sirve de formas diferentes. En tostadas, con mermelada, con mantequilla, solo y cocinado. Como sándwich, dulce, el que se usa para perros calientes, como cruasán, o panecitos especiales para la cena. El pan satisface varias necesidades. Así es Jesús. Se adapta para satisfacer nuestras necesidades. Tiene palabra tanto para el solitario como para el popular. Ayuda al enfermo físicamente como al enfermo emocional. Si tu visión es clara, Él te puede ayudar. Si es borrosa, Él te puede ayudar. Jesús puede satisfacer cualquiera necesidad.

¿Comprendes por qué Jesús dice que Él es el Pan de vida?

Encuentro aun otra similitud. Piensa cómo se hace el pan. Piensa en el proceso. El trigo crece en el campo, luego se corta, aventa y convierte en harina. Pasa a través del fuego del horno después de lo cual se distribuye alrededor del mundo. Sólo mediante este proceso el pan llega a ser pan. Cada paso es esencial. Elimina la planta y no tendrás trigo. Elimina el molido y no tendrás harina. Elimina el fuego y no tendrás el producto. Elimina la distribución y no satisfará las necesidades de las personas. Cada paso es indispensable.

Ahora, piensa en Jesús. Creció como «planta tierna» (Isaías 53:2). Uno entre millones de niños en el planeta. Uno entre miles en Israel. Uno entre docenas en Nazaret. En nada diferente a otra persona en la calle y al niño sentado en la silla a su lado. Al verlo como jovencito, quizás no habrías pensado que era el Hijo de Dios. Lo habrías visto como un joven educado, cortés y trabajador, pero ... ¿Dios en la tierra? Jamás. Era sólo un niño. Uno entre cientos. Como una gavilla en el campo de trigo.

Pero al igual que el trigo, Él fue cortado. Como paja fue molido y golpeado. «Mas Él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre Él» (Isaías 53:5 , RV—1960). Y como el pan, pasó a través del fuego. En la cruz, pasó a través del fuego de la ira de Dios, no por sus pecados, sino por los nuestros. «El Señor cargó sobre Él la maldad de todos nosotros» (Isaías 53:6).

Jesús experimentó cada parte del proceso de la elaboración del pan: creció, lo molieron, pasó por el fuego. Y así como cada paso es necesario para el pan, también lo fue para que Cristo llegara a ser el Pan de vida. «¿Acaso no tenía que sufrir el Mesías estas cosas antes de ser glorificado?» (Lucas 24:26).

El siguiente paso en este proceso es la distribución. Cristo lo dejó a nosotros. Somos los distribuidores. No podemos forzar a la gente a comer el pan, pero sí podemos asegurarnos de que lo tengan. Sin embargo, por alguna razón, somos reacios a hacerlo. Es mucho más fácil quedarse en la panadería que subirse al camión de reparto. Es posible, como lo ilustra la siguiente parábola, que ni siquiera sepamos cómo dar el pan cuando alguien lo solicita.

El mendigo y el pan

Un mendigo vino y se sentó ante mí.

—Quiero pan—me dijo.

—Eres un hombre sabio—le respondí—. Pan es lo que necesitas. Y has venido a la panadería correcta.

Entonces saqué de la gaveta mi libro de cocina y empecé a decirle todo lo que sabía acerca del pan.

Le hablé de la harina y del trigo, del grano y de la cebada. Mis conocimientos impresionaron, incluso a mí, al citar medidas y recetas. Cuando lo miré, me extrañó no verle sonreír.

—Sólo quiero pan—me dijo.

—Eres sabio—alabé su decisión—. Sígueme y te mostraré nuestra panadería.

Lo guí por los pasillos, deteniéndome en la sala donde se preparaba la masa y los hornos donde el pan se cocía.

—Nadie tiene una instalación como esta. Tenemos pan para cada necesidad. Pero aquí está el mejor lugar—dije, al tiempo que empujaba una puerta de vaivén—. Este es nuestro cuarto de inspiración.

Me di cuenta que se había emocionado cuando entramos al auditorio con sus hermosos vitrales.

El mendigo no habló ni una palabra. Comprendí su silencio. Puse mi brazo alrededor de sus hombros y le susurré:

—A mí también me conmueve.

Subí entonces a la plataforma y adopté mi pose favorita tras el púlpito.

—La gente viene desde muy lejos a escucharme. Mis trabajadores se reúnen una vez a la semana y yo les leo la receta del libro de cocina de la vida.

El mendigo se había sentado en la primera fila. Sabía lo que quería.

—¿Quieres escucharme, verdad?

—No—me dijo—. Sólo quisiera un poco de pan.

—Qué sabio eres—le repliqué.

Al mismo tiempo lo guiaba hasta la puerta de entrada a la panadería.

—Lo que tengo que decirte ahora es muy importante—le dije, mientras permanecíamos de pie en la vereda—. A lo largo de esta calle vas a encontrar varias panaderías. Pero cuidado, no ofrecen el verdadero pan. Sé de una panadería donde en lugar de sólo una, ponen dos cucharaditas de sal. Y en otra, el horno está tres grados más caliente. Puedes llamarlo pan, pero no está de acuerdo con este libro.

El mendigo se volvió y empezó a alejarse.

—¿No quieres pan?—le pregunté.

Se detuvo, se volvió a mirarme y, encogiéndose de hombros, me dijo:

—Creo que perdí el apetito.

Volví a mi oficina, moviendo la cabeza.

—¡Qué pena!—me dije—. ¡Ya el mundo no tiene hambre del verdadero pan!

No sé qué es más increíble: que Dios empaque el pan de vida en la envoltura de un carpintero de pueblo, o que nos haya dado las llaves del camión de reparto.

Ambas cosas parecen tener sus riesgos. Sin embargo, el carpintero hizo su parte. Y quién sabe. Nosotros podemos llegar a aprender a hacer la nuestra.

Él siempre había amado a los suyos que estaban en el mundo, y así los amó hasta el fin.

Juan 13:1

Dad gracias al Señor, porque Él es bueno, porque su amor es eterno.

Salmo 136:1

8

Por más tiempo que la eternidad

DIOS , quiero hacerte una pregunta: ¿Por qué amas a tus hijos? No quiero parecer irreverente, pero sólo el cielo sabe cuánto dolor te hemos ocasionado. ¿Por qué nos toleras? Nos das cada aliento que respiramos, pero ... ¿te lo agradecemos? Nos das un cuerpo que no puede duplicarse, ¿y te alabamos por eso?

Muy raras veces.

Nos quejamos del tiempo. Discutimos por nuestros juguetes. Disputamos acerca de quién consigue qué continente y quienes son mejores, los hombres o las mujeres. No pasa un segundo sin que alguien, en alguna parte, use tu nombre para maldecir cuando se golpea un dedo con el martillo o cuando el árbitro cobra una falta equivocada (como si tuvieras la culpa).

Llenas el mundo con comida, pero te culpamos por el hambre. Evitas que la tierra dé volteretas y que los polos se derritan, pero te acusamos de falta de preocupación. Nos das el cielo azul y exigimos lluvia. Nos das lluvia y pedimos sol. (Como si supiéramos qué es más conveniente.)

Brindamos más aplausos a un musculoso futbolista que a Dios que nos hizo. Cantamos más canciones a la luna que a Cristo que nos salvó. Somos un mosquito en la cola de un elefante de una galaxia de Áfricas, y aun así te exigimos que nos consigas un parqueo cuando te lo pedimos. Y si no nos das lo que queremos, decimos que no existes. (Como si nuestra opinión valiera algo.)

Contaminamos el mundo que nos has prestado. Maltratamos el cuerpo que nos has dado. Pasamos por alto el Verbo que nos mandaste. Y matamos al Hijo que llegaste a ser. Somos bebés consentidos que tomamos, golpeamos, refunfuñamos y blasfemamos.

Tienes todas las razones del mundo para abandonarnos.

¡Yo lo haría! Me lavaría las manos de todo este desorden y me iría para comenzar de nuevo en Marte. ¿Por qué tú no?

Veo la respuesta en la salida del sol. Escucho la respuesta en el romper de las olas. Siento la respuesta en la piel de un niño.

Padre, tu amor nunca cesa. Nunca. Aunque nosotros te despreciamos, te echamos a un lado, te desobedecemos, tú nunca cambiarás. Nuestra maldad no puede disminuir tu amor. Nuestra bondad no puede aumentarlo. Nuestra fe no lo gana ni nuestra estupidez lo pone en peligro. No me amas menos si fallo. No me amas más si tengo éxito.

Tu amor nunca cesa.

¿Cómo explicamos esto?

Quizás la respuesta la encontremos en otra pregunta.

Mamá: ¿Por qué amas a tu bebé recién nacido? Ya lo sé. Ya lo sé; es una pregunta tonta, pero discúlpame. ¿Por qué?

Durante meses este bebé te ha causado dolor. Te ha llenado de granos y te ha hecho caminar como un pato. A causa de ese bebé has suspirado por unas sardinas y galletas y has vomitado por las mañanas. Sientes punzadas en el vientre. Ocupa espacio que no era suyo y come alimento que no provee.

Lo conservas caliente. Lo mantienes seguro. Lo alimentas. Pero, ¿te dio alguna vez las gracias?

¿Estás bromeando? ¡No bien sale del vientre empieza a llorar! El cuarto es demasiado frío, la frazada demasiado áspera, la niñera demasiado desconsiderada. ¿Y a quién quiere a su lado? A mamá.

¿Alguna vez te has tomado un descanso? O sea, ¿quién ha venido haciendo el trabajo en los últimos nueve meses? ¿Por qué no se hace cargo papá? Pero no, papá no. El bebé quiere a mamá.

Ni siquiera le dice que ya viene. Simplemente llegó. ¡Y qué llegada! Te convirtió en una salvaje. Tú gritabas. Renegabas. Masticabas balas y rompías las sábanas. Y ahora, mírate. Dolor en la espalda. La cabeza te martillea. Tu cuerpo está empapado de sudor. Cada músculo tirante y tenso.

Deberías estar furiosa, ¿pero lo están?

Lejos de eso. En tu rostro hay una expresión de amor por más tiempo que la eternidad. El bebé no ha hecho nada por ti, pero lo amas. Te ha causado dolor en el cuerpo y náuseas cada mañana, pero aun así lo adoras. Su rostro está contraído y su vista empañada, pero aun así puedes hablar de lo bien que se ve y de su brillante futuro. Te va a despertar cada noche durante las siguientes seis semanas, pero eso no importa. Lo puedo ver en tu rostro. Estás loca con tu bebé.

¿Por qué?

¿Por qué una madre ama a su bebé recién nacido? ¿Porque es su bebé? Por más que eso. Porque el bebé es ella. Su sangre. Su carne, sus tendones y su espina dorsal. Su esperanza. Su legado. No importa que un recién nacido sea indefenso, débil. Ella sabe que los bebés no piden venir a este mundo.

Y Dios sabe que tampoco nosotros lo pedimos.

Somos su idea. Somos Él. Su rostro. Sus ojos. Sus manos. Su toque. Somos Él. Mira profundamente en el rostro de cada ser humano sobre la tierra y verás su

parecido. Aunque algunos parecen ser parientes lejanos, no lo son. Dios no tiene primos, sólo hijos.

Somos, increíblemente, el cuerpo de Cristo. Y aunque no actuemos como nuestro Padre, no hay verdad más grande que esta: Somos suyos. Inalterablemente. Él nos ama. Para siempre. Nada nos puede separar del amor de Cristo (véase Romanos 8:38–39).

Si Dios no hubiera dicho esas palabras, sería un tonto en escribirlas. Pero como ya las dijo, sería un tonto al no creerlas. Nada nos puede separar del amor de Cristo ... pero cuán difícil es para algunas personas aceptar esta verdad.

A lo mejor piensas que has cometido un acto que te pone fuera de su amor. Una deslealtad. Una traición. Una promesa no cumplida. Piensas que Él te amaría más si no hubieras hecho esas cosas, ¿verdad? Piensas que Él te amaría más si hubieras hecho más, ¿verdad? Piensa que si fueras mejor, su amor sería más profundo, ¿verdad?

Error. Error. Error.

El amor de Dios no es humano. Su amor no es normal. Su amor ve tu pecado y a pesar de eso te ama. ¿Aprueba los errores que cometes? No. ¿Necesitas arrepentirte? Sí. Pero, ¿te arrepientes por su bien o por el tuyo? El tuyo. Su ego no necesita disculparse. Su amor no necesita reforzarse.

Y Él no podría amarte más de lo que te ama ahora.

*Cuando Jesús les dijo: «Yo soy», se echaron atrás y cayeron al suelo.
Juan 18:6*

Lecciones desde el huerto

MI PADRE me enseñó la lección muy temprano: No hagas estragos en el huerto. Puedes jugar con la pelota en el patio. Puedes correr en el callejón. Puedes construir una fortaleza en el árbol. ¿Pero el huerto? Déjalo tranquilo.

El huerto era pequeño, más o menos del tamaño de un armario empotrado. No cultivábamos nada extraordinario, excepto menta, cuyas hojas usábamos remojadas en el té frío del verano. Aunque las hortalizas eran sabrosas, no necesitábamos cultivarlas. Podíamos comprarlas en el mercado. Entonces, ¿para qué papá insistía en tener un huerto?

Le gustaba ver vida. Y un huerto es un lugar de vida, un lugar donde los retoños revientan y las plantas rompen la tierra. Un lugar de nabos y tulipanes y plantas de tomate. Un lugar digno de amor y protección. Las flores son frágiles.

Las plantas son preciosas. Por eso, saca la maleza y ahuyenta las sabandijas. Coloca una malla. Siembra un cerco vivo. Hace un espantapájaros.

«Hijo, sea lo que sea que hagas, no pisotees el huerto».

No me causa ninguna gracia pensar que tengo algo en común con el demonio, pero me temo que así es. Satanás aprendió la misma lección: No hagas tonterías en un huerto, especialmente en uno que pertenece al Padre.

La Biblia es la historia de dos huertos. El de Edén y el de Getsemaní. En el primero, Adán tuvo una caída. En el segundo, se levantó Jesús. En el primero, Dios buscó a Adán. En el segundo, Jesús buscó a Dios. En Edén, Adán se escondió de Dios. En Getsemaní, Jesús se levantó de la tumba. En Edén, Satanás llevó a Adán a un árbol que lo llevaría a la muerte. Desde Getsemaní, Jesús fue a uno que nos lleva a la vida.

A Satanás nunca lo invitaron al huerto de Edén. No pertenecía a ese lugar. Tampoco lo querían allí. Se deslizó como una serpiente en el huerto de Dios e infectó a los hijos de Dios.

Y eso es lo que ha hecho desde entonces. ¿No se ha deslizado también por unos pocos de tus huertos santos?

Aun lo llamamos «santo matrimonio». La palabra altar sugiere la presencia de Dios. El matrimonio fue idea de Dios. La primera boda ocurrió en el primer huerto. El diablo no ve ninguna diferencia. Se arrastra dentro de cualquier hogar con un solo deseo: destruir.

Las relaciones sexuales son un don de Dios. La virginidad es una rosa arrancada del huerto, dada por Dios para disfrutarse con el compañero de toda la vida. Satanás se mofa de tal lealtad. Él es el padre del incesto y del abuso. Es el autor de la inmoralidad. Es el rufián del huerto.

Hacemos votos sagrados y promesas solemnes. Prometemos ser un buen padre, un compañero veraz, un amigo leal. Pero Satanás vuelve la cabeza cuando oye una promesa. «Eso lo veremos», sonríe el padre de mentira.

A los ojos de Dios, un hijo es santo. La inocencia de la juventud, la frescura de la niñez, el gozo de un pequeño. Nunca hubo un momento en que Jesús diera la espalda a un hijo. Pero no hay hijo que Satanás no odie. Fue matando niños para matar a Moisés. Fue destruyendo bebés para destruir a Cristo. Sus tácticas no han cambiado. Millones de bebés siguen siendo víctimas del aborto; miles de niños sufren maltrato. Jesús dijo de Satanás: «Desde el principio, el diablo ha sido un asesino» (Juan 8:44).

¿Hay algún reino que Satanás no haya tocado? ¿Habría algún lugar sin cicatrices de su espada? ¿La Iglesia? ¿El gobierno? ¿Los niños? ¿La pureza? ¿Las promesas?

¡Y tú! ¡Y yo! Somos llamados a ser santos. Fuimos creados para ser santos. Separados para buenas obras. Somos las flores preciosas del jardín. ¿Pero habrá habido una persona que no haya sentido los pies del intruso?

Lo que Satanás hizo en Edén, lo hace hoy en día. Por eso, tenemos que saber que lo que Jesús hizo en Getsemaní, lo hace hoy en día. Él demanda santidad. No permanecerá en silencio mientras Satanás destruye lo sagrado. En el momento preciso Jesús se yergue y habla. Y cuando Él se yergue y habla, Satanás da un traspie y se calla.

Exactamente como ocurrió en Getsemaní.

Juan nos dice que «Judas se presentó con una tropa de soldados y con algunos guardias del templo enviados por los jefes de los sacerdotes y por los fariseos» (Juan 18:3). Un breve estudio revela que Satanás ha implementado un poderoso golpe. Ha reclutado la fuerza de cada grupo importante del drama en el que participan romanos, judíos y apóstoles.

Primero, tiene un «grupo de soldados». La palabra en griego es *speira* . Esta palabra tiene tres significados posibles. Quizás se refiera a la cohorte romana de trescientos hombres. O a lo mejor se refiere a la caballería y a la infantería que entre ambas totalizan mil novecientos soldados. O tal vez describe un destacamento conocido como un *manípulo, compuesto de doscientos hombres* .¹

Sorprendente. Siempre tuve la impresión de que los que arrestaron a Jesús fueron un puñado de soldados. Estaba equivocado. ¡Al menos despacharon doscientos soldados para enfrentar a un carpintero solo y sus once amigos!

También había presentes «algunos guardias». Eran la policía del templo. Tenían la tarea de cuidar los lugares sagrados durante los días de más actividad en el año. Sin duda eran los mejores de Israel.

Y luego estaba Judas. Un miembro del círculo íntimo. Satanás no sólo reclutó a los romanos y a los judíos, sino que se infiltró en el gabinete de Jesús. El infierno debe de haber estado feliz. No había forma de que Jesús escapara. Satanás selló todas las salidas. Sus lugartenientes vislumbraron cada movimiento, excepto uno.

Jesús no tenía intención de salir corriendo. No pretendía escapar. No había ido al huerto a esconderse. Y al que encontraron entre los árboles no fue a un cobarde; sino a un conquistador.

Fíjese en el diálogo que se produce:

Pero Jesús, sabiendo todas las cosas que le habían de sobrevenir, se adelantó y les dijo:

—¿A quién buscáis?

—A Jesús de Nazaret—le contestaron.

Dijo Jesús:

—Yo soy.

Judas, el que le traicionaba, estaba también allí con ellos. Cuando Jesús les dijo: «Yo soy», se echaron atrás y cayeron al suelo. Jesús volvió a preguntarles:

—¿A quién buscáis?

Repitieron:

—A Jesús de Nazaret.

Jesús les dijo:

—Ya os he dicho que soy yo. Si me buscáis a mí, dejad que los demás se vayan (Juan 18:4–8).

Notable. Estaban parados a escasos metros de Él y no lo reconocieron. Ni siquiera Judas se dio cuenta quién estaba frente a ellos. Maravillosa verdad. Ver a

¹ William Barclay, Nuevo Testamento: Tomo 6, Juan II, Editorial La Aurora, Buenos Aires, Argentina (p. 222 del original en inglés).

Jesús es más que una cuestión de vista; es algo del corazón. El enemigo está junto a Jesús y no se da cuenta.

Él se revela ante ellos: «Yo soy». Su voz da contra el primer dominó y los derriba a todos. Si el momento no hubiera sido tan solemne, habría sido jocoso. Estos son los mejores soldados al servicio del mejor plan de Satanás; pero bastó una palabra de Jesús para que cayeran todos al suelo. La guardia romana viene a ser la policía chistosa de las películas antiguas. Doscientos hombres de guerra caen en medio de un ruido de escudos, espadas y faroles. No pases por alto el simbolismo que tenemos aquí: Cuando Jesús habla, Satanás cae derribado.

No importa a quién haya reclutado el demonio. No importa que se haya infiltrado en el gobierno. No importa que haya seducido en el templo. No importa si ha enrolado a uno de los iniciales y selectos apóstoles. Lo mejor de Satanás se derrite como cera ante la presencia de Cristo.

Jesús tiene que preguntarles de nuevo a quién andan buscando: «¿A quién buscáis?»

Cuando le responden que buscan a Jesús de Nazaret, les da instrucciones, diciendo: «Si me buscáis a mí, dejad que los demás se vayan».

¿Qué te parece? ¡Jesús dándoles órdenes! ¿Mandando un judío a un romano? ¿Un renegado imponiendo a la guardia del templo? Nos volvemos hacia el comandante, en espera de una respuesta. Miramos a Judas, en espera de una réplica. Ponemos atención, en espera de que alguien haga el anuncio: «¡Tú no estás a cargo de este operativo, nazareno! Detendremos a quien nos plazca». Pero no sólo guardan silencio, sino que obedecen. Los apóstoles quedan libres.

Muchos actores aparecen en el escenario de Getsemaní. Judas y su traición. Pedro y su espada. Los discípulos y su miedo. Los soldados y sus armas. Y aunque estos son importantes, no son fundamentales. El encuentro no es entre Jesús y los soldados; es entre Dios y Satanás. Satanás intenta penetrar incluso en este otro huerto, pero Dios se pone en pie y Satanás no tiene salida.

No pase por alto el mensaje:

Porque no estamos luchando contra gente de carne y hueso, sino contra malignas fuerzas espirituales del espacio, las cuales tienen mando, autoridad y dominio sobre este mundo oscuro (Efesios 6:12).

Precisamente para esto ha venido el Hijo de Dios: para deshacer lo hecho por el diablo (1 Juan 3:8).

No pase por alto las promesas:

Satanás cae ante la presencia de Cristo. Una palabra de sus labios, y el ejército más poderoso del mundo se desbarata.

Satanás calla ante la proclamación de Cristo. Ni una sola vez habló el enemigo sin que mediara una invitación de Jesús. Satanás no tiene nada que decir delante de Cristo.

Satanás está indefenso ante la protección de Cristo. «No he perdido ninguno de los que me diste» (Juan 18:9).

Cuando Jesús dice que Él te guardará seguro, es porque lo hará. El infierno tendría que pasar a través de Él para que llegara a ti. Jesús puede protegerte. Cuando Él dice que te va a llevar a casa, Él te llevará a casa.

Permíteme concluir este capítulo con una pregunta importante. ¿Ha invadido Satanás el huerto de tu vida? ¿Ha profanado una parte santa de tu mundo? ¿Tu matrimonio? ¿Tu pureza? ¿Tu honestidad? ¿Ha arrebatado alguna rosa que Dios te dio? Si es así, deja que Jesús lo recupere. En el día de hoy. Ahora. Antes que vuelvas la página.

Discúlpame por parecer demasiado ansioso, pero lo estoy. Satanás no tiene autoridad sobre ti. Si ha invadido un huerto de tu vida, invita a Jesús a que lo recupere. Abre las puertas a Dios. Él entrará y hará lo que hizo en Getsemaní. Orará y protegerá.

¿Por qué no lo haces?

¿No sabes cómo? Es fácil. Te ayudaré. Vamos a orar. Tú y yo. Te voy a mostrar la forma de hacerlo y tú llenarás los espacios en blanco.

Precioso Padre, alabo tu nombre. Tú has recuperado mucho en mi vida. Estaba perdido y tú me encontraste. Estaba confundido y tú me guiaste. No tenía nada que ofrecerte, pero aun así me amaste.

Te confieso que sigo estando en necesidad. Hay una parte de mi vida que necesita que la toques. Satanás está tratando de conquistar un huerto en mi corazón. No le permitas que triunfe. Échalo fuera. Él es un mentiroso y lo ha sido desde el principio. Por favor, derrótalo. Te daré la gloria.

Esta es el área donde necesito fortaleza _____.

(Y aquí es donde me retiro. Te dejo con Dios discutiendo los detalles. Nos vemos en la página siguiente.)

No os angustiéis: confiad en Dios y confiad también en mí.

Juan 14:1

—¡Eh, Max! ¿Así que acercándote a la cima? Ten cuidado. En la bajada adquirirás velocidad.

—¿Casi has llegado, Max? No pasará mucho tiempo para que dejes de peinarte y empieces a trabajar con los pocos pelos que te queden para no lucir completamente calvo.

Treinta días antes, los comentarios empezaron a aumentar (al igual que mi cintura). Las advertencias fueron más frecuentes.

—Míralo de esta manera. Durante toda tu vida te enseñaron a respetar a los ancianos. Y ahora no tienes que respetar a nadie.

—No te preocupes, Max. La ancianidad no es tan mala cuando consideras la alternativa.

Esta semana empezaron a llegar las llamadas telefónicas.

—No sé si darte condolencias o felicitaciones.

—¿Puedes levantarte esta mañana?—me preguntó mi hermano hoy.

En realidad, esta mañana me levanté más temprano que lo normal. En un típico cumpleaños habría pasado por alto mis ejercicios matutinos y me habría quedado en cama. Pero este no es un cumpleaños típico. Y nunca pensé quedarme acostado. Sí pensé en correr una milla más, pero no dormir más.

Este es el gran día. Cumpló cuarenta años. Atendiendo a un reto de mi edad, busqué las calles oscuras y corrí. Quería saber qué se siente cuando se corre a los cuarenta años. ¿Qué descubrí? Que se siente igual que si tuviera treinta y nueve.

Pero aunque me sienta igual a como me sentía ayer, mi licencia de conducir me recuerda que tengo cuarenta. La gente dice que la vida comienza a los cuarenta. Pero también se empieza a acortar la vista, aparece la artritis y la tendencia de contar tres veces el mismo chiste a la misma persona.

Lucille Ball dijo que el secreto de conservarse joven es vivir honestamente, comer despacio y mentir sobre la edad. Es más fácil decirlo que hacerlo. Es difícil mentir sobre lo evidente. Cuando eres joven, pasas mucho tiempo haciéndole muecas al espejo. Cuando eres viejo, el espejo se desquita. Pero me digo que, después de todo, entrar en los cuarenta no es tan malo; comparado con una tortuga de las islas Galápagos, todavía soy un niño.

No he dejado de reírme con los comentarios que me han hecho. Quizás usted disfrute de algunos de ellos:

«Sabes que te estás poniendo viejo cuando tratas de alisar las arrugas de tus calcetines, sólo para darte cuenta que no los tienes puestos».

«A los veinte no nos preocupamos de lo que el mundo piensa de nosotros; a los treinta, empezamos a preocuparnos de lo que el mundo piensa de nosotros; a los cuarenta, nos damos cuenta que el mundo dejó de pensar en nosotros».

«He llegado a la edad donde necesito mis dientes postizos y mis audífonos antes de preguntar dónde dejé mis anteojos».

«Cuarenta es cuando dejas de darte golpecitos en la espalda y empiezas a acariciarse la mandíbula».

Voy a dejar que Dave Barry lo resuma:

Cuando empiezas a acercarte a este hito (el cuarentavo cumpleaños), necesitas dedicar tiempo para aprender sobre los cambios biológicos que están ocurriendo en tu cuerpo, y así estarás en mejores condiciones de entender y manejar los elementos inevitables y completamente naturales que se presentan con el proceso de envejecimiento: pequeños malestares, dolores, problemas dentales, malfuncionamiento intestinal, deterioro muscular, inestabilidad emocional, pequeños lapsus mentales, pérdida de la audición y de la visión, impotencia, ataques, verrugas, problemas con la próstata, importante reducción de la función de los miembros del cuerpo, debilitamiento masivo del sistema coronario, muerte y, por supuesto, dolorosas hinchazones hemorroidales, todo lo cual puede hacer muy excitante la aventura de lo que llamamos «la mediana edad».¹

Hacerse viejo. Envejecer. Nos reímos y nos quejamos. Resistimos, pero no podemos detener el proceso. Y con las risitas y las arrugas llegan pensamientos serios y preguntas sobre qué pasará cuando muramos. ¿Es la muerte dormirse? ¿O es despertarse?

Como ministro, a menudo se me pide hablar en funerales. Pocas veces tengo que preguntar a los familiares qué quieren que diga. Ya lo sé. Ah, quizás haga una pregunta o dos relacionadas con el deseo, y las hago, pero no les pregunto qué quieren que diga. Sé lo que quieren que diga.

Quieren oír lo que Dios dice acerca de la muerte. Quieren oír cómo Dios responderá sus preguntas acerca de la vida más allá. No quieren oír mi opinión; ni quieren los pensamientos de un filósofo, ni el estudio de un científico. Quieren oír lo que Dios dice. Si Jesús estuviera allí, a la cabecera del féretro, en medio del cementerio, ¿qué diría?

Y así bajo el dosel de la pena, expreso las palabras de Dios. Declaro el elogio que Jesús hizo de sí mismo. Los discípulos no sabían que era su sermón de

¹ Este comentario y varios de los otros chistes que aparecen aquí se extractaron de *A Spread of Over 40s Jokes* [Una colección de chistes para los mayores de 40], editado por Helen Exley y publicado por Exley Publications, Ltd., Mount Kisco, Nueva York 1992:

despedida. Nadie lo sabía, pero lo fue. Él sabía que sería la última puesta de sol que vería. Sabía que la muerte llegaría con la próxima mañana. Por eso habló de la muerte. Así comenzó:

No os angustiéis: confiad en Dios y confiad también en mí. En la casa de mi Padre hay muchos lugares donde vivir; si no fuera así, no os habría dicho que voy a prepararos un lugar. Y después de ir y prepararos un lugar, vendrá otra vez para llevaros conmigo, para que vosotros también estéis donde yo voy a estar. Ya sabéis el camino que lleva a donde yo voy (Juan 14:1-3).

¿Qué clase de afirmación es esa? En tu muerte, confía en mí. Cuando te enfrentes a la tumba, no te angusties: confía en mí. Da la impresión que para Dios el sepulcro no es cosa de pensarlo. Habla en forma tan tranquila como el mecánico que le dice al preocupado cliente: «Sí, señor. El motor necesita una rectificación, pero no se preocupe. Yo se lo puedo hacer». Para nosotros es una prueba. Para Él no es ningún problema.

De nuevo, el piloto es bien claro: «Mi trabajo es llevarlos a casa. Su trabajo es confiar en mí».

La otra noche hice algo que cada padre ha hecho centenares de veces. Llevé a mi hija a la cama. Sara, de cinco años de edad, se quedó dormida en el piso, así es que la tomé, subí con ella las escaleras y la acosté en su cama. ¿Por qué? Sabía que para ella había llegado el momento de descansar y sabía que era mejor que lo hiciera arriba, en lugar de hacerlo aquí abajo.

¿No ocurre lo mismo con Dios? ¿No es que Él, sabiendo más que nosotros, nos lleva al lugar de descanso que creó? Para Dios, la muerte no es una tragedia. En la economía de Dios, el fin del cuerpo es el comienzo de la vida.

¿Podría suponer que las hermanas de Sara objetaran mi decisión de llevarla escaleras arriba? «No te la llesves. La vamos a echar de menos. Por favor, déjala aquí y así podremos estar todos juntos».

¿Cómo respondería yo? «Pero hijas, va a descansar mucho mejor en el cuarto que he preparado para ella. Además, vosotras también iréis muy pronto».

Al llamarnos a casa, Dios hace lo que cualquier padre haría. Proveernos un lugar mejor para descansar. Un lugar que Él ha «preparado para nosotros». El cielo no es algo que se produce en masa; se hace a la medida.

Hace algún tiempo, me di un gusto y mandé a hacer dos camisas a un sastre. Seleccioné la tela. El sastre me tomó las medidas. Y varias semanas después, recibí dos camisas hechas especialmente para mí. Hay una gran diferencia entre estas dos camisas y las otras que están en mi guardarropa. Las camisas que me hizo el sastre, las hizo pensando en mí. Las otras fueron hechas para cientos de miles de hombres con medidas similares a las mías. Pero no estas dos. Estas fueron hechas especialmente para mí.

Como resultado, ¡visten a la perfección! No se pandean. No sofocan. Están hechas a mi medida. Así es la promesa del cielo. Fue hecho pensando en nosotros. En otra parte, Jesús nos invita: «Recibid el reino que se os ha preparado desde la creación del mundo» (Mateo 25:34).

El problema con este mundo es que no ajusta bien. Caramba, nos saca del paso, pues no se hizo a la medida. Nosotros fuimos creados para vivir con Dios, pero en la tierra vivimos por fe. Fuimos hechos para vivir para siempre, pero sobre esta tierra vivimos sólo un momento. Fuimos hechos para vivir en santidad, pero este mundo está manchado por el pecado.

Este mundo es como usar una camisa prestada. El cielo, sin embargo, será como una camisa hecha a nuestra medida.

A propósito, a menudo pienso que es curioso la poca gente que resucitó Jesús de la muerte. Sanó a cientos y alimentó a miles, pero hasta donde sabemos, sólo resucitó a tres: a la hija de Jairo, al joven de Naín y a Lázaro. ¿Por qué tan pocos? ¿Sería porque estaba consciente de que no les hacía ningún favor? ¿Sería porque no podía conseguir voluntarios? ¿Sería porque una vez que alguien está allí, al último lugar que le gustaría volver es aquí?

Debemos confiar en Dios. No sólo debemos confiar en que Él hace lo mejor, sino también que conoce lo que está por delante. Piense en estas palabras de Isaías 57:1-2 : «Los hombres honrados mueren, y nadie se preocupa; los hombres buenos desaparecen, y nadie entiende que al morir se ven libres de los males y entran en la paz».

¡Qué pensamiento! Dios los libra de los días malos venideros. ¿Podría ser la muerte gracia de Dios? ¿Podría el arreglo floral ser el anillo de seguridad de Dios? ¿Por qué un niño de ocho años de edad muere de cáncer? ¿Por qué se separa a una joven madre de sus niños? Tan horrible como sería la tumba, ¿podría ser la protección de Dios del futuro?

Confiad en Dios, dice Jesús, y confiad también en mí.

Hace algunos años, escuché hablar al vicepresidente George Bush en un desayuno de oración. Contó de su viaje a Rusia para representar a Estados Unidos en el funeral de Leonid Brézhnev. El funeral fue tan sobrio y estoico como el régimen comunista. No hubo lágrimas ni emoción. Con una sola excepción. La viuda de Brézhnev fue la última persona en ver el cuerpo antes que el féretro se cerrara. Durante varios segundos permaneció a su lado y luego se inclinó e hizo la señal de la cruz sobre el pecho de su esposo.

En la hora de la muerte de su marido, no fue a Lenin, ni a Carlos Marx, ni a Kruschev. En la hora de la muerte se volvió al carpintero de Nazaret que vivió dos mil años atrás y quien osó afirmar: «No os angustiéis: confiad en Dios y confiad también en mí».²

Así, ¿qué vamos a hacer con los cumpleaños? Por más que deseemos evitarlos, no podemos. Muy pronto, las velas costarán tanto como el cake. Y por más que pensemos que podemos eludir la tumba, no podremos. Así es que en lugar de tratar de esquivarla, démosle la bienvenida. Démosle la bienvenida como un hito que nos recuerda que todavía no hemos llegado al hogar, pero que estamos más cerca de lo que nunca hemos estado.

² Esta historia la contó también Gary Thomas en «Wise Christians Clip Obituaries» [Recortes cristianos sabios de obituarios], *Christianity Today*, 3 de octubre de 1994, pp. 24-27.

Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré. Y cuando Él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio.

Juan 16:7-9 , RV—1960

Música para el baile

Supongamos que tú quieres aprender a bailar. Tomando en cuenta lo juicioso y racional que eres, te vas a una librería y compras un libro para aprender a bailar. Al fin y al cabo, si un libro te ayuda a programar una computadora, a llevar tus ejercicios contables, sin duda te ayudará a mover los pies.

Llevas el libro a casa y empiezas a trabajar. Haces todo lo que dice que hagas. El libro dice inclinarse, tú te inclinas. El libro dice mover los pies, tú los mueve. El libro dice girar, tu das una vuelta. Incluso puedes cortar en papel moldes de tus pies y ponerlos por toda la sala, para así saber por dónde ir.

Por último, crees que ya has aprendido e invitas a tu esposa a venir a observarte. Mantienes el libro abierto y empiezas a seguir las instrucciones paso a paso. Puedes leer las palabras en voz alta y así ella va a saber que estás haciendo tu trabajo. «Inclina tu hombro derecho», y tú lo inclinas. «Ahora da un paso con el pie derecho», y das el paso. «Vuélvete lentamente hacia la izquierda», y te vuelves.

Continúas leyendo y bailando, leyendo y bailando, hasta que la lección finaliza. Caes exhausto en el sofá, miras a tu esposa y proclamas:

—¡Lo hice perfectamente!

—Lo hiciste perfectamente, sí, muy bien—te dice ella, suspirando—. ¡Lo asesinaste!

—¿Qué?

—Olvidaste la parte más importante. ¿Dónde está la música?

—¿La música?

No se te había ocurrido pensar en la música. Pensabas en el libro. Te aprendiste las reglas. Pusiste las marcas de tus pies en el piso. Pero olvidaste la música.

—¡Hazlo de nuevo!—te dice ella, poniendo un disco—. Esta vez no te preocupes por los pasos, sólo sigue la música.

Ella le extiende sus brazos y la música comienza. La próxima cosa que hará es bailar y sin el libro.

Nosotros los cristianos tenemos la tendencia de seguir el libro mientras olvidamos la música. Dominamos la doctrina, bosquejamos los capítulos, memorizamos las dispensaciones, discutimos las leyes y, rígidamente, recorreremos

la sala de baile de la vida sin música en nuestros corazones. Medimos cada paso, calibramos cada vuelta y caemos cada noche a la cama exhaustos de otro día de baile guiados por el libro.

Bailar sin música es cosa pesada.

Jesús lo sabía. Por tal motivo, la noche antes de su muerte presentó a los discípulos al compositor de música de la Trinidad, el Espíritu Santo.

Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré. Y cuando Él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio (Juan 16:7-8 , RV—1960).

Si nos pidieran que describiéramos a nuestro Padre celestial, daríamos una respuesta. Si nos pidieran que dijéramos qué hizo Jesús por nosotros, igualmente daríamos una respuesta convincente. ¿Pero si nos preguntaran sobre el papel del Espíritu Santo en nuestra vida ...? Quizás miraríamos al suelo. Aclararíamos la garganta. Y pronto se haría evidente que de las tres personas de la Deidad, el Espíritu Santo es el que menos conocemos.

Quizás el error más común respecto al Espíritu es percibirlo como un poder y no como una persona, como una fuerza que no tiene identidad. Tal cosa no es verdad. El Espíritu Santo es una persona.

Los que son del mundo no lo pueden recibir, porque no lo ven ni lo conocen; pero vosotros lo conocéis, porque Él está con vosotros y permanecerá siempre en vosotros (Juan 14:17).

El Espíritu Santo no es «algo». Es una persona. Tiene conocimiento (1 Corintios 2:11). Tiene una voluntad (1 Corintios 12:11). Tiene una mente (Romanos 8:27). Tiene sentimientos (Romanos 15:30). Usted puede mentirle (Hechos 5:3-4). Puede insultarlo (Hebreos 10:29). Puede entristecerlo (Efesios 4:30).

El Espíritu Santo no es una fuerza impersonal. No es las espinacas de Popeye, ni la poderosa ola del que se desliza sobre ella. Es Dios en ti para ayudarte. Con razón Juan se refiere a Él como el Consolador.

Imagínate a un padre ayudando a su hijo a montar bicicleta y tendrás una visión parcial del Espíritu Santo. El padre se mantiene junto a su hijo. Empuja la bicicleta y la sostiene si el niño empieza a caerse. El Espíritu hace eso mismo con nosotros; nos sostiene y fortalece nuestro paso. A diferencia del padre, sin embargo, Él nunca nos deja. Está con nosotros hasta el final de los tiempos.

¿Qué hace el Espíritu?

Consuela a los salvados. «Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros, mas si me fuere, os lo enviaré» (Juan 16:7 , RV—60).

Convence a los perdidos. «Y cuando Él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio» (Juan 16:8 , RV—60).

Comunica verdad. «Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, Él os guiará a toda la verdad» (Juan 16:12 , RV—60).

¿Dice Juan que no necesitamos el libro para bailar? Por supuesto que no; él ayudó a escribirlo. Emoción sin conocimiento es tan peligroso como conocimiento sin emoción. Dios procura un equilibrio. «Dios es Espíritu, y los que le adoran deben hacerlo conforme al Espíritu de Dios y a la verdad» (Juan 4:24).

Lo esencial es que sepas que la música está en ti. «Si Cristo vive en vosotros, el espíritu vive porque Dios os ha librado de culpa» (Romanos 8:10). No necesitamos una fórmula para oírlo. Yo no tengo un plan de cuatro pasos para ayudarte a conocerlo. Todo lo que tengo es la promesa de que el Consolador vendría a consolar, a convencer y a comunicar.

Así es que piensa en esto: ¿Te han consolado alguna vez? ¿Alguna vez Dios te ha dado su paz cuando el mundo te dio su dolor? Si es así, has oído la música.

¿Te han convencido alguna vez? ¿Has sentido en algún momento una estocada de tristeza por tus acciones? Entonces, el Espíritu Santo te ha tocado.

¿O has entendido alguna vez una nueva verdad? ¿O has visto de manera diferente un viejo principio? La luz llega. Tus ojos se abren. «¡Ajá! ¡Ahora entiendo!» ¿Te ha pasado eso alguna vez? Si es así, ese fue el Espíritu Santo comunicándote una nueva verdad.

¿Qué tal? Él ya ha venido obrando en tu vida.

Y dicho sea de paso, para los que hemos pasado años tratando de hacer el trabajo de Dios, esta es una gran noticia. Es mucho más fácil izar la vela que remar. Y es muchísimo más fácil hacer que la gente se una al baile cuando Dios toca la música.

Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas; pero el que sólo trabaja por el salario, cuando ve venir al lobo deja las ovejas y huye, porque no es el pastor, y porque las ovejas no son suyas.

Juan 10:11–12

Yo soy el buen pastor. Como mi Padre me conoce y yo conozco a mi Padre, así conozco a mis ovejas y ellas me conocen a mí.

Juan 10:14–15

VEAMOS a un héroe del oeste: el vaquero.

Tira las riendas de su caballo hasta que se para en las patas de atrás en el mismo borde del precipicio. Se mueve en la silla de montar, fatigado de arrear animales. Con un dedo, levanta levemente el sombrero. Un movimiento del pañuelo deja a la vista una piel curtida por el sol.

Un millar de cabezas de ganado pasan tras de él. Mil seiscientos kilómetros de camino le esperan por delante. Mil mujeres querrían abrazarlo. Pero ninguna lo logra. Ni lo logrará. Vive para arrear ganado y arrea ganado para vivir. Es honesto en el póquer y rápido con el revólver. Cabalga rápido. Habla lento. Su mejor amigo es su caballo y su fuerza es su valor.

No necesita a nadie. Es un vaquero. El héroe norteamericano.

Veamos a un héroe en la Biblia: el pastor.

En su exterior, parece similar al vaquero. También es rudo. Duerme donde los chacales aúllan y donde rondan los lobos. Nunca está fuera de servicio. Está siempre alerta. Como el vaquero, hace del cielo su techo y de las praderas su hogar.

Pero aquí terminan los parecidos.

El pastor ama a sus ovejas. No es que el vaquero no aprecie a las vacas; lo que pasa es que no conoce al animal. Ni quiere conocerlo. ¿Has visto alguna vez un cuadro en que un vaquero acaricia a una vaca? ¿Has visto alguna vez a un pastor mimando a una oveja? ¿Por qué la diferencia?

Sencillo. El vaquero lleva a la vaca hacia el matadero. El pastor lleva a la oveja a trasquilar. El vaquero quiere la carne de la vaca. El pastor quiere la lana de la oveja. Por eso tratan a los animales en forma diferente.

El vaquero arrea al ganado. El pastor guía a la oveja.

Un hato tiene una docena de vaqueros. Un rebaño tiene un pastor.

El vaquero forcejea, marca, junta el hato, tira el lazo. El pastor dirige, guía, alimenta y cura.

El vaquero conoce el nombre de los ayudantes. El pastor conoce el nombre de las ovejas.

El vaquero grita y maldice a las vacas. El pastor llama a cada oveja por su nombre.

¿No nos alegra que Cristo no se haya llamado el Buen Vaquero? Pero algunos perciben a Dios así. Rostro duro, ranchero de mandíbula cuadrada que desde el cielo hace que su Iglesia, en contra de su voluntad, vaya a donde no quiere ir.

Pero esa es una imagen equivocada. Jesús dijo que Él era el Buen Pastor. El Pastor que conoce a sus ovejas por nombre y da su vida por ellas. El Pastor que las protege, provee y es dueño de sus ovejas. La Biblia está llena de esta imagen de Dios.

El Señor es mi pastor (Salmo 23:1).

Nosotros, que somos tu pueblo, que somos ovejas de tu prado (Salmo 79:13).
Pastor de Israel, que guías a José como un rebaño, que tienes tu trono sobre los querubines, ¡escucha!

(Salmo 80:1).

Él es nuestro Dios, y nosotros su pueblo; somos ovejas de sus prados (Salmo 95:7).

Él nos hizo y somos suyos; ¡somos pueblo suyo y ovejas de su prado! (Salmo 100:3).

La misma idea la encontramos a través del Nuevo Testamento.

Él es el pastor que arriesga su vida por salvar a la oveja extraviada (véase Lucas 15:4).

Él se compadece de su pueblo porque parecen ovejas sin pastor (véase Mateo 9:36).

Sus discípulos son su rebaño (véase Lucas 12:32).

Cuando atacan al pastor, las ovejas se dispersan (véase Mateo 26:31).

Él es el pastor de las almas de los hombres (véase 1 Pedro 2:25).

Él es el gran pastor de las ovejas (véase Hebreos 13:20).

El ochenta por ciento de los que escuchaban a Jesús vivían de la tierra. Muchos eran pastores. Vivían en las mesetas con las ovejas. Ningún rebaño pacía jamás sin un pastor, ni ningún pastor estaba jamás de vacaciones con respecto a su rebaño. Cuando las ovejas se extraviaban, el pastor las buscaba. Cuando no podían andar, él las llevaba en sus hombros. Cuando se herían, las curaba.

Las ovejas no son inteligentes. Tienen a extraviarse en corrientes de agua y como su lana puede pesar demasiado cuando se moja, se ahogan. Necesitan un pastor que las lleve a «tranquilas aguas» (Salmo 23:2). No tienen defensas naturales: ni garras, ni cuernos, ni colmillos. Son indefensas. Por eso necesitan un pastor con una «vara y un callado» (Salmo 23:4) para protegerlas. No tienen sentido de dirección. Necesitan a alguien que las guíe «por caminos rectos» (Salmo 23:3).

Así somos. También tenemos la tendencia a dejarnos arrastrar por aguas que deberíamos evitar. No tenemos defensas contra el león diabólico que ronda en busca de alguien a quien devorar. Nosotros también nos perdemos. «Todos nosotros nos perdimos como ovejas, siguiendo cada uno su propio camino» (Isaías 53:6).

Necesitamos un pastor. No necesitamos un vaquero que nos arree; necesitamos un pastor que nos cuide y nos guíe.

Y tenemos uno. Uno que nos conoce por nombre.

No necesito decirte por qué esto es tan importante. Tú lo sabes. Como yo, probablemente has estado en una situación donde alguien olvidó tu nombre. Quizás una situación donde nadie sabía quién eras, ni le interesabas.

No hace mucho mi asistente, Karen Hill, tuvo que someterse a cirugía. Cuando volvió en sí en la sala de recuperación, escuchó a un paciente que se quejaba. Y oyó cómo una amable enfermera lo confortaba.

—Tranquílcese, Tom—le decía ella—. Tranquílcese.

Pero el paciente seguía quejándose.

La enfermera insistía:

—Está bien, Tom. Siga con su dolor.

Hubo un momento de silencio, pero los quejidos comenzaron de nuevo.

—Muy bien, Tom. Usted estará bien.

Finalmente, el paciente habló. Con una voz muy bajita y que denotaba dolor, dijo:

—¡Yo no me llamo Tom, enfermera!

De nuevo se hizo el silencio. La enfermera tomó el expediente y luego dijo:

—Está bien, Harry. Está bien.

No es fácil estar en un lugar donde nadie conoce su nombre, pero pocos lo sabemos tan bien como «John Doe N° 24». Su historia, según anota Associated Press, era más o menos así:

Desconocido desde el 45,
John Doe se lleva su secreto
a la tumba

Jacksonville, IL.

El misterio de John Doe N° 24 lo sobrevivió. Había pocas pistas cuando en 1945 se encontró, vagando por las calles de Jacksonville, un adolescente sordo y ciego.

Como no se podía comunicar y sus familiares no lo podían encontrar, lo pusieron en una institución. Llegó a ser John Doe N° 24, porque era el hombre número veinticuatro no identificado en el sistema estatal de salud mental. El personal del hogar de ancianos Sharon Oaks, en Peoria, supuso que al morir allí de un ataque, tenía sesenta y cuatro años.

Los que cuidaron a John Doe creen que fue la diabetes la que le hizo perder la vista y el expediente indica que tenía un severo retraso mental. Pero ellos recuerdan a un hombre orgulloso, más inteligente de lo que casi siempre mostraban las pruebas. Recuerdan las exasperantes pistas sobre su identidad. La forma en que garabateaba «Lewis» y sus locas historias de clubes de jazz y desfiles de circos. «Por lo que contaba, era obvio que en algún tiempo tuvo una vida interesante», dijo Kim Cornwell, una trabajadora social. «Como mi abuelo, tal vez habría podido contar historias divertidas. Sólo que no podíamos entenderle lo suficiente como para darnos cuenta»[...]

Tenía un sombrero de paja que le gustaba usar y a dondequiera que iba llevaba su colección de anillos, vasos y vajilla de plata. En las fiestas de Navidad bailaba siguiendo las vibraciones de la música. En la última Navidad el personal le compró una armónica.

El pasado miércoles, en un breve servicio realizado junto a su tumba, en Jacksonville, una mujer preguntó si alguien quería decir algunas palabras. Nadie quiso.¹

1 Esta historia de Associated Press [Prensa asociada], aparece en un material adicional del audiocasete «Stones in the Road» [Piedras en el camino], de Mary Chapin Carpenter, 1994, Sony Music Entertainment, Inc., Nueva York. Mary Chapin Carpenter escribió una canción, «Joe Doe No. 24», después que leyó su historia en el periódico.

En algún lugar de la oscuridad de John Doe N° 24 había una historia. Había un nombre. Habían recuerdos de una madre que lo llevó en sus brazos, de un padre que lo llevaba por aquí y por allá. Detrás de aquellos ojos sin luz había ojos que veían el pasado, y todo lo que podemos hacer es preguntarnos: ¿Qué veían esos ojos? ¿Un niño con una caña de pescar en un río turbio? ¿Un rapaz con los ojos bien abiertos y comiendo rosetas de maíz en un circo? ¿Una orquesta de jazz en Nueva Orleans?

Nadie lo sabrá jamás. Nadie lo sabrá porque él nunca lo pudo decir. Ni siquiera pudo decir su nombre. Y el día que murió, nadie tuvo palabras que decir. ¿Qué dices tú cuando se sepulta una vida que nadie conoció?

Esto es fácil decirlo, pero me habría gustado estar allí. Habría abierto la Biblia en el capítulo diez del Evangelio de Juan y habría leído el versículo 3: «El pastor llama a cada oveja por su nombre[...] Él las saca del redil».

No es cierto que nadie conocía el nombre de este hombre. Dios lo conocía ... y Dios lo conoce. Y es un error decir que este hombre nunca oyó su nombre. ¿Quién sabe cuántas veces Dios se lo dijo a través de los años? En el silencio. A través de la oscuridad. Cuando nosotros creíamos que no podía oír, ¿quién diría que no podía oír la única voz que vale la pena oír?

El Buen Pastor conoce a cada oveja por su nombre. Él no es un vaquero y nosotros no somos ganado. No nos marca y no vamos caminado al mercado. Él guía, alimenta y cura. Y la Palabra dice que no nos dejará hasta que lleguemos a casa.

Yo les doy vida eterna, y jamás perecerán ni nadie me las quitará.
Juan 10:28

QUISIERA confesar una caída. Lo he mantenido en secreto demasiado tiempo. No puedo negar el traspie; ni puedo desentenderme de la verdad. Caí. Hubo testigos de mi resbalón. Pueden contártelo. Generosamente, no se lo han dicho a nadie. Preocupados por mi reputación, han mantenido el hecho en secreto. Pero ha sido un secreto durante demasiado tiempo. Ha llegado el momento en que debo contar mi falta.

Di un traspie en un campamento familiar.

Mis hijas y yo decidimos escalar una pared. Una pared que simulaba ser una roca. La pared está hecha de madera y tiene algunas muescas simulando rocas

para poder afirmar los dedos. Para seguridad, los que intentan escalar la pared usan un arnés alrededor de la cintura. El arnés está sujeto a una cuerda que corre a través de una polea y baja hasta las manos de un guía que la asegura mientras la persona que va a escalar la pared logra su propósito.

Decidí intentarlo. ¿Qué es una pared de dieciséis metros para un escritor en su mediana edad? Le indiqué al guía que estaba listo y empezamos. Todo anduvo bien hasta la primera mitad del ascenso. A partir de ahí, sin embargo, empecé a sentirme cansado. Estas manos y pies no están acostumbrados a escalar.

Cuando me faltaban unos seis metros para llegar, sinceramente tengo que decir que empecé a preguntarme si lo lograría. Estuve a punto de indicar al guía que me remolcara el resto de la distancia. Mis dedos estaban adoloridos, mis piernas empezaban a temblar y sentía remordimientos por cada hamburguesa que me había comido, pero mi idea de rendirme se perdió en el aliento que me daban mis hijas que ya habían llegado a la cima.

«¡Vamos, papá! ¡Tú puedes hacerlo!»

Entonces di todo lo que tenía. Pero todo lo que tenía no fue suficiente. Mis pies resbalaron, mis manos se soltaron y caí. Y caí duro. Pero no caí del todo. Mi guía sujetaba la cuerda firmemente. Debido a que estaba alerta y que era fuerte, mi voltereta duró sólo un par de segundos. Brinqué y me balanceé en el arnés, suspendido en el aire. Todos los que miraban dieron un suspiro mientras yo tomaba aliento y reanudaba el ascenso.

¿Se imaginan qué hice cuando llegué a la cima? ¿Creen que me puse a alardear? ¿Creen que fanfarroneé por haber conquistado la pared? Claro que no. Miré abajo, al que había evitado que cayera a tierra, y le grité: «¡Gracias, compañero!»

No me palmoteé la espalda ni levanté el puño en señal de triunfo. A nadie le pregunté si había visto mi hazaña. Hice lo único que correspondía hacer: le di las gracias al que me sostuvo.

Ojalá que todas mis volteretas fueran tan leves. Tan cortas. Tan sin consecuencias. No han sido así. Sé que me he soltado de mucho más que paredes imitación roca. Me he soltado de promesas y convicciones. Ha habido ocasiones cuando mis dedos se resbalaron de las piedras de la verdad que atesoro. Y no puedo decirte las veces que he esperado dar contra el fondo sólo para encontrarme suspendido en el aire, sostenido por un par de manos horadadas.

«¡Inténtalo de nuevo!», me anima. Y yo lo intento.

Tú y yo estamos en una gran escalada. La pared es alta y los riesgos son aún más grandes. Diste el primer paso el día en que confesaste a Cristo como el Hijo de Dios. Él te entregó su arnés, el Espíritu Santo. Y en tus manos puso una cuerda: su Palabra.

Tus primeros pasos fueron confiados y seguros, pero con el recorrido vino el cansancio y con la altura vino el miedo. Diste un traspié. Perdiste el enfoque. Perdiste el agarre, y caíste. Por un momento, que pareció eterno, diste grandes volteretas. Fuera de control. Fuera de autocontrol. Desorientado. Fuera de sitio. Cayendo.

Pero entonces la cuerda se tensó y las volteretas cesaron. Te afirmaste en el arnés y comprobaste que era fuerte. Te agarraste de la cuerda y comprobaste que

era verdad. Miraste al guía y encontraste a Jesús velando por tu alma. Con una tímida confesión, sonreíste y Él te devolvió la sonrisa, y la jornada se reanudó.

Ahora eres más sabio. Has aprendido a ir lentamente. A tener cuidado. Eres cauteloso, pero también eres confiado. Confías en la cuerda. Descansas en el arnés. Y aunque no veas a tu guía, lo conoces. Sabes que es fuerte. Y que es capaz de guardarte de las caídas.

Y sabes que estás a pocos pasos de la cima. De modo que lo que sea que tengas que hacer, hazlo. Aunque tu caída sea grande, las fuerzas de tu guía son más grandes. Lo lograrás. Verás la cumbre. Te pararás en lo alto. Y cuando llegues allí, lo primero que harás será reunirte con los otros que ya hayan llegado y cantarás este pasaje:

El Dios único, nuestro Salvador, tiene poder para cuidar de que no caigáis, y presentaros sin mancha y llenos de alegría ante su gloriosa presencia. A Él sea la gloria, la grandeza, el poder y la autoridad, por nuestro Señor Jesucristo, antes, ahora y siempre. Así sea (Judas 24–25).

Jesús, llevando su cruz, salió para ir al llamado «Lugar de la Calavera[...] Allí le crucificaron, y con Él a otros dos, uno a cada lado.

Juan 19:17–18

Una historia de Cenicienta

Dios entre dos ladrones. Exactamente el lugar donde Él quiere estar.

Tres hombres en tres cruces, una escena bien conocida. Aun estudiantes superficiales de Cristo están familiarizados con el trío del monte de la Calavera. Nosotros hemos pesado sus sufrimientos, esbozado sus rostros y analizado sus palabras.

Pero vamos a imaginarnos la escena desde otra perspectiva. En lugar de ubicarnos a nivel del suelo, vamos a ubicarnos en el trono de Dios y desde allí mirar hacia abajo. ¿Qué ve Dios? ¿Cuál es la perspectiva desde el cielo? ¿Ve Dios la madera y los clavos? ¿Ve la carne rota y la sangre derramada? ¿Puede el cielo oír los golpes del mazo y las voces gritando?

Sin duda. Pero Dios ve mucho más. Ve a su Hijo rodeado de pecado y a dos ladrones cubiertos de pecado. Una sombra se cierne sobre sus espíritus. La multitud se estremece al ver la sangre sobre la piel, pero el cielo se lamenta sobre la oscuridad de sus corazones. La tierra tiene piedad de la condición de sus cuerpos. El cielo llora sobre la condición de sus almas.

Me pregunto si podemos entender el impacto que nuestros pecados tienen en el cielo. Apocalipsis 3:16 nos proporciona una pista, cuando Jesús amenaza con escupir de su boca a la iglesia tibia. Literalmente, el verbo significa «vomitar». Tu pecado, disculpa la frase, hace que Dios quiera vomitar. Tus actos le provocan, no sólo disgusto, sino repugnancia.

¿No has sentido tú lo mismo? ¿No has experimentado el horror de un acto humano y has querido vomitar? Algunas noches atrás las noticias transmitieron la historia de un niño de diez años al que su padre le prendió fuego. El hombre puso papel debajo de la camisa de su hijo, roció con un líquido inflamable a su hijo y le prendió fuego. ¿Por qué? Porque el niño le llevó algunos de los cupones para recibir alimentos.

¿No le provoca náuseas una historia como esta? ¿No lo pone furioso? Y si nosotros, que somos también pecadores, reaccionamos así, ¿cuánto más ocurrirá con un Dios santo? Después de todo, se ha quebrantado su ley. Han maltratado a sus hijos. Han pasado por alto su Palabra.

Han ultrajado su santidad.

La pregunta no es: «¿Puede Dios pasar por alto el pecado?» En realidad, la pregunta es: «¿Cómo puede ser el perdón en el mundo una opción?» La pregunta no es por qué es para Dios difícil perdonar, sino cómo es que, en efecto, puede perdonar.¹

Desde la perspectiva de Dios, la tragedia de estos hombres no fue que estaban a punto de morir, sino que iban a morir con el problema de sus pecados sin resolver. Abandonaban esta tierra hostil a Dios, desafiando su verdad y resistiendo a su llamado. «Los que se preocupan de lo puramente humano son enemigos de Dios, porque ni quieren ni pueden someterse a su ley» (Romanos 8:7). El pecado no es un desafortunado desliz ni un acto lamentable; es una actitud de desafío contra un Dios santo.

Así es como se ve desde el cielo.

Sin embargo, la figura en el centro de la cruz no tiene sombra de pecado. «Pues nuestro sumo sacerdote puede compadecerse de nuestras debilidades, porque Él también estuvo sometido a las mismas pruebas que nosotros; sólo que Él jamás pecó» (Hebreos 4:15). Inmaculado. Generoso. Aun sobre una cruz de pecado, la santidad de Jesús ilumina el cielo.

El primer criminal lee el letrero que identifica a Jesús como el Rey de los judíos. Escucha a Jesús orar por los que lo están matando. Algo en la presencia del carpintero lo convence que está ante un Rey.

El otro facineroso tiene una opinión diferente. «¡Si eres el Mesías, sálvate a ti mismo y sálvanos a nosotros!» (Lucas 23:39). ¿Se puede imaginar que un hombre a punto de morir use su energía para algo que no sea infamar? No este hombre. La sombra sobre su corazón es tan densa, que aun se mofa en medio del dolor.

De repente, alguien le dice: «¿No temes a Dios ...?» Es la voz del primer criminal. «Nosotros padecemos con toda razón, pues recibimos el justo pago de nuestros actos; pero este no ha hecho nada malo» (Lucas 23:41).

¹ John R.W. Stott, *The Cross of Christ* [La cruz de Cristo], InterVarsity Press, Downers Grove, IL, 1986, p. 88:

Finalmente, aparece alguien que defiende a Jesús. Pedro voló. Los discípulos se escondieron. Los judíos acusaron. Pilato se lavó las manos. Muchos pudieron haber hablado en favor de Jesús, pero nadie lo hizo. Hasta ahora. Palabras amables de labios de un ladrón. Y hace su ruego. «Jesús, acuérdate de mí cuando comiences a reinar» (Lucas 23:42).

El Salvador vuelve su pesada cabeza hacia el hijo pródigo y le promete: «Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lucas 23:43).

Para aquellos que permanecían a los pies de la cruz, el diálogo debe de haber resultado muy extraño. Pero para los que estaban al pie del trono, el diálogo tiene que haber sido ultrajante. No podrían habérselo imaginado. ¿Cómo el ladrón podría ir al paraíso? ¿Cómo un alma manchada por el pecado podría ir al cielo? ¿Cómo podría ser salvo un pecador? Estaban a punto de saberlo.

¿Se movió un ángel, se revolvió un demonio al ser testigos de la respuesta a la oración? Los pecados del ladrón (¡y todos nosotros somos los ladrones!) salieron de él y fueron a Jesús. Al principio, pequeñas manchitas, luego grandes escamas y finalmente capas de inmundicia. Cada pensamiento malo. Cada obra vil. Los desvaríos del ladrón. Sus maldiciones. Su codicia. Su pecado. Ahora todo esto cubría a Cristo Jesús. Lo que provoca náuseas a Dios cubre ahora a su Hijo.

Al mismo instante, se alza la pureza de Jesús y cubre al ladrón moribundo. Alrededor de su alma hay ahora una placa de esplendor. Así como el padre vistió al pródigo, ahora Cristo viste al ladrón. ¡No sólo con un manto limpio, sino con Jesús mismo! «Y por el bautismo habéis sido unidos a Cristo y habéis sido revestidos de Él» (Gálatas 3:27).

El que no tenía pecado llegó a ser lleno de pecado. El que estaba lleno de pecado llegó a ser sin pecado.

Es el cambio más excepcional de toda la eternidad. Pablo lo explica de esta manera: «Cristo nos libró de la maldición de la ley, pues Él fue hecho objeto de maldición por causa nuestra» (Gálatas 3:13).

Cuando ve el pecado, un Dios justo debe o aplicar castigo o tomarlo. Dios escoge lo último. Sobre la cruz «Dios estaba poniendo al mundo en paz consigo mismo» (2 Corintios 5:19).

Sé que Juan dice que Jesús cargó con su propia cruz cuando ascendía al monte, pero no era su cruz. Era la nuestra. La única razón por la que llevó la cruz fue por nosotros, ladrones y malhechores. «Cristo no cometió pecado alguno, pero, por causa nuestra, Dios le trató como al pecado mismo, para así, por medio de Cristo, librarnos de culpa» (2 Corintios 5:21). No fue su muerte la que sufrió; fue la nuestra. No fue por causa de su pecado; fue el pecado nuestro.

Mientras escribía este capítulo, surgió una hermosa ilustración de esto. En medio de la redacción de los dos párrafos anteriores, recibí una llamada telefónica de un amigo llamado Kenny. Él y su familia acababan de regresar de Disney World. «Vi algo que nunca olvidaré», me dijo. «Y quiero contártelo».

Él y su familia estaban dentro del castillo de Cenicienta que estaba atiborrado de niños con sus padres. De repente, todos corrieron hacia un lado. Si hubiera sido un bote, el castillo se habría volcado. Había entrado la Cenicienta.

La Cenicienta. La princesa prístina. Kenny dijo que la representación era perfecta. Una esplendorosa jovencita con cada cabello en su lugar, piel sin tacha y

sonrisa radiante. Ahí estaba, con su frágil cintura, en medio de un jardín de niños, cada uno queriendo tocarla y que ella los tocara.

Por alguna razón, Kenny se volvió y miró hacia el otro lado del castillo. No había nadie, salvo un niño de unos siete u ocho años. Lo desfigurado de su cuerpo hacía difícil apreciar su edad. Diminuto, el rostro deformado, observaba inmóvil y ansioso, tomado de la mano de un hermano mayor.

¿Sabe lo que quería? Quería estar con los niños. Anhelaba estar en medio de ellos, trataba de tocar a la Cenicienta y llamarla por su nombre. ¿Pero no podría usted sentir su miedo, miedo de sufrir otro rechazo? ¿Miedo de ser otra vez objeto de mofa, de sufrir de nuevo las burlas?

¿No le habría gustado que la Cenicienta fuera hasta donde estaba él?

¿Adivine qué? ¡Ella fue!

Se dio cuenta de la presencia del pequeño. E inmediatamente se dirigió hacia donde él estaba. Cortés, pero con firmeza, empezó a caminar poquito a poquito entre la multitud de niños, hasta que al final pudo caminar libremente, se arrodilló junto al niño que parecía atontado y le dio un beso en la mejilla.

«Creí que te interesaría esta historia», me dijo Kenny.

Y sí me interesó. Me recordó esta en que tú y yo hemos venido reflexionando. Los nombres son diferentes, ¿pero la historia no es casi la misma? En lugar de una princesa de Disney, hemos venido considerando al Príncipe de Paz. En lugar de un niño en un castillo, hemos visto a un ladrón en una cruz. En ambos casos se dio un regalo. En ambos casos se entregó amor. En ambos casos el encantador llevó a cabo un gesto que supera las palabras.

Pero Jesús hizo más que la Cenicienta. Ah, muchísimo más.

La Cenicienta sólo dio un beso. Cuando se incorporó para irse, se llevó con ella su belleza. El niño siguió deforme. ¿Qué habría pasado si la Cenicienta hubiera hecho lo que Jesús hizo? ¿Qué habría pasado si hubiera adoptado el estado del niño? ¿Qué habría pasado si de alguna manera le hubiera dado su belleza y tomado su fealdad?

Esto fue lo que hizo Jesús.

«Él estaba cargado con nuestros sufrimientos, estaba soportando nuestros propios dolores[...] fue traspasado a causa de nuestra rebeldía, fue atormentado a causa de nuestras maldades; el castigo que sufrió nos trajo la paz, y por sus heridas alcanzamos la salud» (Isaías 53:4–5).

No nos equivoquemos:

Jesús dio más que un beso: dio su belleza.

Hizo más que una visita: pagó por nuestras faltas.

Eso llevó más de un minuto: llevó nuestros pecados.

Jesús tomó en sus manos los panes y, después de dar gracias a Dios, los repartió entre los que estaban sentados. Hizo lo mismo con los peces, dándoles todo lo que querían.

Juan 6:11

El predicador de las malas noticias

NO ME GUSTÓ el predicador que se sentó a mi lado en el avión. Ya lo sé. Ya lo sé. Se supone que uno tiene que querer a todo el mundo, pero este señor ...

Para empezar, ocupó el asiento junto al mío. Esperaba que nadie se sentaría allí. El avión estaba repleto. Era un domingo por la tarde y yo me sentía cansado por los servicios de la mañana. Esa tarde iba a predicar en Atlanta y tenía intenciones de tomarme una siestecita mientras volábamos.

Pero este caballero tenía ideas diferentes. Aunque lo asignaron a otro asiento, se sentó junto a mí porque estaba más cerca del frente. Y cuando se sentó, ocupó cada pulgada disponible y un poco más. Perdóname, pero me pongo un poco celoso por el brazo de mi asiento. Este tipo estableció las reglas entre nosotros y nunca abdicó de ellas.

Sabiendo que no dormiría, decidí revisar mis pensamientos para la lección de la noche, así es que abrí mi Biblia.

—¿Qué estudia ahí, amigo?

Se lo dije, pero él no oyó nada.

—La iglesia está perdida—afirmó—. Va por mal camino y está quebrantada.

Mi vecino resultó ser un evangelista. Cada semana habla en una iglesia diferente.

—Los despierto—rezongó—. Los cristianos están dormidos. No oran. No aman. No se preocupan.

Con esa declaración, adoptó el tono y cadencia del predicador y comenzó a enumerar todas las penas y debilidades de la iglesia:

—Demasiada pereza, uf, demasiada riqueza, uf, demasiada malacrianza, demasiada gordura, uf ...

La gente que estaba sentada cerca empezó a escuchar y mi rostro empezó a subir de color. No debí de haberme irritado, pero lo estaba. Soy de los que nunca saben qué decir en un momento dado y luego paso la semana entera pensando y diciéndome: «Debí haberle dicho ...»

Bien, he pasado los últimos días pensando en eso, y creo que esto es lo que debí haberle dicho al predicador de las malas noticias: «La fidelidad de Dios nunca ha dependido de la fidelidad de sus hijos. Él es fiel aunque nosotros no lo seamos. Cuando nos desanimamos, Él no se desanima. Él ha hecho la historia usando a personas, a pesar de las personas.

¿Necesita un ejemplo? La alimentación de los cinco mil. Este es el único milagro, aparte de los de la última semana, que aparece en todos los Evangelios. ¿Por qué los cuatro escritores consideraron valioso repetirlo? Quizás conocían a algunos predicadores como el que se sentó a mi lado en el avión. A lo mejor querían mostrar que Dios no se da por vencido, aun cuando los suyos lo hagan.

El día comienza con la noticia de la muerte de Juan el Bautista.

Continúa con el regreso de los discípulos de un corto viaje misionero.

Siguiendo a los discípulos hay cinco mil hombres y sus familias. Jesús trata de

escabullirse de la multitud cruzando el mar, sólo para encontrar que la gente lo espera al otro lado. Quería estar solo para llorar, pero en lugar de eso la gente le rodeaba. Quería pasar tiempo solo con los discípulos, pero en vez de eso tiene a una multitud con Él. Quería tiempo para pensar, pero en cambio tiene gente a la cual enfrentar.¹

Pasa tiempo con ellos enseñándoles, y luego se vuelve a Felipe y averigua: «¿Dónde vamos a comprar comida para toda esta gente?» (Juan 6:5). Recuerda que Felipe había echado fuera demonios y sanado a un enfermo (Marcos 6:13). Así que era de esperar que tuviera una actitud optimista. Lo apropiado habría sido un poco de fe. Después de todo, acababa de pasar varias semanas viendo ocurrir lo imposible.

¿Pero cómo responde Felipe? Suena semejante al predicador que me encontré en el avión. Sabe el problema, pero no tiene idea cómo solucionarlo. «Ni siquiera doscientos denarios de pan bastarían para que cada uno recibiese un poco» (Juan 6:7).

Puede citar cifras, pero no puede ver la forma de ayudar. Logra hacer cálculos, pero no una respuesta. Y aunque la respuesta de orar está ahí, a su lado, ni siquiera ora.

Igualmente inquietante es el silencio de los otros discípulos. ¿Están optimistas? Lee sus palabras y saca tu conclusión: «Ya es tarde, y éste es un lugar solitario. Despide a la gente, para que vayan a los campos y las aldeas de alrededor y se compren algo de comer» (Marcos 6:35–36).

¡Vamos, muchachos! ¿Qué tal un poquito de fe? «Tú puedes alimentarlos, Jesús. Ningún desafío es demasiado grande para ti. Hemos visto sanar al enfermo y resucitar al muerto; sabemos que tú puedes alimentar a esta gente».

Pero eso no es lo que dicen. Si la fe es fuego, estos andaban en oscuridad.

En ningún momento se les ocurrió a los discípulos entregar el problema a Jesús. Sólo Andrés tuvo un pensamiento así, pero aún su fe era pequeña. «Aquí hay un niño que tiene cinco panes de cebada y dos peces, pero ¿qué es esto para tanta gente?» (Juan 6:9).

Por fin, Andrés le da a Jesús una sugerencia. Pero no viene con mucha fe. En realidad, era difícil encontrar mucha fe en el monte aquel día.

Felipe era un pesimista.

Andrés era un incrédulo.

Los otros discípulos eran negativos.

El predicador en el avión se habría sentido a sus anchas con los discípulos. Obsérvalos: No oran, no creen; ni siquiera buscan una solución. ¡Si algo hace, es decirle a Jesús qué hacer! «Despide a la gente» (Marcos 6:36). Un poco presumidos, ¿no te parece?

Los discípulos están «mal encaminados y quebrantados». Se ven como si tuvieran «demasiada pereza, uf, demasiada riqueza, uf, demasiada mala crianza, uf, demasiada gordura, uf». Permíteme ser claro. Estoy de acuerdo con el predicador que la iglesia está débil. Cuando él deplora la condición de los santos,

¹ Este día se bosqueja y desarrolla en *In the Eye of the Storm: A Day in the Life of Jesus* [En el ojo de la tormenta: Un día en la vida de Jesús], de Max Lucado, Word, Dallas, TX, 1991:

podría citar el segundo versículo. Cuando se lamenta de la salud de muchas iglesias, no discuto.

Pero cuando proclama que nos vamos hacia el infierno en una canasta, ¡sí que reacciono! Simplemente creo que Dios es más grande que nuestra debilidad. En realidad, creo que es nuestra debilidad la que revela cuán grande es Dios. Él le dijo a otro que luchaba: «Mi amor es todo lo que necesitas, pues mi poder se muestra mejor en los débiles» (2 Corintios 12:9). La alimentación de los cinco mil es un ejemplo ideal. La escena responde a la pregunta: ¿Qué hace Dios cuando sus hijos están débiles?

Si Dios alguna vez necesitara una excusa para abandonar a la gente, aquí tendría una. Sin duda despediría a sus seguidores hasta que aprendieran a creer.

¿Es eso lo que hace? Tú decides. «Jesús tomó en sus manos los panes, y después de dar gracias a Dios, los repartió entre los que estaban sentados. Hizo lo mismo con los peces, dándoles todo lo que querían» (Juan 6:11).

Cuando los discípulos no oraron, Jesús oró. Cuando los discípulos no vieron a Dios, Jesús buscó a Dios. Cuando los discípulos fueron débiles, Jesús fue fuerte. Cuando los discípulos no tuvieron fe, Jesús tuvo fe. Dio gracias a Dios.

¿Por qué? ¿Por la multitud? ¿Por el pandemónium? ¿Por el cansancio? ¿Por los discípulos sin fe? No, dio gracias a Dios por los panes. Se olvidó de las nubes, encontró el rayo y dio gracias a Dios por él.

Fíjate en lo que hizo a continuación. «[Jesús] partió los panes, los dio a los discípulos y ellos los repartieron entre la gente» (Mateo 14:19).

En lugar de culpar a los discípulos, los usó. Y allí fueron ellos, repartiendo el pan que no buscaron, disfrutando de la respuesta a la oración que no oraron. Si Jesús hubiera actuado de acuerdo a la fe de sus discípulos, la multitud se habría ido sin comer. Pero no lo hizo, ni lo hace. Dios es verdad para nosotros aun cuando nos olvidemos de Él.

Dios da sus bendiciones según las riquezas de su gracia, no según la profundidad de nuestra fe. «Si no somos fieles, Él sigue siendo fiel, porque no puede negarse a sí mismo» (2 Timoteo 2:13).

¿Por qué es importante saber esto? Así no serás pesimista. Mira a tu alrededor. ¿No hay más bocas que pan? ¿No hay más heridos que médicos? ¿No hay más que necesitan la verdad que los que la comunican? ¿No hay más iglesias dormidas que iglesias ardiendo?

Entonces, ¿qué vamos a hacer? ¿Levantar nuestras manos y marcharnos? ¿Decirle al mundo que no podemos ayudarles? Eso es lo que los discípulos querían hacer. ¿Debemos darnos por vencidos con la iglesia? Esa pareciera haber sido la actitud del predicador con el que me encontré en el avión.

No. Nosotros no nos damos por vencidos. Miramos hacia arriba. Confiamos. Creemos. Y nuestro optimismo no es hueco. Cristo ha demostrado ser digno. Ha demostrado que nunca falla, aunque en nosotros no haya más que fracasos.

Es probable que nunca vuelva a ver a aquel proclamador de pesimismo, pero a lo mejor tú te encuentras con él. Si tal cosa ocurre, ¿serías tan amable en darle un mensaje de mi parte?

Dios es fiel aunque sus hijos no lo sean.

Eso es lo que hace Dios a Dios.

Jesús hizo otras muchas señales milagrosas delante de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en Él.

Juan 20:30–31

El último testigo

JUAN no nos cuenta todo lo que Jesús hizo. Pero nos cuenta aquello que nos guiará a la fe. Juan selecciona siete milagros. Sin apuros, empieza con el sobrio milagro de convertir el agua en vino y luego va *in crescendo* hasta la resurrección de Lázaro ante los ojos de la gente. Se relatan siete milagros y se examinan siete testigos, cada uno construye su testimonio sobre el anterior.

Vamos a ver si podemos sentir todo su impacto.

Vamos a suponer que estamos en una sala de corte, una sala casi vacía. Hay cuatro personas presentes: un juez, un abogado, un huérfano y uno que quiere ser su representante. El juez es Dios, Jesús es el que quiere ser representante y el huérfano eres tú. No tienes nombre, ni herencia, ni hogar. El abogado propone que te pongan bajo el cuidado de Jesús.

¿Quién es el abogado? Un pescador galileo de nombre Juan.

Se ha presentado en la corte con seis testigos. Es el momento de presentar al séptimo. Pero antes de llamarlo al estrado, el abogado repasa el caso.

—Comenzamos este caso con la boda de Caná.

Habla con calma, midiendo cada palabra.

—No tenían vino. Absolutamente nada. Pero cuando Jesús habló, el agua se convirtió en vino. Un vino del mejor. Delicioso. Ya oyeron las palabras de los que atendían en la boda. Vieron lo ocurrido.

Guarda silencio y luego prosigue:

—Después oímos las palabras del oficial extranjero. Su hijo estaba en el umbral de la muerte.

Sí lo recuerda. Recuerda el testimonio del hombre. Con toda claridad dijo cómo había recurrido a los doctores y había intentado todos los tratamientos sin que nada hubiera ayudado a su hijo. Pero cuando estaba a punto de perder las esperanzas, alguien le habló de un sanador en Galilea.

Con su acento endurecido, el dignatario explicó:

—No tuve otra alternativa. En medio de mi desesperación, acudí a Él. ¡Vea! Vea lo que el Maestro hizo por mi hijo.

El niño estaba de pie y te asombras. Era difícil imaginarse que ese niño tan saludable haya estado tan cerca de la muerte. Escuchas absorto mientras Juan continúa:

—Y, su señoría, no olvide al paralítico cerca del estanque de agua. Hacía treinta y ocho años que no caminaba. Pero luego Jesús llegó y, bueno, la corte lo vio. ¿Recuerda? Lo vimos entrar caminando en esta sala. Oímos su historia.

»Y, por si eso fuera poco, también oímos el testimonio del niño con el almuerzo. Era parte de una multitud de miles que siguieron a Jesús para oírle y verlo hacer sanidades. En el momento preciso, cuando el niño se aprestaba a abrir el canasto donde tenía su almuerzo para servírselo, le dijeron que se lo llevara a Jesús. Por un minuto fue un almuerzo, al siguiente fue un festín.

Juan calla de nuevo, deja que el silencio hable en la sala de la corte. Nadie puede negar estos testimonios. El juez escucha. El abogado escucha. Y tú, el huérfano, no dices nada.

—Luego vino la tempestad. Pedro nos la describió. La barca era un juguete de las olas. Truenos. Relámpagos. Tormentas capaces de matar. Sé lo que es eso. ¡Me ganaba la vida en una barca! El testimonio de Pedro sobre lo ocurrido fue verdad. Yo estaba allí. El Maestro caminó sobre el agua. Y en el mismo momento en que subió a la barca, nos sentimos a salvo.

Juan se detiene. Los rayos del sol que se filtran en la sala forman un cuadro de luz en el piso. Juan se para dentro del mismo.

—Entonces ayer, encontraron a un hombre que nunca había podido ver. Su mundo era la oscuridad. Negro. Era ciego. Ciego de nacimiento.

Juan guarda silencio y con todo dramatismo repite lo que el hombre había dicho:

—Jesús sanó mis ojos.

Se han dado seis testimonios. Se han certificado seis milagros. Juan gesticula hacia la mesa donde yacen los artículos de evidencia. La vasija que contiene el vino. La declaración firmada del doctor que trató al niño enfermo. El lecho del paralítico, el canasto del niño. Pedro trajo un remo roto para demostrar la fuerza de la tempestad. Y el ciego dejó la vasija y el bastón. Ya no necesita seguir pidiendo limosna.

—Y ahora—dice Juan, volviéndose al juez—, tenemos un último testigo para llamar y una evidencia más que presentar.

Se dirige a la mesa y vuelve con un pedazo de tela blanca. Te inclinas hacia adelante, inseguro de lo que está sosteniendo.

—Este es un sudario mortuario—explica. Coloca la tela sobre la mesa y ruega—: Si su señoría me lo permite, llamo a nuestro último testigo, Lázaro de Betania.

Las pesadas puertas de la sala de la corte se abren y entra un hombre alto. A grandes zancadas cruza el pasillo y se detiene ante Jesús lo suficiente como para ponerle una mano sobre el hombro y decirle:

—Gracias.

Tú puedes oír la ternura en su voz. Lázaro entonces se vuelve y toma asiento en el estrado.

—Diga su nombre a la corte.

—Lázaro.

—¿Ha oído de un hombre llamado Jesús de Nazaret?

—¿Quién no?

—¿Cómo lo conoce?

—Es mi amigo. Nosotros, mis hermanas y yo, tenemos una casa en Betania. A menudo, cuando Él viene a Jerusalén, se hospeda con nosotros. Mis hermanas, María y Marta, también han llegado a ser creyentes en Él.

—¿Creyentes?

—Creyentes de que Él es el Mesías. El Hijo de Dios.

—¿Por qué lo creen?

Lázaro sonríe.

—¿Cómo no habrían de creer? Yo había muerto. Y hacía cuatro días que estaba muerto. Estaba en la tumba. Oraron por mí y me sepultaron. Estaba muerto. Pero Jesús me mandó salir de la sepultura.

—Cuéntenos lo que ocurrió.

—Bueno, yo era muy enfermizo. Por eso es que vivía con mis hermanas. Ellas me cuidan. Mi corazón nunca ha sido muy fuerte, por eso he tenido que cuidarme mucho. Marta, mi hermana mayor, ella es, bueno, es como una madre para mí. Fue Marta quien llamó a Jesús cuando mi corazón falló.

—¿Fue entonces que murió?

—No, pero casi. Duré algunos días. Pero sabía que estaba en el umbral. Los doctores venían, movían la cabeza y se iban. En realidad, tenía un pie en la tumba.

—¿Fue en ese momento que llegó Jesús?

—No, teníamos la esperanza de que llegaría. Por las noches, Marta se sentaba en la cama y me susurraba una y otra vez: «Sé fuerte, Lázaro. Jesús llegará en cualquier momento». Lo único que sabíamos era que vendría. Quiero decir, había sanado a todos esos extraños, de modo que sin duda me sanaría a mí. Yo era su amigo.

—¿Qué lo demoró?

—Por mucho tiempo no lo supimos. Pensé que quizás estaría preso o algo así. Esperé y esperé. Pero cada día me ponía peor. Perdí la vista y ya no pude ver. Entraba y salía del estado de consciencia. Cada vez que alguien entraba en el cuarto, pensaba que era Él. Pero no era. Nunca llegó.

—¿Estaba enojado?

—Más confundido que enojado. No lo entendía.

—¿Y después qué sucedió?

—Bueno, una noche desperté. Tenía el pecho tan apretado que casi no podía respirar. Tengo que haberme incorporado porque Marta y María vinieron a verme. Tomaron mi mano. Oí cómo pronunciaban mi nombre, pero en ese momento empecé a caer. Era como un sueño, iba cayendo, dando amplios giros en el aire. Sus voces las oía más y más débiles hasta que de pronto, nada. Dejé de dar vueltas y de caer. Y el dolor desapareció. Estaba en paz.

—¿En paz?

—Era como dormir. Descansar. Tranquilidad. Había muerto.

—¿Qué sucedió entonces?

—Bueno, Marta puede contarle los detalles. Se planeó el funeral. Se reunió la familia. Los amigos viajaron desde Jerusalén. Me sepultaron.

—¿Asistió Jesús al funeral?
—No.
—¿Aún no había llegado?
—No, cuando supo que me habían sepultado, esperó otros cuatro días.
—¿Por qué?
Lázaro se detuvo y miró a Jesús.
—Porque quería hacer resaltar su propósito.
Juan sonrió, dando a entender que sabía a qué se refería Lázaro.
—¿Qué pasó a continuación?
—Oí su voz.
—¿Qué voz?
—La voz de Jesús.
—Pero tenía entendido que usted estaba muerto.
—Lo estaba.
—Sí, pero pensé que estaba dentro de la tumba.
—Lo estaba.
—¿Cómo puede un hombre muerto y sepultado oír la voz de alguien?
—No puede. Los muertos sólo oyen la voz de Dios. Yo oí la voz de Dios.
—¿Qué le dijo?
—Él no lo dijo. Lo gritó.
—¿Qué gritó?
—¡Lázaro, sal de ahí!
—¿Y lo oyó?
—Como si hubiera estado en la tumba conmigo. Mis ojos se abrieron; mis dedos se movieron. Volví mi cabeza. Estaba vivo de nuevo. Oí cómo rodaban la puerta de la entrada de la tumba. La luz me alcanzó. Mis ojos necesitaron un minuto para acostumbrarse a la claridad.
—¿Y qué vio?
—Un círculo de rostros mirándome.
—¿Qué hizo después?
—Me puse de pie. Jesús me dio la mano y me sacó de la tumba. Le dijo a la gente que me proporcionaran ropa y así lo hicieron.
—¿Así es que usted murió, estuvo en la tumba cuatro días y entonces Jesús lo llamó para que volviera a la vida? ¿Hubo algún testigo de esto?
Lázaro rió.
—Sólo unos cien o algo así.
—Eso es todo, Lázaro. Puede retirarse.
Juan se volvió al juez.
—Usted ha escuchado los testimonios. Dejo ahora la decisión en sus manos. Después de decir eso, volvió a la mesa y tomó asiento.
El representante permanece de pie. No se identifica. No necesita hacerlo. Todos lo conocen. Es Jesucristo.
La voz de Jesús inunda la sala:
—Yo represento a un huérfano, que es la suma de todo lo que han visto. Como la fiesta donde no había vino, este no tiene motivos para celebrar. Como el hijo del dignatario, este hijo está enfermo espiritualmente. Como el paralítico y el mendigo, no puede caminar y es ciego. Está hambriento, pero la tierra no tiene comida que

le satisfaga. Enfrenta tempestades tan grandes como aquella en Galilea, pero la tierra no tiene brújula que lo guíe. Y lo más importante de todo, está muerto. Igual que Lázaro. Muerto. Muerto espiritualmente.

»Voy a hacer por él lo mismo que hice por ellos. Le daré gozo, fuerzas, sanidad, vista, seguridad, alimentación, nueva vida. Todo es suyo. Si me lo permite.

El juez da su respuesta:

—Tú eres mi Hijo, a quien he elegido (Lucas 3:22).

Dios te mira.

—Se lo permito—dice—, con una condición. Que el huérfano lo pida.

Juan ha presentado a los testigos.

Los testigos han contado su historia.

El Maestro ha ofrecido hacer por ti lo mismo que hizo por los demás. Él traerá vino a tu mesa, vista a tus ojos, fuerzas a tus pasos y, lo más importante, poder sobre la tumba. Él hará por ti lo que hizo por ellos.

El Juez ha dado su bendición. Lo demás depende de ti.

La elección es tuya.

Nuestra decisión

Por un lado está la multitud.

Burlándose.

Acosando.

Exigiendo.

Por el otro está un campesino.

Los labios inflamados.

Un ojo hinchado.

Excelsa promesa.

Una promete aceptación,

el otro una cruz.

Una ofrece carnalidad y destellos,

el otro ofrece fe.

La multitud dice desafiante: «Síguenos y serás uno de nosotros».

Jesús promete: «Sígueme y permanecerás».

Ellos ofrecen complacencia.

Dios promete salvación.

¿Un lavatorio con agua?

¿O la sangre del Salvador?

Dios te mira y pregunta ...

¿A cuál elegirás?

Te aseguro que el que no nace de nuevo, no puede ver el reino de Dios.
Juan 3:3

DOS HIJOS del rey le preguntaron:

—Un caballero, ¿nace o se hace?

—¿Qué creéis vosotros?—les replicó.

—Creo que un caballero nace caballero—contestó uno de los hijos.

—No estoy de acuerdo—replicó el otro—. Un hombre llega a ser caballero con preparación y disciplina.

El rey miró a sus hijos y les planteó un reto:

—Probad sus casos y presentadme un ejemplo. Os doy una semana para que volváis con la prueba de vuestras opiniones.

Así, los dos hijos partieron en direcciones diferentes. El hijo que creía que un caballero se hace, no nace, encontró su prueba en una taberna. Pidió una taza de té y quedó asombrado cuando vio que el mozo era un gato. Este gato estaba entrenado para pararse sobre sus patas traseras y con las delanteras llevar la bandeja. Usaba un pequeño uniforme con sombrero y era prueba de que una criatura puede superar su naturaleza con preparación y disciplina.

El primer hijo ya tenía su ejemplo. Si se puede cambiar a un gato, ¿con cuánta mayor razón a un hombre? Entonces el príncipe compró el animal y lo llevó consigo a la corte.

El otro hijo no tuvo tanta fortuna. Recorrió el reino, pero no pudo encontrar nada que sustentara su teoría. Volvió a casa con las manos vacías. Para empeorar las cosas, llegaron a sus oídos comentarios sobre el descubrimiento de su hermano. Las noticias sobre el gato que caminaba en dos patas le hicieron dudar de sus convicciones. Pero entonces, sólo horas antes de que los dos tuvieran que presentarse ante el rey, vio algo en la ventana de una tienda que le hizo sonreír.

Lo compró y no le dijo nada a nadie.

Los dos hermanos entraron en la corte del rey, llevando cada uno una caja. El primer hijo anunció que podía probar que un hombre puede superar cualquier obstáculo y llegar a ser un caballero. Y ante la mirada del rey, presentó al gato vestido en un pequeño traje de la corte y en una bandeja ofreció chocolates al rey.

El rey estaba atónito, su hijo estaba orgulloso y la corte prorrumpió en aplausos. ¡Qué prueba más contundente! ¿Quién podría negar la evidencia del gato caminando en dos patas? Todos se condolían del segundo hijo. Pero él no estaba de manera alguna desanimado. Con una reverencia al rey, abrió la caja

que había traído, dejando libres a varios ratones. Al instante, el gato salió corriendo tras los ratones.¹

La verdadera naturaleza del gato quedó en evidencia y el punto quedó demostrado. Un gato que camina en dos patas sigue siendo un gato. Se le puede cambiar el vestuario. Se le pueden enseñar algunos trucos. Se le puede poner un sombrero y entrenarlo para que camine en dos patas. Y por un momento parecerá haber cambiado. Pero preséntate ante él con algo que no pueda resistir y se va a enfrentar a una verdad innegable: un gato que camina en dos patas sigue siendo un gato.

Lo mismo es cierto con las personas. Podemos cambiar de traje. Podemos cambiar nuestros hábitos. Podemos cambiar nuestro vocabulario, nuestro nivel de lectura e incluso nuestras actitudes. Pero según la Biblia, hay una cosa que no podemos cambiar: nuestro estado pecaminoso.

La sociedad podría estar de acuerdo con el primer hijo. Se dice que si se cambia lo exterior, lo interior cambiará solo. Dé a una persona educación, preparación, hábitos correctos y adecuada disciplina y esa persona cambiará. Ah, lo intentamos. Sí que lo intentamos. Compramos ropa. Buscamos grados académicos, premios, hazañas.

Se lo decimos a nuestros hijos. Haz algo de tu vida.

Se lo decimos a nuestros empleados. Actúen en la mejor forma que sientan que deben hacerlo.

Se lo decimos a los desanimados. Inténtenlo, inténtenlo otra vez.

Aun se lo decimos a los miembros de nuestra iglesia. Vengan a la iglesia y tendrán una mejor actitud.

Pero quita la capa externa, saca las costumbres, remueve el maquillaje y debajo aparecerá nuestra verdadera naturaleza: un corazón egoísta, orgulloso y pecador. Simplemente libera los ratones y verás lo que hacemos.

Nadie mejor que Pablo describió esto. Escucha su confesión:

Porque yo sé que en mí, es decir, en mi naturaleza de hombre pecador, no hay nada bueno; pues aunque tengo el deseo de hacer el bien, no soy capaz de hacerlo. No hago el bien que quiero hacer, sino el mal que no quiero hacer. Ahora bien, si hago lo que no quiero hacer, ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que está en mí.

Me doy cuenta de que, aun queriendo hacer el bien, sólo encuentro el mal a mi alcance. En mi interior me agrada la ley de Dios; pero veo en mí otra ley, que se opone a mi capacidad de razonar; es la ley del pecado, que está en mí y me tiene preso.

¡Desdichado de mí! ¿Quién me librerá del poder de la muerte que está en mi cuerpo? (Romanos 7:18–24).

Pablo explica que no importa lo que hagamos, con cuánto empeño lo intentemos, cuánto nos esforcemos, seguimos pecando contra Dios. Ponme ropa,

¹ *Adaptado de Exploring the Gospels: John* [Explorando los Evangelios: Juan], de John Phillips, Loizeaux Brother, Neptune, NJ, 1989, pp. 64–65.

enséñame a caminar en mis patas traseras, llévame ante la presencia del mismo rey, pero deja que unos pocos ratones se crucen en mi camino y ... ¡BUM! El verdadero yo saldrá a la superficie.

Pierdo mi ecuanimidad,
Olvido mi propósito,
Demando que se haga a mi manera,
miento,
codicio,
me vuelvo,
caigo ...

El animal que tengo dentro toma control de mí.

Por favor, recuerda quién escribió estas palabras. ¡El apóstol Pablo! Pablo, el misionero. Pablo, el celoso. Pablo, el mártir. Pablo, el escritor bíblico.

Pablo, el pecador.

El mismo Pablo que preguntó: «¿Quién me librará del poder de la muerte que está en mi cuerpo?», y el Pablo que respondió el dilema al proclamar: «Solamente Dios, a quien doy gracias por medio de nuestro Señor Jesucristo» (Romanos 7:25).

Cambiar la ropa no transforma al hombre. La disciplina externa no altera lo interno. Nuevos hábitos no hacen nueva el alma. No decimos que los cambios externos no sean buenos. Lo que afirmamos es que los cambios externos no son suficientes. Si alguien va a ver el Reino, debe nacer de nuevo.

Esa frase, nacer de nuevo, pertenece a Jesús. La primera vez que la usó fue cuando hablaba con Nicodemo. Este hombre era bueno. Fariseo, gobernante religioso, miembro del Sanedrín, uno de los que tomaban las decisiones en Jerusalén. Sin duda le enseñaron y él a su vez enseñó que si se cambia lo externo, se cambia de inmediato lo interno. Él, al igual que Pablo, reverenciaba la ley. Como Pablo, quería hacer lo bueno.

Creía que una buena preparación haría un mozo de un gato.

Pero Jesús le dijo: «Te aseguro que el que no nace de nuevo, no puede ver el reino de Dios» (Juan 3:3). La reacción de Nicodemo es sincera. No preguntó por qué. Preguntó cómo. Quizás te hagas la misma pregunta. ¿Cómo una persona puede nacer de nuevo?

Para tener una idea, piensa en tu nacimiento. Corre la cinta hacia atrás y deténla en tus primeros momentos. Mírate. Nuevecito. Nuevas manos. Nuevos ojos. Nueva boca. Ninguna pieza usada anteriormente. Todo el material de fábrica.

Ahora dime, ¿quién te dio esas piezas? ¿Quién te dio ojos para que pudieras ver? ¿Quién te dio tus manos de tal modo que pudieras trabajar? ¿Quién te dio los pies para que pudieras andar? ¿Hiciste tus ojos? ¿Tus manos? ¿Tus pies?

No, no hiciste nada. Dios lo hizo todo. Él fue quien hizo todo nuevo la primera vez y Él es el mismo que hace todo nuevo la segunda vez. ¡El Creador crea de nuevo! «Por lo tanto, el que está unido a Cristo es una nueva persona. Las cosas viejas pasaron; lo que ahora hay, es nuevo» (2 Corintios 5:17).

He aquí (me atrevo a decirlo) el más grande milagro de Dios. Es maravilloso cuando Dios sana el cuerpo. Es extraordinario cuando Dios escucha la oración. Es

increíble cuando Dios provee un nuevo trabajo, un nuevo automóvil, un nuevo hijo. Pero nada de esto es comparable a cuando Dios crea una nueva vida.

En nuestro nuevo nacimiento Dios rehace nuestras almas y nos da, de nuevo, cuanto necesitamos. Nuevos ojos que vean por fe. Una nueva mente de modo que podamos tener la mente de Cristo. Nuevas fuerzas de modo que no nos cansemos. Una nueva visión para que no nos desanimemos. Una nueva voz para alabar y nuevas manos para servir. Y, por sobre todo, un nuevo corazón. Un corazón que Cristo limpió.

Y, ¡ah, cómo lo necesitamos! Hemos ensuciado lo que nos dio la primera vez. Hemos usado nuestros ojos para ver impurezas, nuestras manos para causar dolor, nuestros pies para caminar por la senda equivocada, nuestras mentes para tener pensamientos malos. Todo en nosotros necesita ser hecho de nuevo.

El primer nacimiento fue para la vida terrenal; el segundo para la vida eterna. La primera vez recibimos un corazón físico; la segunda vez recibimos un corazón espiritual. El primer nacimiento nos capacitó para tener vida sobre la tierra. El segundo nacimiento nos capacita para tener vida eterna.

Pero la analogía contiene otra verdad. ¿Puedo hacer otra pregunta acerca de tu nacimiento? ¿Cuán activo estuviste en el proceso? (No me mires así. Por supuesto, hablo en serio.) ¿Cuán activo estuviste? ¿Pusiste tus manos contra la parte superior del vientre y empujaste para salir? ¿Estabas en comunicación radial con tu mamá, diciéndole en qué momento pujar? ¿Le pediste al médico que midiera las contracciones e informara sobre las condiciones dentro del vientre?

Difícilmente. Estuviste pasivo. No naciste por lo que hiciste. Alguien, fuera de ti, hizo todo el trabajo. Alguien fuera de ti sintió todo el dolor. Tu mamá fue la que pujó y luchó. Tu nacimiento se debió al esfuerzo de otra persona.

Lo mismo es cierto en cuanto a nuestro nacimiento espiritual. Es a través del dolor de Dios que nacemos. No es por nuestro esfuerzo, sino por el de Dios. No es por nuestra sangre derramada, sino por la suya.

Jesús lo ilustra al recordar a Nicodemo cuando Moisés levantó la serpiente en el desierto. «Y así como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así también el Hijo del hombre ha de ser levantado» (Juan 3:14).

Israel se había quejado contra Dios, por eso Él envió serpientes que mordieran al pueblo. Algunos murieron y otros quedaron moribundos. El pueblo confesó su pecado y clamó a Moisés por sanidad. Moisés se volvió a Dios y el Padre le dijo que hiciera una serpiente de bronce, la pusiera en un palo y le dijera a las personas mordidas que la miraran con fe y serían sanadas.

Así como la serpiente fue levantada ... Cristo fue levantado. Así como la serpiente fue clavada a un palo, en la cruz, Cristo clavó el poder de la serpiente de Edén a un palo. Y así como la serpiente fue una maldición ... Cristo llegó a ser maldición por nosotros (Gálatas 3:13). Y así como el pueblo fue sanado cuando miró a la serpiente, nosotros somos sanados cuando miramos a la cruz.

Eso fue todo lo que se le dijo al pueblo que hiciera.

Al pueblo envenenado no se le dijo que buscara tal o cual medicina, ni que se extrajera el veneno mediante succión. No se le dijo que se involucrara en buenas obras que pudiera ofrecer. No se le dijo que examinara sus heridas, que argumentara sobre sus angustias, ni orara a la serpiente. No se le dijo que mirara a Moisés. Se le dijo, simplemente, ah, ¡qué simple!, que mirara a Cristo.

El pecado comenzó cuando Eva miró al árbol (véase Génesis 3:6). La salvación viene cuando miramos a Cristo. Asombrosa simplicidad. Resumido en la gran promesa de Juan 3:16 : «Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo único, para que todo el que cree en Él no muera, sino que tenga vida eterna».

Dios, el Amante. Dios, el Dador. Dios, el Salvador. Y el hombre, el creyente. Y para los que creen, Él ha prometido un nuevo nacimiento.

Pero a pesar de ser tan simple, todavía hay personas que no creen. Que no confían en la promesa. Que no pueden imaginarse cómo Dios conoce sus nombres, mucho menos perdonar sus pecados. Es casi demasiado bueno para ser verdad.

Si al menos trataran. Si al menos probaran. Pero Dios es tan cortés como apasionado. Él nunca fuerza la entrada a nadie. La decisión es de ellos.

Y para los que vienen, Él ha prometido un nuevo nacimiento.

¿Significa eso que nunca volverás a perseguir ratones? ¿Significa eso que la vieja naturaleza nunca volverá a asomar su horrible cabeza? ¿Significa eso que al instante estarás en condiciones de resistir cualquiera tentación?

Ve a la sala de partos para contestar esa pregunta. Mira al bebé recién nacido. ¿Qué puede hacer? ¿Puede caminar? ¿Puede alimentarse solo? ¿Puede cantar, o leer o hablar? No, todavía no. Pero algún día podrá.

Demora crecer. ¿Pero están los padres en la sala de parto avergonzados del bebé? ¿Está la mamá desconcertada porque el bebé no puede leer ... no puede caminar ... porque el recién nacido no puede pronunciar un discurso?

Por supuesto que no. Los padres no se avergüenzan; sienten orgullo. Saben que el crecimiento vendrá con el tiempo. Así ocurre con Dios. «No es que el Señor se retrase en cumplir su promesa, como algunos suponen. Lo que hace es tener paciencia con vosotros, pues no quiere que nadie muera, sino que todos se conviertan a Dios» (2 Pedro 3:9).

A menudo, Dios es más paciente con nosotros que nosotros con nosotros mismos. Suponemos que si caemos, no hemos nacido de nuevo. Si tropezamos, no estamos realmente convertidos. Si tenemos los viejos deseos, no somos una nueva creación.

Si estás preocupado por esto, por favor, recuerda: «Dios, que comenzó a hacer en vosotros su buena obra, la irá llevando a buen fin mientras llega el día en que Jesucristo regrese» (Filipenses 1:6).

En muchos sentidos, tu nuevo nacimiento es como el primero: En tu nuevo nacimiento Dios provee todo lo que necesitas; alguien, fuera de ti, siente el dolor, y alguien, fuera de ti, hace el trabajo. Y así como los padres son pacientes con su recién nacido, Dios es paciente contigo. Pero hay una diferencia. La primera vez no tuviste que decidir si nacías o no; esta vez sí tienes que hacerlo. El poder es de Dios. El esfuerzo lo hace Dios. El dolor lo experimenta Dios. Pero la elección es tuya.

Os digo la verdad que Dios me ha enseñado[...] En cambio a mí, que digo la verdad, no me creéis.

Juan 8:40 , 45 .

El hombre ¡Ah!—¡Uf!

A BOB LE ENCANTABA hacer feliz a la gente.

Bob vivía para hacer felices a los demás.

Si la gente no era feliz, tampoco él lo era. Así, cada día salía para hacer feliz a la gente. No era una tarea fácil, porque lo que hace a algunas personas felices, a otras las enfurece.

Bob vivía en una tierra donde todos usaban abrigos. La gente nunca se los quitaba. Bob nunca preguntaba por qué. Sólo preguntaba cuál. «¿Cuál abrigo voy a usar?»

A la madre de Bob le gustaba el azul. Así es que para complacerla, usaba un abrigo azul. Cuando ella lo veía usando su abrigo azul, decía: «¡Ah, Bob! Me gusta cuando te vistes de azul». Así, él usaba siempre el abrigo azul. Y ya que nunca dejó su casa y no vio a nadie más que a su madre, era feliz, porque ella lo era y le decía una vez tras otra: «¡Ah!, Bob».

Bob creció y consiguió un trabajo. El día de su primera jornada laboral se levantó temprano y se puso su abrigo azul y se fue caminando.

A la gente en la calle, sin embargo, no le gustaba el color azul. Preferían el verde. Todos en la calle usaban verde. A medida que avanzaba, todos miraban su abrigo azul y decían: «¡Uf!»

¡Uf! era una palabra dura para Bob. Se sentía culpable por provocar que una persona pronunciara un «¡uf!» A él le gustaba oír «¡Ah!» Odiaba oír «¡uf!»

Cuando la gente vio su abrigo azul y dijo «¡uf!», Bob irrumpió en una tienda de ropa y compró un abrigo verde. Se lo puso sobre su abrigo azul y salió a la calle. «¡Ah!», decía la gente al verlo pasar. Se sintió mejor porque hizo sentir mejor a la gente.

Cuando llegó a su lugar de trabajo, se dirigió a la oficina de su jefe vistiendo el abrigo verde.

—¡Uf!—dijo su jefe.

—Ah, lo siento—dijo Bob, quitándose rápidamente su abrigo verde y quedando con el azul.

—Usted debe ser como mi madre.

—¡Doble uf!—respondió el jefe.

Se levantó de su silla, caminó hacia el guardarropa y sacó un abrigo amarillo.

—Aquí nos gusta el amarillo—le dijo.

—Lo que usted diga, señor—respondió Bob, aliviado de saber que ya no volvería a oír a su jefe decir «¡uf!» Se puso el abrigo amarillo sobre el verde, que ya estaba sobre el azul y así se fue a trabajar.

Cuando llegó el momento de volver a casa, reemplazó el abrigo amarillo por el verde y salió a la calle. Antes de entrar a su casa, puso el abrigo azul sobre el verde y el amarillo y entró.

Bob aprendió que la vida con tres abrigos es difícil. Sus movimientos eran lentos y estaba siempre sofocado. Había también ocasiones cuando sobresalía el

puño de uno de los abrigos y alguien se daba cuenta, pero antes que la persona dijera «¡uf!», Bob lo volvía a su lugar.

Un día olvidó cambiarse el abrigo antes de entrar a casa y cuando su madre vio el verde, se puso roja de disgusto y se dispuso a decir «¡uf!» pero antes que pudiera pronunciar una vez la palabra, Bob corrió y puso su mano en la boca de su madre y la mantuvo así mientras se cambiaba de abrigo, luego la quitó de manera que su madre dijo «¡Ah!»

Fue en ese momento que Bob se dio cuenta que tenía un don especial. Podía cambiar sus colores con facilidad. Con un poco de práctica, en cuestión de segundos, podía quitarse un abrigo y reemplazarlo con otro. Aunque no entendía su versatilidad, estaba contento con ella. Ahora Bob podría tener cualquier color, en cualquier momento y así agradar a todos.

Su habilidad de cambiar abrigos lo elevó rápidamente a altas posiciones. A todos agradaba porque creían que era como ellos. Con el tiempo, lo eligieron alcalde de la ciudad.

Su discurso de aceptación fue brillante. Aquellos a quienes les gustaba el verde creían que vestía de verde. A los que les gustaba el amarillo pensaban que usaba el amarillo y su madre sólo se daba cuenta de que llevaba el azul. Solo él sabía que cambiaba constantemente de uno al otro.

No era fácil, pero valía la pena porque al final, todos decían: «¡Ah!»

La vida multicolor de Bob continuó hasta un día en que la gente vestida con abrigo amarillo irrumpió en su oficina.

—Hemos hallado a un criminal que debe ejecutarse—le dijeron, empujando a un hombre hacia el escritorio de Bob.

Bob quedó helado al verlo. El hombre no usaba abrigo, sino una camiseta.

—Déjenme solo con él—les dijo Bob, y la gente del abrigo amarillo se fue.

—¿Dónde está tu abrigo?—preguntó el alcalde.

—No uso abrigo.

—¿No tienes abrigo?

—No quiero abrigo.

—¿No quieres un abrigo? Pero todos usan abrigo. Así ... así ... así son las cosas aquí.

—Yo no soy de aquí.

—¿Qué abrigo usan allí donde vives?

—No usamos abrigo.

—¿No?

—No.

Bob miró al hombre con asombro.

—Pero, ¿qué ocurre si la gente no aprueba que no uses abrigo?

—Yo no busco la aprobación de la gente.

Bob nunca antes había escuchado tales palabras. No sabía qué decir. Nunca se había encontrado con una persona que no usara abrigo. El hombre sin abrigo habló de nuevo:

—Estoy aquí para demostrar a todos que no tienen que complacer a la gente. Estoy aquí para decir la verdad.

Si alguna vez Bob oyó la palabra verdad, hacía tiempo que la había rechazado.

—¿Qué es verdad?—preguntó.

Pero antes que el hombre respondiera, la gente que estaba fuera de la oficina del alcalde empezó a gritar:

—¡Mátenlo! ¡Mátenlo!

Apostada ante la ventana había una turba. Bob se acercó a la ventana y vio a la multitud que usaba abrigos verdes. Poniéndose su abrigo verde, dijo:

—¡Este hombre no ha hecho nada malo!

—¡Uf!—le gritaron.

Bob se fue de espaldas con la potencia del grito.

Para entonces, los de abrigo amarillo estaban de vuelta en su oficina. Al verlos, Bob cambió sus colores y les imploró:

—Este hombre es inocente.

—¡Uf!—le gritaron. Él se tapó los oídos.

Mirando al hombre, le preguntó:

—¿Quién eres tú?

El hombre, simplemente, respondió:

—Y tú, ¿quién eres?

Bob no lo sabía. Pero de pronto quiso saberlo. En ese momento su madre, que había oído de la crisis, entró en la oficina. Automáticamente, Bob cambió a azul.

—No es uno de los nuestros—dijo ella.

—Pero ... pero ...

—¡Mátalo!

De todas direcciones llegó un torrente de voces. De nuevo Bob cubrió sus oídos y miró al hombre sin abrigo. El hombre estaba callado. Bob estaba atormentado.

—¡No puedo agradecerlos a ellos y dejarte a ti en libertad!—le gritó por encima del ruido de voces.

El hombre sin abrigo no dijo nada.

—¡No puedo complacerte a ti y a ellos!

El hombre seguía sin decir palabra.

—¡Dime algo!—exigió Bob.

El hombre sin abrigo dijo una sola palabra:

—¡Elige!

—¡No puedo!—exclamó Bob.

Y alzando sus manos, gritó:

—¡Llévenselo! Me lavo las manos en esta decisión.

Pero aun con eso, Bob sabía que al no hacer una decisión, había hecho una. Sacaron al hombre de allí y Bob se quedó solo. Solo con sus abrigos.

*En esto se acabó el vino, y la madre de Jesús
le dijo:*

—No tienen vino.

Juan 2:3

Calamidades en la escala común

TE ENCUENTRAS en la recepción de la boda de tu mejor amigo. Los dos habéis hablado de este día desde que eran niños y ahora está aquí. La ceremonia fue grandiosa; la boda fue hermosa. El ministro estuvo sin tacha y los votos fueron sinceros. ¡Qué día más hermoso!

«Me encargaré de la recepción», te ofreciste, voluntariamente. Planeaste la mejor fiesta posible. Contrataste la orquesta, alquilaste el salón, mandaste a preparar la comida, decoraste el lugar y pediste a tu tía Bertha que horneara el cake.

Ahora la orquesta toca y los invitados comen, pero la tía Bertha no se ve por ninguna parte. Todo está aquí menos el cake.

Te deslizas hacia el teléfono público y marcas su número. Ella ha estado tomando una siesta. Creía que la boda era la semana siguiente.

¡Ayayay! ¿Y ahora qué vas a hacer? ¡Qué problema! Todo está ahí menos el cake ...

¿Te parece familiar?

Es posible. Es exactamente el dilema que la madre de Jesús, María, enfrenta. La boda avanzaba. Los invitados celebraban ... pero el vino se había terminado. En aquel tiempo, el vino era en una boda lo que el cake lo es en una boda actual. ¿Puedes imaginarte una boda sin cake? Ellos no podían concebir una boda sin vino. Ofrecer vino a los invitados era una demostración de respeto. No hacerlo era un insulto.

Lo que María enfrentó fue un problema social. Una situación desagradable. Un lío. Una calamidad en la escala común. No es como para llamar al número de emergencias, pero tampoco es como para barrer el problema debajo de la alfombra.

Cuando piensas en esto, la mayor parte de los problemas que tenemos que enfrentar son más o menos del mismo calibre. Raras veces tenemos que vérnosla con dilemas a escala nacional ni conflictos mundiales. Raras veces nuestras crisis se registran con la escala de Richter. Por lo general, las olas sobre las que cabalgamos las producen piedrecillas, no por cantos rodados. Llegamos tarde a una reunión. Dejamos olvidado algo en la oficina. Un colega no entrega un informe. Se pierde la correspondencia. El tránsito se pone pesado. Las olas golpean nuestras vidas, pero no llegan a amenazarnos con la muerte. Pero pudieran hacerlo. Una respuesta inadecuada a un problema simple puede encender la mecha. A menos que se tomen los cuidados del caso, lo que comienza como un copo de nieve puede transformarse en una bola de nieve que provoca una avalancha.

Por tal razón querrás notar la forma en que María reaccionó. Su solución plantea un plan práctico para resolver los enredos de la vida. «No tienen vino», dice a Jesús (Juan 2:3). ¡Ajá! Eso es todo lo que dice. No se volvió loca. Simplemente evaluó el problema y se lo llevó a Cristo.

«Un problema bien establecido es un problema medio solucionado», dijo John Dewey. A María le hubiera gustado, puesto que eso fue lo que hizo. Definió el problema.

Pudo haber dicho: «¿Por qué no planearon mejor? ¡No hay suficiente vino! ¿De quién es la culpa? Nunca hacéis nada bien. ¡Para que aquí se haga algo bien, tengo que hacerlo yo misma!

O pudo haberse lamentado: «Es mi culpa. Fallé. Tengo que asumir mi responsabilidad. Lo merezco. ¡Si me hubiera graduado en artes culinarias! Todo me sale mal en la vida. Vamos, hacedle un favor al mundo. Atadme y llevadme a la horca. Lo merezco».

Es tan fácil mirar a todos lados menos buscar la solución. María no hizo eso. Simplemente vio el problema, lo definió y lo llevó a la persona correcta. «Jesús, aquí tengo algo que no puedo resolver».

En esto se acabó el vino, y la madre de Jesús le dijo:
—No tienen vino. (Juan 2:2).

Note que ella llevó el problema a Jesús antes de presentárselo a cualquiera otra persona. Un amigo me contó acerca de una tensa reunión de diáconos a la que asistió. Al parecer, había más desacuerdo que acuerdos, y después de una prolongada discusión, alguien sugirió: «¿Por qué no oramos sobre este asunto?», a lo cual otro preguntó: «¿Hasta ese punto hemos llegado?»

¿Qué nos hace pensar en la oración como la última opción, en lugar de la primera? Puedo pensar en dos razones: sentido de independencia y sentido de insignificancia.

A veces somos independientes. Empezamos a creer que somos lo suficientemente grandes como para resolver nuestros problemas.

En casa hemos tenido un año sobresaliente. Nuestra tercera hija ha aprendido a nadar. Esto significa que tres pueden andar. Tres pueden nadar. Y dos de las tres ya quitaron la rueda de práctica de sus bicicletas. Con cada logro, han dicho llenas de alegría: «Mira papá, puedo hacerlo sola». Denalyn y yo hemos aplaudido y celebrado cada avance que nuestras hijas han hecho. Su madurez y movilidad es buena y necesaria, pero espero que nunca lleguen al punto de que estén demasiado crecidas como para no llamar a papá.

Asimismo, Dios siente respecto a nosotros.

Otras veces no nos sentimos independientes; nos creemos insignificantes. Pensamos: «Sin duda, María puede ir con sus problemas a Jesús. Total, es su madre. Pero a Él no le interesan mis problemas. Aparte de eso, tiene las hambrunas y la Mafia con lo cual luchar. No quiero molestarlo con mis problemas».

Si es así como piensas, ¿podría darte uno de mis versículos favoritos? (Por supuesto que puedo, ¡yo soy el que escribo el libro!) Me gusta tanto que lo tengo escrito en la primera página de mi Biblia.

«Me sacó a la libertad; ¡me salvó porque me amaba!» (Salmo 18:19).

Y crees que Él te salvó a causa de tu decencia. Crees que Él te salvó por tus buenas obras o buena actitud o por lo bien parecido. Lo siento. Si tal fuere el caso,

tu salvación se perdería al opacarse tu voz, o cuando tus obras pierdan su brillo. Hay varias razones para que Dios te haya salvado: para su gloria, para aplacar su justicia, para demostrar su soberanía. Pero una de las razones más dulces que Dios tuvo para salvarte es porque Él te ama. Ama tenerte a su lado. Para Él, eres lo mejor que se le puede aparecer en el camino. «Porque así como un joven se casa con su novia, así Dios te tomará por esposa» (Isaías 62:5).

Si Dios tuviera un refrigerador, tu foto estaría en él. Si tuviera una billetera, tu foto estaría en ella. Él te envía flores cada primavera y un amanecer cada mañana. En el momento que quieras hablarle, Él te escuchará. Él puede vivir dondequiera en el universo y elige tu corazón. ¿Y el regalo de Navidad que te envió en Belén? Respóndele, amigo. Él está loco por ti.

La última cosa que tendrías que lamentar es ser una molestia para Dios. Todo lo que necesitas es concentrarte en hacer cuanto Él te dice que hagas. En el siguiente versículo nota la secuencia de acontecimientos:

Jesús dijo a los sirvientes:

—Llenad de agua estas tinajas.

Las llenaron hasta arriba, y les dijo:

—Ahora sacad un poco, y llevádselo al encargado de la fiesta.

Así lo hicieron, y el encargado de la fiesta probó el agua convertida en vino, sin saber de dónde había salido. (Juan 2:7–9)

¿Vio la secuencia? Primero, se llenaron de agua las jarras. Luego, Jesús dio instrucciones a los siervos para que llevaran el agua (no el vino) al maestro.

Ahora, si yo fuera un siervo, no querría hacerlo. ¿Cómo es que va a resolver el problema? ¿Y qué va a decir el encargado cuando le presente un vaso de agua? Pero estos siervos o eran demasiado ingenuos o confiaron en lo que Jesús les dijo, y así el problema quedó solucionado. Nota que el agua se convirtió en vino después que obedecieron, no antes.

¿Qué habría pasado si los siervos se hubieran negado? ¿Qué habría ocurrido si hubieran dicho: «¡Está loco!»? O, trayendo el punto más cerca de casa, ¿qué pasaría si te negaras? ¿Qué pasaría si identificas el problema, se lo llevas a Jesús y luego te niegas a hacer lo que Él te dice que haga?

Eso es posible. Después de todo, Dios te pide que des pasos bastante arriesgados. El dinero escasea, pero aun así, Él te pide que des. Te han ofendido, pero aun así te pide que perdones al que te ofendió. Alguien más falló en la tarea, pero Él todavía te pide que seas paciente. No puedes ver el rostro de Dios, pero aún te pide que ores.

No son instrucciones para los de poca fe. Pero, de todas formas, Él no te pedirá hacerlo si cree que tú no puedes. Sigue adelante. La próxima vez que enfrentes una calamidad común, sigue el ejemplo de María en la boda donde faltó el vino:

Identifica el problema. (Ya tendrás el cincuenta por ciento resuelto.)

Preséntaselo a Jesús. (Él se sentirá feliz en ayudar.)

Haz lo que te diga. (No importa que parezca una locura.)

Y cómprale un almanaque nuevo a la tía Bertha.

Allí hicieron una cena en honor de Jesús. Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban a la mesa comiendo con Él. María trajo unos trescientos gramos de perfume de nardo puro, muy caro, y perfumó los pies de Jesús, y luego los secó con sus cabellos. Toda la casa se llenó del aroma del perfume.

Juan 12:2–3

Tu lugar en la banda de Dios

DOS DE MIS AÑOS de adolescente los pasé cargando una tuba en la banda de la secundaria. Mi mamá quería que aprendiera a leer música y el coro estaba completo mientras que en la banda faltaba una tuba, de modo que me inscribí. No se trató de lo que podrías denominar un llamado de Dios, pero de ninguna manera fue una experiencia desperdiciada.

Tuve una cita con una bastonera.

Aprendí a limpiar mis zapatos blancos mientras iba en el ómnibus de la escuela.

Aprendí que cuando no conoces la música, necesitas poner los labios en la boquilla y dar la impresión de que tocas aunque no lo hagas y así disiparás cualquier duda.

Y aprendí algunos hechos relacionados con armonía que quiero comunicarte.

Me tocaba marchar junto al bombo. ¡Qué sonido! Bom, bom, bom. Profundo, cavernoso, atronador. En la medida correcta, en la música correcta, no hay nada mejor que el sonido de un bombo. Bom, bom, bom.

Y al final de mi flanco marchaban las flautas. Ah, cómo se elevaba su música. Un murmullo que asciende hasta alcanzar las nubes.

Delante de mí, frente a mi línea, estaba nuestra primera trompeta. Un músico total. Mientras otros muchachos tiran al aro y otros manejan autos arreglados, él tocaba la trompeta. Y se veía que la tocaba. Póngalo en la línea de las cincuenta yardas y déjelo soplar. Le levanta el espíritu a cualquiera. Podría izar la bandera. Podría levantar el techo del estadio, si el estadio hubiera tenido techo.

Flautas y trompetas suenan muy diferente. (¿Ves? Te dije que aprendí mucho cuando estuve en la banda.) La flauta murmulla. La trompeta grita. La flauta conforta. La trompeta alborota. En dosis controladas, no hay nada como la trompeta. Una persona la resiste sólo por un tiempo limitado. Después de un rato necesita escuchar algo suavizante. Algo que endulce. Necesita escuchar un poco de flauta. Pero aun el sonido de la flauta puede ser insípido si no hay ritmo o cadencia. A eso se debe que también se necesite el bombo.

¿Pero quién querría escuchar a un bombo solo? ¿Has visto alguna vez una banda formada únicamente por bombos? ¿Podrías asistir a un concierto de cien bombos? Probablemente no. ¿Pero qué banda querría prescindir de un bombo, o de la flauta o de la trompeta?

La suavidad de la flauta

necesita

el ímpetu de la trompeta

necesita

la firmeza del bombo

necesita

la suavidad de la flauta

necesita

el ímpetu de la trompeta.

¿Capta la idea? La palabra operativa es necesita.

Se necesitan los unos a los otros.

Cada uno puede hacer música. Pero juntos, hacen magia.

Ahora bien, lo que hace dos décadas vi en la banda, lo veo hoy en la iglesia. Nos necesitamos los unos a los otros. No todos tocamos el mismo instrumento. Algunos creyentes son altivos, en tanto que otros son constantes. Algunos marchan mientras que otros dirigen la banda. No todos producimos el mismo sonido. Algunos son suaves, otros fuertes. Y no todos tenemos la misma habilidad. Algunos necesitan estar en el primer plano, izando la bandera. Otros necesitan estar detrás, haciendo el acompañamiento. Pero cada uno tiene su lugar.

Algunos tocan el bombo (como Marta).

Algunos tocan la flauta (como María).

Y otros tocan la trompeta (como Lázaro).

María, Marta y Lázaro eran para Jesús como su familia. Después que el Señor resucitó a Lázaro, decidieron ofrecer una comida a Jesús. Decidieron honrarlo con una comida en su nombre (véase Juan 12:2).

No discutieron por el sitio de honor. No se ofendieron por las habilidades del otro. No trataron de echarse a un lado el uno al otro. Los tres trabajaron juntos con un solo propósito. Pero cada uno cumplió ese cometido de acuerdo a su estilo único. Marta sirvió; siempre hacía que todos mantuvieran el paso. María adoró; ungió a su Señor con un regalo muy especial y su aroma llenó todo el ambiente. Lázaro tenía una historia que contar y estuvo listo para hacerlo.

Tres personas, cada una con cualidades y habilidades diferentes. Pero cada una con idéntico valor. Piense en eso. ¿Pudo esa familia existir sin uno de los tres?

¿Podríamos existir hoy en día sin uno de los tres?

Cada iglesia necesita una Marta. Pongámoslo de esta manera. Cada iglesia necesita a cientos de Martas. Arremangadas y dispuestas, mantienen el ritmo de la iglesia. Gracias a las Martas, en la iglesia el presupuesto se mantiene balanceado, los bebés tienen a personas que los mecen y se construye su edificio. Las Martas no se aprecian sino hasta que se van, y entonces todas las Marías y los Lázaros andan desesperados buscando las llaves y los termostatos y los proyectores.

Las Martas son las ardillas incansables de la iglesia. Se mantienen moviéndose, moviéndose, moviéndose. Almacenan fuerzas así como el camello agua. Como no buscan los lugares donde alumbran los reflectores, no les preocupan los aplausos. Esto no significa que no los necesiten. Simplemente no son adictas a ellos.

Las Martas tienen una misión. En efecto, si las Martas tienen una debilidad, es su tendencia a elevar su misión por encima de su Maestro. ¿Recuerdas cuando Marta hizo eso? Una Marta más joven invita a un Jesús más joven a cenar. Jesús acepta y lleva a sus discípulos.

La escena que describe Lucas presenta a María sentada y a Marta echando humo. Marta se enoja porque María está, horror de horrores, sentada a los pies de Jesús. ¡Qué poco práctico! ¡Qué innecesario! Quiero decir, ¿quién tiene tiempo para sentarse a escuchar cuando hay pan que hornear, mesas que poner y almas que salvar? Por eso Marta se queja: «Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola con todo el trabajo? Dile que me ayude» (Lucas 10:40).

¡Mírenla! ¡Qué rápida para enojarse! De repente, Marta ha pasado de servir a Jesús a hacerle demandas. En la sala se guarda silencio. Los discípulos miran al suelo. María se pone roja. Y Jesús habla. Habla no sólo a Marta de Betania, sino a todas las Martas que tienden a pensar que el bombo es el único instrumento de la banda.

«Marta, Marta, estás preocupada e inquieta por muchas cosas; sin embargo, sólo una es necesaria. María ha escogido la mejor parte, y nadie se la quitará» (Lucas 10:41–42).

Al parecer, Marta entendió el punto, porque más tarde la encontramos sirviendo de nuevo.

«Allí hicieron una cena en honor de Jesús. Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban a la mesa comiendo con él. María trajo unos trescientos gramos de perfume de nardo puro, muy caro, y perfumó los pies de Jesús, y luego los secó con sus cabellos. Toda la casa se llenó del aroma del perfume» (Juan 12:2–3).

¿Está María en la cocina? No, toca la flauta para Jesús. Adora, porque eso es lo que desea hacer. Pero esta vez Marta no se queja. Ha aprendido que hay un lugar para alabar y adorar, y eso es lo que hace María. ¿Y cuál es la parte de María en la cena? Trae un frasco de un perfume carísimo, lo derrama en los pies de Jesús y luego le seca los pies con su cabello. El aroma del perfume llena la casa, de la misma manera que el sonido de la alabanza llena una iglesia.

Una Marta anterior habría protestado. Un acto así habría sido un despilfarro muy grande, demasiado extravagante, demasiado generoso. Pero esta Marta que ha madurado ha aprendido que así como en el Reino de Dios hay un lugar para el servicio sacrificial, hay también un lugar para la adoración insólita.

Las Marías tienen el don de la alabanza. No sólo cantan; adoran. No simplemente asisten a la iglesia; van para ofrecer alabanza. No sólo hablan de Cristo; irradian a Cristo.

Las Marías tienen un pie en el cielo y el otro en una nube. No es fácil para ellas bajar a la tierra, pero a veces necesitan hacerlo. A veces necesitan que se les recuerde que hay cuentas que pagar y clases que enseñar. Pero no lo recuerdes con mucha aspereza. Las flautas son frágiles. Las Marías son almas preciosas con corazones delicados. Si han encontrado un lugar a los pies de Jesús, no les pida que lo dejen. Es mucho mejor pedirles que oren por ti.

Eso es lo que yo hago. Cuando me encuentro con una María (o con un Miguel), me apresuro a pedirles: «¿Podrían ponerme en su lista de oración?»

Cada iglesia necesita desesperadamente algunas Marías.

Las necesitamos para que oren por nuestros hijos.

Las necesitamos para que pongan pasión en nuestra adoración.

Las necesitamos para que escriban canciones de alabanza y canten himnos de gloria.

Las necesitamos para que se arrodillen, lloren, levanten sus manos y oren.

Las necesitamos porque tendemos a olvidar lo mucho que Dios ama la adoración. Las Marías no lo olvidan. Saben que Dios quiere que le conozcan como un Padre. Saben que no hay cosa que le guste más a un padre que tener a sus hijos a sus pies y pasar tiempo con ellos.

Las Marías son buenas en eso.

También deben ser cuidadosas. A menudo deben meditar en Lucas 6:46 : «¿Por qué me llamáis “Señor, Señor”, y no hacéis lo que os digo?»

Las Marías necesitan recordar que servicio es adoración.

Las Martas necesitan recordar que adoración es servicio.

¿Y Lázaro? Necesita recordar que no todos pueden tocar la trompeta.

Hasta donde sabemos, Lázaro no hizo nada en la cena. Dejó su acción para fuera de la casa. Lea cuidadosamente Juan 12:9–11 .

«Muchos de los judíos, al enterarse de que Jesús estaba en Betania, fueron allá, no sólo por Jesús sino también por ver a Lázaro, a quien Jesús había resucitado. Entonces los jefes de los sacerdotes decidieron matar también a Lázaro porque por causa suya muchos judíos se separaban de ellos y creían en Jesús».

¡Qué te parece! Por Lázaro muchos judíos «creían en Jesús». A Lázaro se le ha dado una trompeta. Tiene un testimonio que dar, ¡y qué testimonio!

«Siempre fui un buen ciudadano», quizás dijo. «Pagué mis cuentas. Amé a mis hermanas. Y disfruté andando con Jesús. Pero no era uno de sus seguidores. Nunca estuve tan cerca de Él como han estado Pedro, Santiago y los demás. Guardé la debida distancia. Nada personal. Simplemente no quería entusiasmarme demasiado.

»Pero entonces, caí enfermo. Y me morí. Quiero decir, bien muerto.

»No quedó nada. Helado como piedra. Sin vida. Sin aliento. Nada. Morí a todo. Desde la tumba vi vida. Y entonces Jesús me llamó para que saliera de la tumba. Cuando Él habló, mi corazón latió, mi alma se conmovió y estaba vivo otra vez. Y quiero que sepan que Él puede hacer lo mismo por vosotros».

Dios le dio a Marta un bombo de servicio. Dios dio a María una flauta de alabanza. Y Dios dio a Lázaro una trompeta. Y él se paró en el centro del escenario y la tocó.

Dios sigue dando trompetas. Dios sigue llamando a la gente del abismo. Dios sigue dando testimonios del tipo «pínchame para ver si estoy despierto» y el de «demasiado bueno para ser verdad». Pero no todos tienen un testimonio dramático. ¿Quién querría una banda solamente de trompetas?

Algunos convierten a los perdidos. Algunos animan a los salvados. Y algunos mantienen el movimiento. Todos son necesarios.

Si Dios te ha llamado a ser una Marta, ¡sirve! Recuerda a los demás que evangelizan al dar alimento al pobre y adoran al cuidar enfermos.

Si Dios te ha llamado a ser una María, ¡adora! Recuerda a los demás que no tenemos que estar ocupados para ser santos. Influye en nosotros con tu ejemplo para que nos despojemos de nuestras tablas de apuntes y nuestros megáfonos y estemos quietos en adoración.

Si Dios te ha llamado a ser un Lázaro, ¡testifica! Recuerda a los demás que también tenemos una historia que contar. Que también tenemos vecinos perdidos. Que también estábamos muertos y fuimos resucitados.

Cada uno tiene un lugar en la mesa.

Sólo uno no lo tiene. Hubo alguien en la casa de Marta que no encontró su lugar. Aunque estuvo cerca de Jesús más tiempo que los otros, estaba más lejos en su fe que ellos. Su nombre era Judas. Era un ladrón. Cuando María derramó el perfume, fingió espiritualidad. «¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios, para ayudar a los pobres?», dijo. Pero Jesús conocía el corazón de Judas por lo que defendió el acto de adoración de María. Años más tarde, Juan también conoció el corazón de Judas y explicó que este era un ladrón (Juan 12:6). Y todos esos años se los pasó metiendo su mano en la bolsa del dinero. Quería que el perfume se vendiera y el producto de la venta se llevara a la tesorería para así echar mano de él.

¡Qué final más triste para una bella historia! ¡Pero qué final más apropiado! Porque en cada iglesia hay quienes como Marta, dan su tiempo para servir. Hay quienes como María, dan su tiempo para adorar. Hay quienes como Lázaro, dan su tiempo para testificar.

Y también están los que como Judas quieren tomar, tomar y tomar y nunca dar nada en retribución. ¿Eres un Judas? Lo pregunto con todo respeto, aunque con toda sinceridad. ¿Estás cerca de Cristo pero en tu corazón estás lejos de Él? ¿Estás en la cena con un alma agria? ¿Estás siempre criticando los dones de los demás sin que ni siquiera una vez des de ti? ¿Te estás beneficiando de la iglesia sin nunca darle nada? ¿Das miserablemente mientras otros dan con sacrificios? ¿Eres un Judas?

¿Tomas, tomas y tomas, y nunca das nada? Si es así, eres el Judas en esta historia.

Si eres una Marta, cobra fuerzas. Dios ve tu servicio.

Si eres una María, ánimate. Dios recibe tu adoración.

Si eres un Lázaro, sé fuerte. Dios honra tu convicción.

Pero si eres Judas, estás advertido. Dios ve tu egoísmo.

*Jesús les contestó:
—La obra de Dios es que creáis en aquel
que Él ha enviado.
Juan 6:29*

Amor extravagante

LA INCREDELIDAD tiene hijos extraños:

Había una señora que le horrorizaba volar. Después del vuelo, alguien le preguntó si se había puesto nerviosa. «No», contestó. «Nunca llegué a sentarme».

* * *

Había una vez un rey que dejó a su siervo a cargo del castillo mientras hacía un viaje. El rey tenía un halcón. El siervo nunca había visto un halcón de modo que cuando vio al del rey, pensó que era una paloma deforme. Lleno de compasión por el pájaro, le cortó las garras y le limó el pico para que se pareciera más a una paloma.

* * *

Había un apuesto príncipe que se enamoró de una plebeya. Como no era atractiva, no confiaba en su amor.

—¿Cómo podrías amarme?—le decía—. No soy hermosa. No tengo riquezas. No tengo sangre real.

—Sólo te amo—le respondía él.

Le pidió que contrajeran matrimonio. Pero ella insistía en no creer en su amor; sin embargo, aceptó.

—Me casaré contigo. Mantendré limpia tu casa y te prepararé la comida y tendré tus hijos.

—Pero es que no me quiero casar contigo por lo que vas a hacer para mí. Me quiero casar contigo porque te amo.

Y se casaron. Y ella le limpió la casa y tuvo sus hijos. Y él la amaba. Pero ella lo dejó. Le dijo a un amigo que creía que él la había dejado de amar.

* * *

Y así tenemos a tres personas. Tres personas que no podían creer. Una mujer que nunca disfrutó el vuelo debido a que no confiaba en el avión. Un hombre que

mutiló a un halcón porque nunca había visto uno. Y una mujer que perdió el amor de su vida debido a que trató de ganarse lo que él quería darle.

La incredulidad tiene hijos extraños. Hijos que son miserables en su viaje, ciegos a la belleza y despreocupados del romance de una vez en la vida con Dios. Hijos que nunca descansan plenamente en la palma de la mano de su gracia. Hijos que cortan y desgastan para siempre el esplendor de su amor. E hijos que oyen su declaración de amor, pero siempre buscan la letra pequeña en la agenda secreta.

Los sentimientos de estos hijos se captan en Juan 6:27–29 . Jesús empieza diciendo: «No trabajéis por la comida que se acaba, sino por la comida que permanece y os da vida eterna. Esta es la comida que os dará el Hijo del hombre, porque Dios, el Padre, ha puesto su sello en Él».

Jesús reduce el número de problemas de la vida a dos. O nos esforzamos por la comida que se echa a perder, o nos esforzamos por la que permanece. La comida que perece es todo lo temporal: logros, premios, aplausos ... Cualquier objeto que permanece en la tumba es una comida que se corrompe.

Por otro lado, la comida que permanece es todo lo eterno. ¿Y cómo la conseguimos? Subrayo la promesa: «Esta es la comida que os dará el Hijo del Hombre». No tienes que comprarla, ni cambiarla por algo, ni ganártela. Es un regalo. Es como abordar el avión y sentarte. Es como desatar al halcón y verlo volar. Es como aceptar amor y disfrutarlo ...

Es sólo creer.

Pero los que lo escuchaban no lo entendieron. Observe esta pregunta: «¿Qué debemos hacer para que nuestras obras sean las obras de Dios?» (Juan 6:28). Esa, mis amigos, es la pregunta de la incredulidad. «Sé que Él dijo la daría, pero hablando con sinceridad, ¿cómo vamos a pagar ese pan? ¿Cómo nos vamos a ganar esa comida? ¿Cuánto tiempo tenemos que permanecer esperando en la cafetería para conseguir la comida eterna?»

No entendieron bien. ¿No dijo Jesús: «Esta es la comida que os dará el Hijo del Hombre»?

Imagínate que paso por alto este punto contigo. Imagina que me haces un regalo. Vamos a decir que me regalas una corbata. La saco del envoltorio y la examino. Te doy las gracias y luego echo mano a mi billetera. Y te digo:

—Entonces, ¿cuánto te debo?

Piensas que bromeo.

—Es un regalo—me dices—. ¡No tienes que pagarme nada!

—Ah, ya entiendo—respondo.

Pero luego te pregunto:

—¿Quieres que te extienda un cheque?—y así te demuestro que no entendí nada.

Estás atónito.

—¡No quiero que me pagues nada! ¡Lo que quiero es que aceptes el regalo!

—Ah, ya veo—respondo—. Quizás podría hacer algún trabajo que tengas pendiente en tu casa, a cambio de la corbata.

—No me quieres entender—me dices con firmeza—. Quiero regalártela. Es un presente. No puedes comprar un presente.

—Ah, perdóname—me apresuro a decir—. ¿Qué te parece si te compro una corbata en retribución por el regalo?

A estas alturas de la conversación sientes que te estoy insultando. Al tratar de comprarte el regalo que me haces he menospreciado tu gesto. Te he robado el gozo de dar.

Cuán a menudo robamos a Dios.

¿Has pensado alguna vez cuán ofensivo es para Dios cuando tratamos de pagar su bondad? Dios ama al dador alegre porque Él es un dador alegre. Si nosotros, siendo malos, nos gozamos regalando, ¿cuánto más se alegrará Él? Si nosotros, como humanos, nos ofendemos cuando la gente quiere transformar nuestro regalo en un soborno, ¿cuánto más Dios?

Dedica algunos momentos a leer con calma la respuesta de Jesús a esta pregunta: «¿Que debemos hacer para que nuestras obras sean las obras de Dios?» (Juan 6:28).

Jesús contestó: «La obra de Dios es ...»

¿Puedes ver a la gente inclinándose para no perderse palabra, mientras sus mentes vuelan? «¿Cuál será la obra que quiere que hagamos? ¿Orar más? ¿Dar más? ¿Estudiar? ¿Viajar? ¿Memorizar la Torah? ¿Cuál será la obra que quiere?» Astuto el plan de Satanás. En lugar de tratar de alejarnos de la gracia, hace que dudemos de ella o que tratemos de ganárnosla ... para que al final ni siquiera lleguemos a conocerla.

¿Cuál es, entonces, la obra que Dios quiere que hagamos? ¿Qué desea de nosotros? Que creamos, simplemente. Que creamos al que Él ha enviado. «La obra que Dios quiere que hagas es esta: Que creas en el que Él ha enviado».

Quizás alguien que lea esto mueva la cabeza y pregunte: «¿Dices que es posible ir al cielo sin buenas obras?» La respuesta es no. Las buenas obras son una exigencia. Alguien más acaso pregunte: «¿Dices que es posible ir al cielo sin un buen carácter?» De nuevo, mi respuesta es no. También se requiere un buen carácter. Para entrar al cielo uno debe tener buenas obras y buen carácter.

Pero, ay, tenemos un problema. Careces de ambas cosas.

Ah, sí, has hecho algunas cosas buenas en tu vida. Pero no son lo suficiente buena como para entrar al cielo, a pesar de tu sacrificio. No importa cuán nobles sean tus regalos, no son suficientes para entrar al cielo.

Tampoco tienes suficiente buen carácter para entrar al cielo. Por favor, no quiero que te ofendas. (Y, de nuevo, oféndete si quieres.) A lo mejor eres una persona decente. Pero la decencia no es suficiente. Los que ven a Dios no son decentes; son santos. «Sin la santidad, nadie podrá ver al Señor» (Hebreos 12:14).

Tú puedes ser decente. Puedes pagar los impuestos y besar a tus hijos y dormir con una conciencia limpia. Pero sin Cristo no eres santo. Entonces, ¿cómo puedes ir al cielo?

Solamente creyendo.

Acepta la obra ya hecha, la obra de Jesús en la cruz.

Solamente creyendo.

Acepta la bondad de Jesucristo. Abandona tus buenas obras y acepta las de Él. Abandona tu propia decencia y acepta la de Él. Preséntate ante Dios en el

nombre de Él, no en el nombre tuyo. «El que crea y sea bautizado, será salvo; pero el que no crea será condenado» (Marcos 16:16).

¿Tan simple? Así de sencillo. ¿Tan fácil? Nada fue fácil en todo ese proceso. La cruz era pesada, la sangre era real y el precio exorbitante. Pudo habernos dejado en la calle a ti y a mí, así es que Él pagó por nosotros. Di que es simple. Di que es un regalo. Pero no digas que es fácil.

Llámalo como lo que es. Llámalo gracia.

También tengo otras ovejas que no son de este redil: también a ellas debo traer. Ellas me obedecerán, y habrá un solo rebaño y un solo pastor.

Juan 10:16

[Padre] te pido que todos estén completamente unidos[...] yo en ellos y tú en mí, para que lleguen a ser perfectamente uno, y así el mundo sepa que tú me enviaste y que los amas como me amas a mí.

Juan 17:21 , 23 .

El más acariciado sueño de Dios

HACE ALGÚN TIEMPO tuve ocasión de viajar con alguien que llevaba una Biblia.

—¿Es usted creyente?—le pregunté.

—¡Sí!—me respondió entusiasmado.

He aprendido que nunca se puede ser demasiado cuidadoso.

—¿Nacimiento virginal?—le pregunté.

—Lo acepto.

—¿Deidad de Jesús?

—Sin duda.

—¿Muerte de Cristo en la cruz?

—Él murió por todos.

¿Sería que estaba cara a cara con un cristiano? Tal vez. De todos modos, continué mi comprobación.

—¿Estado del hombre?

—Pecador necesitado de gracia.

—¿Definición de gracia?

—Dios hace por el hombre lo que el hombre no puede hacer.

—¿Venida de Cristo?
—Inminente.
—¿La Biblia?
—Inspirada.
—¿La Iglesia?
—El cuerpo de Cristo.
Empecé a entusiasmarme.
—¿Conservador o liberal?
Él también se estaba interesando.
—Conservador.
Mi corazón empezó a latir más rápido.
—¿Herencia?
—Convención Congregacionista Santo Hijo de Dios Dispensacionista
Trinitaria del Sur.
¡Esa era la mía!
—¿Rama?
—Premilenarista, postribulacionista, no carismático, Reina Valera, comunión en
una sola copa.
Mis ojos se empañaron. Faltaba una sola pregunta.
—¿Es su púlpito de madera o de fibra de vidrio?
—Fibra de vidrio—me respondió.
Quitó mi mano y endurecí el cuello.
—¡Son herejes!—le dije y me marché.

* * *

¿Exagerado? Quizás un poquito. A menudo, las sospechas y las desconfianzas acechan en la mesa de Dios. Los bautistas desconfían de los metodistas. La Iglesia de Cristo evita a los presbiterianos. Los calvinistas se burlan de los arminianos. Carismáticos. Inmersionistas. Alrededor de la mesa los hermanos riñen y el Padre suspira.

El Padre suspira porque tiene un sueño. «También tengo otras ovejas que no son de este redil: también a ellas debo traer. Ellas me obedecerán, y habrá un solo un solo rebaño y un solo pastor» (Juan 10:16).

Dios tiene un solo rebaño. Por alguna razón no entendemos eso. Las divisiones religiosas no son idea suya. Franquicias y sectarismos no están en el plan de Dios. Él tiene un solo rebaño. El rebaño tiene un solo pastor. Y aunque nosotros creamos que hay muchos, estamos equivocados. Hay uno solo.

En ninguna parte de la Biblia se nos dice que edifiquemos la unidad. Simplemente se nos dice que mantengamos la unidad que ya existe. Pablo nos exhorta a mantenernos «siempre unidos, con la ayuda del Espíritu Santo» (Efesios 4:3). Nuestra misión no es inventar unidad, sino admitirla.

Tengo dos hermanas y un hermano. Somos hermanos porque procedemos de la misma familia. Tenemos el mismo padre y la misma madre. Estoy seguro que ha habido ocasiones cuando no habrían querido llamarme hermano, pero no han tenido más remedio que hacerlo.

Ni nosotros. Cuando veo a alguien llamando a Dios Padre y a Jesús Salvador, estoy ante un hermano no importa el nombre de su iglesia ni denominación.

Y a propósito de los nombres de las iglesias de los cuales hacemos tanto ruido. En el cielo no existen. El Libro de la Vida no incluye el nombre de tu denominación al lado del tuyo. ¿Por qué? Porque no es la denominación la que te salva. Y me pregunto, si no hay denominaciones en el cielo, ¿por qué las tenemos en la tierra?

¿Qué ocurriría (reconozco que esta es una idea loca), pero qué ocurriría si un día cualquiera todas las iglesias se pusieran de acuerdo para cambiar el nombre a simplemente «iglesia»? ¿Qué pasaría si se quitara toda referencia a la denominación y todos fuéramos simplemente cristianos? Y entonces, cuando la gente tuviera que escoger a qué iglesia asistir, no lo haría por el letrado externo ... sino por el corazón de quienes están dentro. Y así, cuando a la gente se le preguntara a qué iglesia asiste, su respuesta no tendría un nombre, sino una ubicación.

Y luego nosotros los cristianos ya no nos conocerían por lo que nos divide, sino que se nos conocería por lo que nos une: nuestro Padre común.

¿Idea loca? Quizás.

Pero pienso que a Dios le gustaría. Fue idea de Él desde el principio.

Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiaré, para que lleve más fruto. Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado.

Juan 15:1-3 , RV—1960

A veces, Dios se preocupa de nimiedades

A TODOS LES GUSTA lo que Deborah Ricketts hace. Pero a nadie le gusta mientras lo hace. Todos aman el producto, pero nadie disfruta del proceso.

Ella es una investigadora independiente para la industria cinematográfica. ¿Quieres que tu película sea exacta? ¿Quiere que tus hechos sean confiables? Manda tu libreto y un cheque a esta ex bibliotecaria y observa cómo empiezan a volar los hechos.

Una película que se ubica en los años treinta, necesita que todo luzca como en los años treinta. No puedes tener a una persona leyendo un periódico que aún no

ha aparecido ni a una orquesta tocando una canción que todavía no se ha escrito. Tales errores suelen presentarse.

En la película *En busca del arca perdida*, el mapa que marcaba la ruta del avión de Indiana Jones lo hacía pasar sobre Tailandia. Problema: La película la ambientaron en el año 1936: Tailandia la llamaron Siam hasta 1939:

En *Die Hard II*, Bruce Willis hace una llamada telefónica de lo que se supone es un teléfono público en el aeropuerto Dulles en Washington, D.C. Nadie se percató de que en la caseta telefónica se leía *Pacific Bell*.

Deborah Ricketts vive para encontrar esos errores. Su trabajo es ir y venir a la búsqueda de cosas que no corresponden. Se mete por todos los rincones y escenarios y lo examina todo. Su trabajo es ver las cosas que otros pasan por alto.¹

Escarba por el propio bien de los guionistas. El proceso no es nada agradable, pero el resultado es gratificante.

Algunas veces, también Dios se preocupa de nimiedades. No es que a Él le guste encontrar fallas. Es simplemente que quiere encontrar cualquier cosa que impida nuestro crecimiento. Jesús se define como un buen labrador que corta y poda la vid. «Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto. Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado» (Juan 15:1–3, RV—1960).

Pareciera que Jesús pronunció estas palabras mientras caminaba desde el aposento alto al huerto de Getsemaní. Quizás vio una vid cerca o creciendo a lo largo de la pared. A lo mejor levantó una parte de la planta y explicó el orden jerárquico en el universo. Dios es el labrador. Jesús es la vid. Nosotros somos las uvas.

En Palestina, las vides crecían en abundancia. Cuidadosamente cultivadas, producían uvas dulces. Pero si se descuidaban, trepaban adondequiera y sobre cualquier cosa. El labrador podaba las vides. ¿Para qué? Para que llevaran más fruto. Dios nos poda. ¿Para qué? Por la misma razón.

«Os he encargado», explica, «que vayáis y deis mucho fruto, y que ese fruto permanezca» (Juan 15:16).

Un buen labrador hará lo que sea necesario para ayudar a la vid a dar fruto. ¿Cuál es el fruto que Dios quiere? Amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza (véase Gálatas 5:22–23). Estos son los frutos del Espíritu. Y esto es lo que Dios desea ver en nosotros. Y como un buen labrador, cortará y sacará cualquiera cosa que interfiera con sus deseos.

Un buen entrenador de atletismo mira el rostro de los corredores y dice: «Podemos romper el récord, pero esto nos costará conseguirlo». Y luego plantea su programa de práctica y disciplina.

Un buen editor lee el manuscrito y dice: «Este trabajo tiene potencial, pero necesitamos eliminar esto». Y el escritor gime a medida que se aplica la tinta roja.

¹ Beth Arnold, «The Need to Neggle» [La necesidad de ser detallista], *American Way*, 1º de junio de 1991, p. 44:

Un buen maestro de piano dice: «Creo que llegaré a dominar esta obra para la competencia, pero para lograrlo, aquí está nuestro programa de estudio». Y el pianista suspira mientras cumple las horas requeridas.

Deborah Ricketts analiza un manuscrito y dice: «Es bueno, pero aquí hay algunas formas para mejorarlo».

Dios levanta una parte de la vid y dice: «Vosotros podéis producir fruto, pero voy a tener que cortar algunas hojas enfermas». Y aunque el proceso sea doloroso, vemos en el suelo, debajo de nosotros, la cantidad de hojas manchadas que ha cortado. Arrogancia. Ambiciones vanas. Relaciones malas. Oportunidades peligrosas. Venganzas.

¿Entra Dios a la ligera en este proceso? No lo creo. Escuche esta declaración: «Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará» (Juan 15:2). El verbo «quitar» viene del verbo griego *airo* . Esta palabra tiene a lo menos dos significados; uno es «quitar» y el otro es «recoger» o «alzar». Considero que ambos significados están presentes aquí.

Antes que Dios quite un pámpano que no da frutos, lo alza. Un labrador lo hace. Dedicar atención a la rama que no produce frutos para que reciba más sol o tenga más espacio. Las uvas no son como las calabazas. No se desarrollan pegadas al suelo. Crecen mejor cuando cuelgan libremente. Un buen labrador de una vid estirará la rama por los palos donde crece para proporcionarle más aire y sol.

Sin duda has visto labradores reacomodando una planta y a lo mejor has visto a Dios reacomodando una vida. ¿Se desarraigó una familia y se llevó a otra ciudad para que aprendiera a confiar en Dios? ¿Es la enfermedad repentina de una persona, antes muy saludable, un recordatorio a confiar en el Labrador? ¿Son los pobres ingresos económicos la manera en que Dios quiso levantarte del suelo del yo y llevarte más cerca de Él? ¿Es la elección de dirigentes con motivos y moralidad cuestionables la vía que Dios utiliza para animar al pueblo a un avivamiento?

Dios hace todo «en el momento preciso», a pesar de que «el hombre no alcanza a comprender en toda su amplitud lo que Dios ha hecho y lo que hará» (Eclesiastés 3:11). (¿Alguien dijo amén?). Dios tiene algo en mente. Él es el labrador ocupado y activo que limpia el terreno y quita las piedras. El que construye el enrejado a las vides y planta las semillas. Inspecciona las plantas y arranca la maleza. Y, lo más importante, Él es bueno. Es el buen labrador que cuida de su vid.

¿Qué tenemos que hacer nosotros? ¿Cuál es nuestra reacción que somos ramas de la vid? ¿Cómo nos comportamos? Una respuesta que se da a menudo en este punto es el imperativo: «¡Produce fruto!»

¿Pero es esa la debida reacción? Contestemos la pregunta en un huerto. Si una rama no da frutos, ¿servirá de ayuda que el labrador le exija producir fruto? O, si tú eres una rama, ¿producirás fruto con sólo que decidas hacerlo? Cierras tus ojos nudosos y haces rechinar tus dientes de madera y te resistes con fuerza hasta que tu corteza se ponga roja. ¿Producirás una uva? No. Por favor, fíjate, la rama no puede dar frutos.

Y tú tampoco. Has tratado. Con ojos decididos y la quijada apretada, lo has intentado. «Hoy voy a ser feliz», dices, con los dientes apretados.

O: «Voy a ser paciente. Ahora mismo seré paciente».

O: «Está bien. Seré un dador alegre. Alcánceme ese estúpido plato de las ofrendas».

O: «Voy a perdonar a ese insoportable aunque me mate».

¿Ves lo que quiero decir? No se puede dar frutos a la fuerza. Por eso, en ninguna parte de este pasaje te dice Jesús que vayas y produzcas fruto.

¿Qué?

Así es. En ninguna parte Él te ordena producir fruto. Revisa. Ya lo he hecho. En ninguna parte. Entonces, ¿cuál es la orden que Él nos da? Lee tú mismo Juan 15 :

Seguid unidos a mí (v. 4).

Un sarmiento no puede dar fruto[...] si no está unido a la vid (v. 4).

El que permanece unido a mí, y yo unido a él, da mucho fruto (v. 5).

El que no permanece unido a mí, será echado fuera (v. 6).

Si permanecéis unidos a mí (v. 7).

Permaneced, pues, en el amor que os tengo (v. 9).

Si obedecéis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor (v. 10).

¿Nuestra tarea? Está claro. Permanecer en la vid. Mientras lo hagamos, produciremos fruto. La vida fluye a través de la vid. La rama no hace nada separada de la vid. Jesús lo dijo: «Sin mí nada podéis hacer» (Juan 15:5).

Dudo que para un escritor sea fácil someter su trabajo a alguien como Deborah Ricketts. Sabe que ella está a la caza de errores. Pero también sabe que el resultado final será una historia mejor.

Sin duda, no es fácil para nosotros someter nuestras vidas al Labrador. Ahora mismo, algunos de vosotros escucháis el zip-zip-zip de sus tizeretazos. Duele. Pero ánimo. Cuando todo termine, serás mejor.

Además, ¿no te alegra que Él piense que vale la pena el esfuerzo?

Yo soy aquel que dijo el profeta Isaías:

«Se oye la voz de alguien que grita en el desierto: “¡Abrid un camino recto para el Señor!”»

Juan 1:23

EL ROSTRO de los tres hombres era solemne mientras el alcalde les informaba de la catástrofe:

—La lluvia se ha llevado el puente. Durante la noche, muchos automóviles se precipitaron al río.

—¿Qué podemos hacer?—preguntó uno.

—Se pueden parar junto al camino y advertir a los conductores no doblar hacia la izquierda. Díganles que tomen el camino de una sola vía que va por la orilla del río.

—¡Pero conducen demasiado rápido! ¿Cómo les advertiremos?

—Usando estos anuncios tipo sándwich—les explicó el alcalde, mostrándoles tres anuncios dobles de madera, unidos para que se colgaran en los hombros de cada uno—. Párense en el cruce de los caminos para que los conductores vean esta señal hasta que yo pueda encontrar a alguien que repare el puente.

Así, los tres hombres corrieron hasta la peligrosa curva y pusieron los anuncios sobre sus hombros.

—Los conductores me van a ver a mí primero—dijo uno.

Los otros estuvieron de acuerdo. Su anuncio decía: «Puente destruido». Entonces caminó varios cientos de metros antes de la curva y se mantuvo en posición.

—Quizás debería ser el segundo, así los conductores reducirán la velocidad—dijo el hombre cuyo anuncio decía: «Reduzca la velocidad».

—Buena idea—afirmó el tercero—. Yo me quedaré aquí en la curva para que la gente salga del camino ancho y tome el angosto.

Su letrero decía, simplemente: «Tome el camino correcto», y tenía un dedo apuntando hacia la ruta segura.

Así, los tres hombres permanecieron con sus anuncios listos para advertir a los viajeros sobre el puente destruido. A medida que los vehículos se acercaran, los conductores se encontrarían con el primer hombre y leerían: «Puente destruido».

Luego, el segundo hombre haría señales hacia su anuncio, que decía: «Reduzca la velocidad».

Y a medida que los conductores obedecían, podrían ver el tercer anuncio: «Tome el camino correcto». Y aunque el camino era estrecho, los automóviles cumplieron y pudieron seguir su camino seguros. Cientos de vidas se salvaron debido a los tres hombres que pusieron los anuncios sobre sus hombros. Gracias a que hicieron su trabajo, muchos se libraron de perecer.

Pero después de algunas horas, empezaron a cansarse.

El primer hombre empezó a dormirse.

—Me voy a sentar en un lugar donde los conductores vean mi anuncio mientras duermo—decidió.

Acto seguido sacó el anuncio de sus hombros y lo apoyó en una piedra. Se apoyó él mismo en ella y se quedó dormido. Mientras dormía, su brazo se deslizó cubriendo el anuncio y bloqueando una de las dos palabras. Así, en lugar de leerse «Puente destruido», su anuncio sólo decía: «Puente».

El segundo no se cansó, pero sí se llenó de presunción. Mientras más tiempo estaba allí advirtiendo a la gente, más importante se creía. Unos pocos, incluso, salían del camino y se detenían para darle las gracias por el buen trabajo que hacía.

—Habríamos muerto si no nos hubiera advertido que redujéramos la velocidad—le decían, agradecidos.

«Tienen toda la razón», pensaba. «¡Cuántos se habrían perdido allí si no hubiera sido por mí!»

Pronto llegó a pensar que era tan importante como su anuncio. Así es que se lo quitó, lo afirmó en el césped y se paró al lado. Al hacerlo, no se percató que él, también, bloqueaba una palabra de su advertencia. Con su cuerpo tapaba la palabra «velocidad». Todo lo que los conductores podían leer era la palabra «Reduzca». Muchos pensaron que estaba anunciando un plan de dieta para reducir peso.

El tercer hombre no se cansó como el primero, ni se envaneció como el segundo. Pero empezó a preocuparse por lo que decía su anuncio: «Tome el camino correcto».

Le preocupó que su mensaje fuera tan parco, tan dogmático: «En estos asuntos, a la gente hay que darle una oportunidad para que escoja. ¿Quién soy yo para decirles cuál es el camino correcto y cuál el equicocado?», se decía.

Así es que decidió alterar su anuncio. Borró la palabra «correcto» y en su lugar puso la palabra «preferido».

«Hmm», pensó. «Todavía es muy estridente. Es mejor no moralizar. Así es que eliminé la palabra «preferido» y la cambié por «sugerido».

Todavía no era lo que quería. «Quizás ofenda a las personas si piensan que les insinúo que sé algo que desconocen».

Así es que pensó y pensó y finalmente eliminó la palabra «sugerido» y la reemplazó con una frase más neutral.

«¡Ah, eso es!», se dijo, mientras se alejaba un poco para leer las palabras:

«Camino correcto: Una de dos alternativas igualmente válidas».

Y debido a que el primer hombre se durmió y el segundo se paró frente a su anuncio y el tercero alteró el mensaje, un carro tras otro fueron cayendo al río.

Él es el que viene después de mí, del que no soy digno de desatar la correa de sus sandalias.

Juan 1:27 , NVI

ropa hecha de pelo de camello, la cual sujetaba al cuerpo con un cinturón de cuero; y comía langostas y miel del monte» (Marcos 1:6). ¿Quién querría ver todos los domingos a un tipo así?

Su mensaje era tan rudo como su vestuario: sin rodeos ni pelos en la lengua retaba al arrepentimiento porque Dios venía en camino.

A Juan no le interesaba si eras judío, sacerdote, bautista o los tres juntos. Lo que le interesaba era que te despabilaras y te pusieras a cuenta con Dios porque Él viene y esto no es una probabilidad. Es absolutamente cierto.

No, a Juan nunca lo contratarían hoy en día. Sus tácticas carecían de tacto. Su estilo no era delicado. Tenía pocos amigos y muchos enemigos, ¿pero sabes algo? Cientos se convirtieron con su ayuda. «De toda la región de Judea y de la ciudad de Jerusalén salían a oírle. Confesaban sus pecados, y Juan los bautizaba en el río Jordán» (Marcos 1:5).

Vea eso. «De toda la región de Judea y de la ciudad de Jerusalén». ¿Cómo explicamos una respuesta así? Sin duda, no era por su carisma ni su vestimenta. Ni por su dinero ni su posición, porque no tenía ni lo uno ni lo otro. Entonces, ¿qué tenía?

Una palabra. Santidad.

El propio Juan el Bautista se apartó para cumplir una tarea: ser una voz de Cristo. Todo en Juan se centraba en ese propósito. Su ropa. Su dieta. Sus acciones. Sus exigencias.

A sus oyentes los hacía pensar en Elías. Y a nosotros nos recuerda esta verdad: «Hay atractivo en la santidad». No tienes que ser como el mundo para impactar en el mundo. No tienes que ser como las multitudes para cambiar las multitudes. No tienes que rebajarte a sus niveles para llevarlos a tu propio nivel.

No tienes que ser ningún fenómeno. No tienes que usar ropa de pelo de camello ni comer insectos. La santidad no es ser excéntrico. Es ser como Dios.

¿Quieres marcar una diferencia en tu mundo? Vive en santidad:

Sé fiel a tu cónyuge.

Sé quien en la oficina se niega a engañar.

Sé el vecino que actúa amigablemente.

Sé el empleado que hace su trabajo y no se queja.

Paga tus cuentas.

Haz tu parte y disfruta la vida.

No des un mensaje y vivas otro.

Fíjate en la última línea de las palabras de Pablo en 1 Tesalonicenses 4:11–12

Procurad vivir tranquilos y ocupados en vuestros propios asuntos, trabajando con vuestras manos, como os hemos encargado, para que os respeten los de fuera y para que nada os falte.

Una vida pacífica lleva a los inconversos a respetar a los creyentes. ¿Qué habría pasado si la vida de Juan no hubiera correspondido a sus palabras? ¿Qué habría pasado si hubiera predicado arrepentimiento y hubiera vivido en la inmoralidad? ¿Qué habría ocurrido si hubiera llamado a la santidad y hubiera

tenido una reputación de deshonestidad? Si la vida de Juan no hubiera concordado con sus palabras, su mensaje habría caído en oídos sordos.

Así ocurre con nosotros.

La gente observa la forma en que actuamos más que oír lo que decimos.

San Francisco de Asís invitó una vez a un joven monje a acompañarlo a una ciudad a predicar. El novicio se sintió honrado con la invitación. Los dos salieron para la ciudad, recorrieron de arriba a abajo la calle principal, y luego anduvieron por calles secundarias. Conversaron con los transeúntes y saludaron a la gente. Después de algún tiempo volvieron a la abadía por otra ruta.

El joven le recordó a San Francisco su propósito original: «Ha olvidado, padre, que vinimos al pueblo a predicar».

«Hijo mío», le replicó San Francisco, «hemos predicado. Muchos nos han visto. Observaron cuidadosamente nuestro comportamiento. Nuestras actitudes fueron evaluadas rigurosamente. Todas nuestras palabras han sido oídas. Así predicamos nuestro sermón de esta mañana».¹

Juan fue una voz para Cristo con más que su voz. Su vida concordaba con sus palabras. Cuando los actos y las palabras de una persona son los mismos, la fusión es explosiva. Pero cuando una persona dice una cosa y vive otra, el resultado es destructivo. La gente sabrá que somos cristianos no porque exhibimos el nombre, sino por la forma en que vivimos.

Es la vida la que gana el nombre, no el nombre que crea la vida. He aquí una historia que ilustra este asunto.

Una pareja judía estaba discutiendo sobre el nombre que darían a su primer bebé. Finalmente le pidieron al rabino que viniera e intercediera en la disputa.

—¿Cuál es el problema?—preguntó el rabino.

La esposa habló primero:

—Él quiere ponerle el nombre de su padre y yo quiero que lleve el nombre de mi padre.

—¿Cómo se llama su padre?—preguntó el rabino al esposo.

—José.

—¿Y cómo se llama su padre?—le preguntó a la esposa.

—José.

—Y entonces, ¿dónde está el problema?—preguntó el rabino, sorprendido.

Fue la esposa la que habló de nuevo:

—Su padre fue un ladrón de caballos y el mío fue un hombre justo. ¿Cómo puedo saber que mi hijo va a llevar el nombre de mi padre y no el del suyo?

El rabino pensó un momento y luego replicó:

—Pónganle José. Luego vean si resulta ladrón de caballos o un hombre justo. Así sabrán el nombre de cuál de los padres lleva.

Llamarse hijo de Dios es una cosa. Ser llamado hijo de Dios por los que observan su vida es otra bien distinta.

¹ A. Gordon Nasby, ed., *1041 Sermon Illustrations, Ideas and Expositions* [1041 Ilustraciones, ideas y exposiciones para sermones], Baker, Grand Rapids, 1976, p. 186:

Yendo de camino, vio Jesús a un hombre que había nacido ciego. Los discípulos le preguntaron:

—Maestro, ¿por qué nació ciego este hombre? ¿Por el pecado de sus padres o por su propio pecado?

Juan 9:1–2

Mira antes de etiquetar

RECIENTEMENTE llevamos a nuestros niños de vacaciones a una ciudad histórica. Mientras hacíamos un recorrido por una antigua casa, seguíamos a una familia de la ciudad de Nueva York. No me dijeron que eran de allí. No tenían que hacerlo. Te lo aseguro. Vestían ropa de Nueva York. Su adolescente tenía un lado de la cabeza rapada y en la otra mitad el pelo le caía hasta más abajo de los hombros. La hija vestía una ropa tipo túnica y grandes adornos. La madre lucía como si hubiera tomado por asalto el guardarropa de la hija y el pelo del papá caía por la espalda cubriéndole el cuello.

Me imaginé cómo era cada uno de ellos. Es posible que el muchacho estuviera metido en las drogas. Los padres parecían vivir la crisis de la mediana edad. Eran ricos y miserables y necesitaban consejería. Menos mal que me encontraba a la mano por si necesitaban consejo espiritual.

Después de unos pocos momentos, se presentaron. Estaba en lo cierto; eran de Nueva York. Pero en eso fue en lo único que acerté. Cuando les di mi nombre, se quedaron en una pieza.

—¡No podemos creerlo!—dijeron—. Hemos leído sus libros. Los usamos en la Escuela Dominical de nuestra iglesia. Traté de irle a escuchar cuando usted habló en nuestra área, pero aquella noche era la noche familiar, así es que ...

¿Escuela Dominical? ¿Iglesia? ¿Noche familiar? ¡Qué cosa! Había cometido un error. Una tremenda equivocación. Puse la etiqueta antes de examinar el contenido.

Todos hemos usado etiquetas. Las pegamos en los pomos y en los archivadores para saber qué hay dentro. Por la misma razón se las pegamos a las personas.

Juan cuenta de una ocasión en que los discípulos pegaron una etiqueta. Jesús y sus seguidores se encontraron con un hombre ciego desde su nacimiento. Esta es la pregunta que los discípulos le hicieron a Jesús: «Maestro, ¿por qué nació ciego este hombre? ¿Por el pecado de sus padres o por su propio pecado?» (Juan 9:2).

Nadie se preocupa de que el hombre es un mendigo que necesita ayuda. Nadie se preocupa de que el hombre ha pasado toda su vida en una caverna de

oscuridad. Nadie se preocupa de que el hombre sentado frente a ellos está a una distancia que puede oírles. Vamos a hablar de su pecado.

¿Cómo pudieron ser tan duros? ¿Tan insensibles? Tan ... ciegos.

¿La respuesta? (Es posible que no te guste.) Es más fácil hablar de una persona que ayudarla. Es más fácil discutir sobre la homosexualidad que ser amigo de un homosexual. Es más fácil discutir sobre el divorcio que ayudar a los divorciados. Es más fácil discutir sobre el aborto que apoyar un orfanato. Es más fácil lamentarse sobre el sistema de ayuda social que ayudar a los pobres.

Es más fácil poner una etiqueta que amar.

Es especialmente fácil hablar de teología. Tales ejercicios nos hacen sentirnos justos. Como los fariseos.

Mientras confieso mis pecados, también debería confesarles otros. Tuvimos una discusión sobre esto en Brasil. Los misioneros discutíamos de si podíamos ofrecer la comunión a personas que no eran miembros de nuestra iglesia.

¿Nuestro razonamiento? ¿Qué pasaría si no eran fieles? ¿Si no fueran en realidad convertidos? ¿Si sus corazones no eran rectos? Si les ofrecíamos la comunión, podríamos estar llevándoles a comer el pan y a beber la copa indignamente, lo que equivalía a inducirles a pecar (véase 1 Corintios 11:27). Así es que decidimos que no participaran quienes nos visitaran por primera vez.

Pensamos que era lo mejor. Parecía justo. Pero aprendí una lección.

Advierte lo que ocurrió. Esa misma semana un amigo me dijo que le gustaría visitar nuestra iglesia. A ese mismo amigo lo habíamos estado invitando durante semanas. Ese mismo amigo que no había manifestado interés, de repente se interesó. Al principio me alegré; luego, mi corazón se fue a pique. Le dije que podría asistir, pero que no podría participar en la comunión.

No olvidaré mientras viva la expresión de su rostro mientras pasaba el plato a la persona sentada a su lado. Nunca volvió. ¿Podríamos culparlo? Pusimos la etiqueta antes de mirar adentro.

¿Significa eso que discutir sobre asuntos religiosos es malo? Por supuesto que no. ¿Significa que no deberíamos preocuparnos por la doctrina ni interesarnos por desear la santidad? De ninguna manera. Lo que significa es que las cosas no están bien cuando ponemos la etiqueta antes de examinar el contenido. ¿Te gusta cuando la gente te pone una etiqueta antes de conocerte?

«Así es que estás sin trabajo, ¿eh?» (Traducido: Debe ser un flojo.)

«Hmm, usted es contador, ¿verdad? (Traducido: ¡Qué cosa más aburrida!)

«Ella es episcopal» (Traducido: Tiene que ser liberal.)

«Ella es una episcopal que votó por los demócratas» (Traducido: Debe ser una liberal empedernida.)

«Ah, perdone. No sabía que era divorciado» (Traducido: Debe ser un inmoral.)

«Es un fundamentalista» (Traducido: Estrecho de mente y poca imaginación.)

Etiquetas. El otro día un señor me puso una. Estuvimos conversando sobre algunos asuntos de ética. En algún momento de nuestra charla me preguntó cuál era mi trabajo. Le dije que era ministro, a lo que él comentó: «¡Ah, ya veo!», y guardó silencio.

Quise decirle: «No, usted no ve nada. No me ponga en esa bolsa. No soy un ministro. Soy Max el que ministra. No me ponga en esa misma bolsa con todos esos sujetos e hipócritas que quizás conozca. No sería justo».

Etiquetas. Muy convenientes. Pégalas a una persona y ya sabes qué compartimiento usar.

¿Qué dirías si Dios hiciera eso mismo con nosotros? ¿Qué dirías si Dios nos juzgara por nuestra apariencia externa? ¿Qué dirías si nos juzgara basado en el lugar donde crecimos? ¿O por lo que hacemos para ganarnos la vida? ¿O por los errores que cometimos cuando éramos jóvenes? Él no podría hacer eso, ¿verdad?

«No juzguéis a nadie, para que Dios no os juzgue a vosotros. Pues Dios os juzgará de la misma manera que vosotros juzguéis a los demás; y con la misma medida con que midáis, Dios os medirá a vosotros» (Mateo 7:1–2).

Sé cuidadoso cuando juzgues. Eso no significa que no podemos discernir. Lo que sí denota es que no deberíamos dictar sentencia. La cantidad de gracia que das es la cantidad que recibes.

Jesús tenía otra perspectiva del hombre que nació ciego. En lugar de verlo como una oportunidad para debatir, lo vio como una oportunidad para Dios. ¿Por qué era ciego? «Para que en él se demuestre el poder de Dios» (Juan 9:3).

¡Qué perspectiva! El hombre no era víctima del destino; era un milagro a punto de ocurrir. Jesús no le puso etiqueta. Lo ayudó. A Jesús le preocupaba más el futuro que el pasado.

¿Con quién te identificas mejor en esta historia? Algunos se identificarán con el ciego. Tú has sido tema de conversación. A ti te han echado a un lado. Te han puesto una etiqueta.

Si es así, aprende lo que este hombre aprendió: Cuando todos te rechazan, Cristo te acepta. Cuando todos te abandonan, Cristo te encuentra. Cuando nadie se interesa por ti, Cristo te reclama. Cuando nadie está dispuesto ni siquiera a darte la hora, Jesús te dará palabras eternas.

Otros quizás se identifiquen con los observadores. Tú has juzgado. Tú has etiquetado. Has proclamado culpabilidad con el mazo del juez antes de conocer los hechos. Si ese es tu caso, vuelve a Juan 9:4 y trata de entender lo que es la obra de Dios: «Mientras es de día, tenemos que hacer el trabajo que nos ha encargado el que me envió».

¿Cuál es la obra de Dios? Aceptar a las personas. Amar antes de juzgar. Cuidar antes de condenar.

Mirar antes de etiquetar.

*Algunos de los que vivían en Jerusalén empezaron a preguntar:
—¿No es éste al que andan buscando para matarle? Pues ahí está,
hablando en público, y nadie le dice nada. ¿Será que verdaderamente las
autoridades creen que este hombre es el Mesías? Pero nosotros sabemos
de dónde procede; en cambio, cuando venga el Mesías, nadie sabrá de
dónde procede.*

Juan 7:25–27

En busca del Mesías

IMAGÍNA TE QUE JESÚS viniera a tu iglesia. No quiero decir de manera simbólica. Me refiero a una forma visible. Físicamente. De verdad. Figúrate que viniera a tu iglesia.

¿Lo reconocerías? Quizás te resulte difícil. En sus días, Jesús no usaba vestuario religioso. No creo que lo hiciera ahora. Si Él viniera hoy a tu iglesia, sin duda vestiría como todos. Nada ostentoso, sólo una chaqueta, zapatos y corbata. Tal vez una corbata, tal vez no.

Quizás tendría un nombre común y corriente. «Jesús» era común. Supongo que se llamaría José, Pedro, Francisco o Juan.

Juan ... me gusta. Supóngase que Juan, el Hijo de Dios, viniera a tu iglesia.

Por supuesto, no sería de Nazaret ni de Israel. A lo mejor vendría de un pequeño pueblo como San Antonio, o Heredia, o Las Cañas, o La Esperanza.

Y sería un obrero. En sus días fue carpintero. No habría razón para que cambiara, pero vamos a decir que lo hace. Vamos a su-poner que ahora es un plomero. Juan, el plomero de La Esperanza.

¿Dios, un plomero?

Se rumora que cerca del lago alimentó a una multitud capaz de llenar un estadio de fútbol. Otros dicen que sanó al hijo de un senador de Santiago. Algunos afirman que es el Hijo de Dios. Para otros, es el chiste del año. Tú no sabes qué pensar.

Y entonces, un domingo, se aparece.

Cuando el servicio va por la mitad, se aparece en la parte de atrás del templo y se sienta. Luego de unas pocas canciones, se para y se sienta más adelante. Después de un rato, se para de nuevo y sube a la plataforma, y dice: «Vosotros cantáis acerca de mí. Yo soy el Hijo de Dios». Tiene en sus manos una bandeja de la comunión. «Este pan es mi cuerpo. Este vino es mi sangre. Cuando vosotros celebráis esto, ¡me celebráis a mí!»

¿Qué pensarías tú?

¿Te sentirías ofendido? ¡Qué osadía! ¡Qué irreverencia! ¡Un tipo llamado Juan pretendiendo ser el Hijo de Dios!

¿Despertaría tu curiosidad? Espera un momento. ¿Cómo podría ser el Hijo de Dios? Nunca fue a un seminario, nunca estudió en una universidad. Pero hay algo en Él ...

¿Crearías? No niego que es una locura. Pero tampoco niego todo lo que ha hecho.

Es muy fácil criticar a los contemporáneos de Jesús por no haber creído en Él. Pero cuando nos damos cuenta cómo vino, entendemos su escepticismo.

Jesús no se ajustaba al concepto de Mesías. Malos antecedentes. Mala genealogía. Ningún Mesías vendría de Nazaret. Pequeña, rústica, una aldea de paso. No se ajustaba a la idea que los judíos tenían de un Mesías y, por eso, en lugar de cambiar su concepto, lo rechazaron.

Él vino como uno de ellos. Era Jesús de Nazaret. Juan de La Esperanza. Alimentó a multitudes con manos callosas. Resucitó a los muertos vestido de jardinero y un sombrero de campesino.

Esperaban luces, reyes y carrozas bajando desde los cielos. Y lo que recibieron fueron sandalias, sermones y un acento de Galilea.

Y así, algunos no se dan cuenta.

Y así, algunos siguen sin darse cuenta.

Todavía tenemos nuestras ideas preconcebidas, ¿verdad? Todavía pensamos que sabemos qué teléfono usa Dios y qué automóvil conduce.

Todavía creemos saber cómo es su apariencia. Pero sabemos que nos ha dado sorpresas.

Esperamos que Dios nos hable a través de la paz, pero a veces nos habla a través del dolor.

Pensamos que Dios habla a través de la iglesia, pero también habla a través de los perdidos.

Esperamos que los evangélicos nos den la respuesta, pero es sabido que Él habla a través de los católicos.

Escuchamos de Él entre los católicos, pero lo encontramos entre los cuáqueros.

Creemos oírlo en el amanecer, pero también se puede oír en la oscuridad.

Lo oímos en los triunfos, pero Él habla aún con más claridad a través de las tragedias.

Debemos dejar que Dios se autodefina.

Debemos echar a un lado nuestras preconcepciones; de otra manera, cometeremos el mismo error en el que incurrió hace poco aquella dama de Baltimore. Nuestro ministerio radial llevaba a cabo una campaña. Después que hablé, me quedé por ahí para saludar a la gente que escucha mi programa. Estas personas nunca me han visto, pero han escuchado mi voz. De pronto, llegó una pequeña anciana.

—Usted no se ve como es usted—fue su primera declaración.

—¿Decía?

—Usted no se ve como es usted. Max Lucado es más viejo y su cabello es canoso.

Lamenté decepcionar a la dama, pero estaba equivocada. Me veía como soy. Mi rostro se parecía a la foto de la licencia de conducir, pero eso no le interesaba. Quería un rostro que se pareciera al que había imaginado.

Tenía una imagen en su mente que no se ajustaba a lo que vio. Tenía que decidir. Tenía que aceptarme como era, o seguir viviendo con la impresión equivocada. Lo mismo tenemos que hacer nosotros con Dios.

Cuando lo hacemos, cuando dejamos que Dios se defina, un nuevo mundo completo se abre ante nosotros. ¿Cómo?, quizás preguntes. Permíteme explicártelo con una historia.

Una vez existió un hombre cuya vida era una miseria. Sus días eran oscuros y las noches largas. Henry no quería ser infeliz, pero lo era. Con los años, su vida fue cambiando. Sus hijos crecieron. El barrio donde vivía era diferente. La ciudad parecía más desagradable.

No era feliz. Así es que decidió preguntarle a su pastor cuál era el problema.

—¿Será que no soy feliz por algún pecado cometido?

—Sí—replicó el sabio pastor—. Usted ha pecado.

—¿Y qué pecado habrá sido ese?

—Desconocimiento—fue la respuesta—. El pecado del desconocimiento. Uno de sus vecinos es el Mesías encubierto y usted no lo ha visto.

El anciano dejó la oficina preocupado. «¿El Mesías, uno de mis vecinos?» Y empezó a pensar quién podría ser.

¿Tom el carnicero? No. Es demasiado holgazán. ¿Mi prima María que vive a unas cuadras de mi casa? No. Demasiado orgullosa. ¿Aarón, el repartidor de periódicos? No, demasiado indulgente. El hombre estaba desconcertado. Todas las personas que conocía tenían defectos. Pero uno de ellos era el Mesías. Entonces empezó a buscarlo.

Y empezó a ver cosas que no había visto. El almacenero a menudo llevaba las bolsas hasta el auto de las ancianas. Él bien podría ser el Mesías. El empleado de la esquina siempre tenía una sonrisa para los niños. ¿Sería él? ¿Y la joven pareja que se mudó al lado de su casa? Qué amables han sido con su gato. A lo mejor uno de ellos ...

Con el tiempo, vio cosas en las personas que nunca antes había visto. Y con el tiempo, su perspectiva empezó a cambiar. La alegría volvió a su andar. Sus ojos adquirieron un brillo de amistad. Cuando otros le hablaban, escuchaba. Después de todo, quizás podría estar escuchando al Mesías. Cuando alguien le pedía ayuda, se la daba; después de todo quizás sería el Mesías que la estuviera necesitando.

El cambio en su actitud fue tan grande que alguien le preguntó por qué se veía tan feliz. «No lo sé», respondió. «Todo lo que sé es que las cosas cambiaron cuando empecé a buscar a Dios».

Es curioso. El anciano vio a Jesús porque no sabía a quién se parecía. La gente en los días de Jesús no lo vio porque creía saber cómo tenía que ser.

¿Cómo se ven las cosas en su vecindario?

Entre tanto, Simón Pedro seguía allí, calentándose junto al fuego. Le preguntaron:

—¿No eres tú uno de los discípulos de ese hombre?

Pedro lo negó, diciendo:

—No, no lo soy.

Luego le preguntó uno de los criados del sumo sacerdote, pariente del hombre a quien Pedro le había cortado la oreja:

—¿No te vi con Él en el huerto?

Pedro lo negó otra vez, y en aquel mismo instante cantó el gallo.

Juan 18:25–27

Pedro, Coyote y yo

FURIOSO , Coyote persigue a Correcaminos. Este, de pronto, se detiene. Coyote trata de agarrarlo, pero no puede y resbala pasando al correcaminos y quedando en el borde del precipicio. El terreno cede y por sólo un momento vemos sus ojos como platos. Luego Coyote cae como una piedra. ¡Bum!

Me gusta ver los viejos dibujos animados del Correcaminos. Coyote y yo tenemos un problema común. También me he aventurado demasiado cerca del borde del precipicio. Me he encontrado con terreno movedizo y también he experimentado mi caída. He abierto los ojos como queriendo decir: Esto-si-que-va-doler. He mirado hacia arriba desde el fondo del hueco, aturdido y atolondrado.

Pero Coyote tiene algo que yo no tengo. Es invencible. Nunca se lastima. Las caídas no lo desconciertan. En la próxima escena del dibujo lo encontramos amontonando dinamita o pintando una pared que simule un túnel. En unos momentos estará fuera del hoyo que hizo al caer y de nuevo en lo mismo.

Tú y yo no nos recuperamos tan fácilmente. Como Coyote, caemos. Pero a diferencia de él, nos quedamos en la quebrada por un tiempo. Aturdidos, heridos ... y preguntándonos si este barranco tendrá una salida.

Pocos hemos estado en un hueco tan profundo como aquel donde cayó Pedro. Parece irónico, porque sólo una o dos horas antes, estaba en el pináculo y muy lejos del abismo. «Entonces Simón Pedro, que llevaba una espada, la sacó y le cortó la oreja derecha a uno llamado Malco, criado del sumo sacerdote» (Juan 18:10).

Presuntuosamente, Pedro permanece cerca de Jesús, espada en mano, centelleando. «Hazte a un lado, Jesús, que yo me las voy a ver con este». Creo que Pedro esperaba pelear. Me imagino que se sorprendió cuando Jesús le dijo que guardara la espada. La próxima cosa que Pedro ve es al Salvador y a los soldados que empiezan a bajar el cerro y él se queda solo con su decisión. ¿Permanecerá junto a Jesús o se ocultará en las sombras? No hará ninguna de las dos cosas.

Lucas nos dice que Pedro siguió a Jesús y a sus captores desde lejos (véase Lucas 22:54). Ni demasiado cerca, ni demasiado lejos. Lo suficiente cerca para verlo, pero no tanto como para que lo vieran con Él. El amor hizo que sintiera vergüenza de salir corriendo; el miedo lo hizo sentir vergüenza de acercarse demasiado. Los discípulos escogieron el lado izquierdo del camino y huyeron. Jesús escogió el lado derecho y obedeció. Pero Pedro escogió la franja amarilla del centro del camino. TREMENDO error.

Habría sido mejor que se hubiera escondido en las sombras con los otros discípulos. Habría sido mejor que hubiera estado con su Maestro en la sala de la corte. Pero en lugar de eso, calienta sus manos en el fuego del diablo. Una joven lo reconoce y le pregunta:

—¿No eres tú uno de los discípulos de ese hombre?

—¡No, no lo soy!—contesta, desafiante.

Momentos más tarde, se le vuelve a preguntar:

—¿No eres tú uno de los discípulos de ese hombre?

Y por segunda vez niega a su Señor. La tercera pregunta procede de un pariente de Malco:

—¿No te vi con Él en el huerto?

Esta vez Pedro maldice ante la simple idea de eso (Mateo 26:74).

Con cada negativa, Pedro se acerca más al borde del precipicio ... hasta que la tierra cede y cae.

¿Has estado allí? ¿Has sentido cómo el suelo de la convicción cede bajo tus pies? El borde se derrumba, tus ojos se abren como platos y allá se va. ¡Bum!

¿Ahora qué haces? Podrías quedarte en la quebrada. Muchos lo hacen. Muchos viven en las sombras. Muchos nunca vuelven. Algunos le restan importancia: «Bueno, todos tenemos algún desliz de vez en cuando». Otros lo niegan: «¿Caer? ¿Quién, yo? ¿Bromeas? Estas no son magulladuras. No son heridas. Estoy más saludable que nunca. ¿Jesús y yo? Estamos más unidos que nunca». Algunos distorsionan los hechos. «A mí no me echen la culpa. La culpa es suya. La sociedad es la responsable. Si la gente no me lo hubiera preguntado, no habría tenido que contestar. No me señales con el dedo».

Cuando caemos, podemos restarle importancia. Podemos negarlo. Podemos echarle la culpa a otros. O podemos hacerle frente a la situación.

El canto del gallo le recordó a Pedro la advertencia de Jesús. Pedro alzó la vista y miró hacia la sala únicamente para ver a Jesús que lo miraba. Jesús atacado con acusaciones, pero no las escucha. Sólo oye que su amigo lo niega.

Si alguna vez Pedro pensó que podría mantener su caída en secreto, ahora sabía que no. «Nada de lo que Dios ha creado puede esconderse de Él: todo está claramente expuesto ante aquel a quien tenemos que rendir cuentas» (Hebreos 4:13).

Con Dios no podemos tener secretos. Confesión no es decirle lo que hicimos. Él ya lo sabe. Confesión es simplemente estar de acuerdo con Dios que nuestras acciones estuvieron erradas. ¿Hizo Pedro esto? Dejemos de nuevo que hable Lucas: «Y Pedro se acordó de que el Señor le había dicho: “Hoy, antes de que el gallo cante, me negarás tres veces”. Y salió Pedro de allí y lloró amargamente» (Lucas 22:61–62).

En cada lágrima de confesión, en cada sollozo de aceptación, Pedro recuerda las palabras de Jesús y llora.

Hay una vieja historia de cuando el emperador Federico el Grande visitó la prisión de Postdam. Habló con los prisioneros y cada uno afirmó ser inocente, una víctima del sistema. Un preso, sin embargo, se mantuvo sentado en un rincón, sin decir palabra.

El gobernante le preguntó: «Y usted, ¿a quién culpa por su sentencia?»

La respuesta fue: «Su majestad, soy culpable y merezco con creces mi castigo». Sorprendido, el Emperador llamó a la guardia. «Saquen a este hombre de aquí antes que corrompa a todos estos inocentes». ¹

¹ James F. Colianni, *The Book of Pulpit Humor* [El libro del humor en el púlpito], Voicings Publications, Ventnor, NJ, 1992, p. 128:

El gobernante puede dejarnos libres una vez que admitamos que nos hemos equivocado.

No nos hacemos ningún favor justificando nuestros hechos ni disculpando nuestros pecados. Hace algún tiempo, mi hija Andrea se clavó una astilla en un dedo. La llevé al baño y me equipé con unas pinzas, ungüento y una bandita adhesiva.

A ella no le gustó nada lo que vio: «Sólo quiero la bandita adhesiva, papi».

A veces nosotros somos como Andrea. Venimos a Cristo con nuestro pecado, pero todo lo que queremos es taparlo. Queremos evitar el tratamiento. Queremos esconder nuestro pecado. Y uno se pregunta si Dios, en su gran misericordia, sanará lo que ocultamos. «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y no hay verdad en nosotros; pero si confesamos nuestros pecados, podemos confiar en que Dios hará lo que es justo: nos perdonará nuestros pecados y nos limpiará de toda maldad» (1 Juan 1:8–9).

Ir a Dios no es como ir a Papá Noel. La niña se sienta en sus rodillas y él, cogiéndole una mejilla, le pregunta: «¿Has sido una niña buena?»

«¡Sí!», ríe ella. Luego le dice lo que quiere y se baja saltando. Es un juego. Una niñería. Nadie toma en serio la pregunta de Papá Noel. Eso está bien para una tienda por departamentos, pero las cosas con Dios no son así.

¿Cómo puede Dios curar lo que negamos? ¿Cómo puede Dios tocar lo que ocultamos? ¿Cómo podemos tener comunión si guardamos secretos? ¿Cómo puede Dios concedernos el perdón cuando no admitimos nuestra culpabilidad?

Ah, ahí está esa palabrita: culpable. ¿No es eso lo que tratamos de evitar? Culpable. ¿No es eso lo que detestamos? Pero, ¿es tan malo ser culpable? Lo que implica ser culpable no es que conocemos la diferencia entre lo bueno y lo malo, que aspiramos a ser mejor de lo que somos, que sabemos que hay un nivel alto y que estamos en el nivel bajo. Esto es ser culpable: un fuerte remordimiento por decirle a Dios una cosa y hacer otra.

Culpabilidad es el nervio final del corazón. Lo que de un tirón nos hace retroceder cuando estamos demasiado cerca del fuego. La tristeza piadosa «conduce a una conversión que da por resultado la salvación, y no hay nada que lamentar» (2 Corintios 7:10).

Sentirse culpable no es una tragedia; no sentirse culpable sí lo es.

Cuando Pedro vio a Jesús mirándolo a través de la sala de la corte, se llenó de culpabilidad.

¿Qué habría pasado si Pedro no hubiera enfrentado sus sentimientos de culpa? ¿Qué habría pasado si hubiera restado importancia, negado o le hubiera echado la culpa a otro por su pecado? ¿Qué habría pasado si nunca hubiera salido de la quebrada en que cayó? ¿Cuántos sermones habrían quedado sin predicarse? ¿Cuántas vidas habrían quedado sin conocer del evangelio o cuántas epístolas sin escribirse?

Si Pedro no se hubiera sentido culpable en la sala del juicio, nunca habría proclamado la gracia en Pentecostés. Si no hubiera salido de la quebrada, nunca habría hablado a otros de Cristo.

Esto nos lleva a preguntarnos cuántas historias no contadas existen hoy día en el suelo de la quebrada ... Cuántas vidas han sido neutralizadas por la culpa.

Cuántos Pedros permanecen en las sombras, queriendo salir si al menos conocieran el camino.

Pedro muestra el camino.

Nota que en la historia de Pedro hay dos fuegos. El primero es el de la negación, pero el segundo es el fuego del descubrimiento. El primero lo encendieron los hombres; el segundo lo encendió Cristo. En el primer fuego, Pedro negó a Jesús. En el segundo, lo confesó.

¿Qué llevó a Pedro de uno al otro fuego? ¿Cómo fue su paso desde el fuego de la negación al fuego del descubrimiento? Entre ambos fuegos hay dos hechos: las lágrimas de Pedro y la cruz de Jesús. Ambos son esenciales. Si Pedro hubiera derramado lágrimas sin la cruz, sólo habría sabido de desesperación. De haber visto la cruz sin lágrimas, sólo habría conocido la arrogancia. Pero al ver las dos, conoció la redención.

Mezcla las lágrimas del pecador con la cruz del Salvador y el resultado será un gozoso convoy saliendo de la quebrada de la culpa.

En la casa de mi Padre hay muchos lugares donde vivir; si no fuera así, no os habría dicho que voy a prepararos un lugar.

Juan 14:2

SI EN 1845 hubieras estado en la costa británica, quizás habrías visto dos barcos tripulados por ciento treinta y ocho de los mejores marineros ingleses listos para salir hacia el Ártico. ¿Su misión? Trazar un mapa del Paso del Noroeste alrededor del Ártico canadiense hacia el Océano Pacífico.

El capitán, Sir John Franklin, esperaba que este esfuerzo fuera el decisivo en la exploración del Ártico. La historia muestra que lo fue. No por su éxito, sino por su fracaso. Los barcos nunca regresaron. Todos los tripulantes perecieron. Y los que siguieron los pasos de la expedición al polo aprendieron esta lección: Prepárate para el viaje.

Al parecer, Franklin no lo hizo. Aunque el viaje se proyectó para que durara entre dos o tres años, solamente llevó provisión de carbón para los motores a vapor auxiliares para doce días. Pero la falta de combustible la suplió con diversión. Cada nave llevaba «una biblioteca con mil doscientos volúmenes, un

órgano portátil, vajilla de porcelana para los oficiales y la marinería, copas de vidrio tallado para el vino y cubiertos de plata fina».¹

¿Planeaba la tripulación una expedición al Ártico o un crucero por el Caribe? A juzgar por las provisiones, uno pudo haber pensado lo último. Los marineros no llevaban ropa especial para protegerse contra el frío. Sólo los uniformes de la armada de su Majestad. Noble y respetable, pero delgada e inadecuada.

Los cuchillos, tenedores y cucharas de plata eran tan elaborados como los que se encontraban en los comedores de los clubes de oficiales de la Armada Real: pesados para manejarlos, intrincadamente diseñados. Años más tarde, algunos de estos cubiertos se encontraron cerca de un montón de cuerpos congelados y canibalizados.

Ocurrió lo inevitable. Los dos barcos navegaron mal preparados por las congeladas aguas. El hielo cubrió la cubierta, los mástiles y los aparejos. El mar congeló el timón de dirección y la nave quedó atrapada.

Los marineros abandonaron el barco en busca de ayuda y lo hicieron usando sus uniformes y llevando sus pertenencias. Indios inuit informaron haber visto a un grupo arrastrando un barco de madera a través del hielo. Durante los siguientes veinte años, se encontraron restos de la expedición a través de todo el mar helado. Más tarde se descubrió el barco, o uno similar, conteniendo los cuerpos de treinta y cinco hombres. Otros indios descubrieron una tienda en el hielo y, dentro de ella, treinta cuerpos.

Franklin murió en el barco. Equipos de investigación encontrarían más tarde una pieza de un juego de mesa que Lady Jane Franklin regaló a su esposo como un presente de despedida.

A varios kilómetros del navío se descubrió el esqueleto de un oficial congelado, usando todavía pantalones y chaqueta de «fina tela azul[...] ribeteada con cordoncillo de seda y mangas cortas con cinco botones cada una. Sobre su uniforme, el hombre muerto se había puesto un sobretodo azul, con un pañuelo de seda negra».²

Extraño que unos hombres se hayan embarcado para ese tipo de viaje sin la preparación adecuada, equipados más para una tarde de té que para salir a mar abierto.

Más extraño es que nosotros hagamos lo mismo. ¿No te hacen pensar en nosotros los hombres de Franklin? A veces nos comportamos como si la vida cristiana fuera un crucero de placer. Tenemos poco combustible, pero un montón de entretenimientos. Nos preocupa más lucir elegantes que estar bien preparados. Pensamos más en los cubiertos que en sobrevivir al viaje. No nos interesa tanto el destino, pero sí nos aseguramos de estar rodeados de plata.

Y entonces, cuando viene la congelación, salimos al hielo con tenedores, juegos y ropa liviana para pasar nuestros últimos días caminando contra el viento, a menudo culpando a Dios por permitir que caigamos en tal desventura.

1 Annie Dillard, *Teaching a Stone to Talk* [Enseñando a una piedra a hablar], HarperCollins, Nueva York, 1988, p. 43:

2 *Ibid.*

Pero la culpa no es de Dios. Si zarpamos sin habernos preparado es a pesar de Dios y no por causa de Él. Dios dejó instrucciones detalladas sobre este viaje. Su Palabra es nuestro mapa; el Espíritu Santo es nuestra brújula.

Él señaló la ruta y describió los puntos que debíamos buscar.

Incluso nos dijo lo que empacáramos para el viaje: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, dominio propio (véase Gálatas 5:22–23).

Y lo más notable, Él va delante de nosotros y con nosotros. Es tanto pionero como compañero de viaje. Y cuando empezamos a cansarnos, todo lo que tenemos que hacer es escuchar su voz. Dios nos ha dado promesas especiales que nos guardarán durante el viaje.

He aquí una de las mejores:

«En la casa de mi Padre hay muchos lugares donde vivir».

Qué frase más tierna. Una casa implica descanso, seguridad, calor, una mesa, una cama, un lugar para estar en familia. Pero esta no es una simple casa. Es la casa de nuestro Padre.

Todos sabemos lo que es estar en una casa que no es nuestra. Quizás hayas pasado tiempo en un dormitorio o en una barraca del ejército. A lo mejor has dormido en hoteles o en una litera de un albergue. Tienen camas. Y mesas. Quizás también tengan comida y sean acogedores, pero están lejos de ser «la casa de tu padre».

La casa de tu padre es aquella donde está tu padre.

Quizás recuerdes la voz de tu padre. Al llegar del trabajo, su voz llena los pasillos. Se escucha a través de los cuartos. Algunos quizás la recordemos. Y para muchos, el recuerdo es tierno.

Otros no tendrán tales recuerdos, pero tú sí. «Aunque mi padre y mi madre me abandonen, tú, Señor, te harás cargo de mí» (Salmo 27:10).

Tu padre está preparando un lugar para ti. Un lugar con muchos cuartos. Un lugar amplio. Un lugar con espacio para ti. Hay un cuarto especial para ti. Serás bienvenido.

No siempre nos sentimos acogidos aquí en la tierra. Nos preguntamos si habrá algún lugar para nosotros. La gente puede hacer que no nos sintamos bien recibidos. La tragedia nos deja sintiéndonos como intrusos. Extraños. Entremetidos en un lugar que no es el nuestro. Aquí no siempre nos dan la bienvenida.

Y es lógico. Este no es nuestro hogar. No sentirse acogido no es una tragedia. Sin duda, es saludable. Aquí no estamos en nuestro hogar. Este idioma que hablamos no es el nuestro. Este cuerpo que usamos no es nuestro. Y el mundo en el que vivimos no es nuestro hogar.

El nuestro todavía no se ha terminado.

Pero cuando lo esté, nuestro hermano vendrá y nos llevará al hogar. «Si no fuera así, no os habría dicho que voy a prepararos un lugar[...] vendré otra vez», dijo antes de irse, «para que vosotros también estéis donde yo voy a estar» (Juan 14:2–3).

Esa primera frase es curiosa. «Si no fuera así, no os habría dicho que voy a prepararos un lugar». ¿Por qué diría eso? ¿Vería alguna duda en el corazón de los discípulos? ¿Habría leído confusión en sus rostros? No sé qué vio en sus ojos. Pero sé qué ve en los nuestros.

Ve lo mismo que la aeromoza cuando da las instrucciones antes de iniciarse el vuelo.

Ve lo que los médicos a menudo ven cuando dicen a los pacientes que dejen de fumar.

Ve lo que los ministros cuando dicen a su público un domingo por la mañana que cualquiera de ellos podría morir hoy.

«Sí. Seguro. Pero a lo mejor, no».

No lo decimos con palabras. Pero lo pensamos. Seguro, este avión podría caerse, pero entonces de nuevo, quizás no. Luego, en lugar de escuchar, me pongo a leer una revista. Seguro que podría morir de cáncer, pero entonces de nuevo, quizás no. Y en lugar de dejar de fumar hoy mismo, espero un poco. Seguro que podría morir hoy, pero entonces de nuevo ...

William Nelson era un general del ejército de la Unión en la Guerra Civil. Aunque todos los días enfrentaba la muerte, nunca se preparaba. ¿Quién sabe qué pasaba cuando iba de una batalla a otra? Quizás estar vivo le tomaba demasiado tiempo como para prepararse para la muerte.

Todo eso cambió, sin embargo, un día en que estaba en una casa descansando con sus hombres. Se produjo un alboroto y él recibió un balazo en el pecho. Sabiendo que moriría, pidió una sola cosa: «Traigan a un ministro».

¿Qué pasó? ¿Por qué tanta urgencia? ¿Supo el general de repente algo acerca de Dios que nunca antes había sabido? No. Pero él sabía algo sobre sí mismo. Se dio cuenta que rondaba la muerte. De momento, sólo importaba una cosa.³

¿Por qué no le importó antes? ¿Pudo haber dicho sí a Dios la semana anterior o esa misma mañana? Sin duda. ¿Por qué no lo hizo? ¿Por qué la salvación de su alma fue tan urgente después de recibido el disparo y algo opcional antes de eso? ¿Por qué pospuso su decisión de aceptar a Cristo hasta estar en su lecho de muerte?

Porque imaginó que tenía tiempo.

Una peligrosa suposición. «Enseñanos a contar bien nuestros días», oró Moisés, «para que nuestra mente alcance sabiduría» (Salmo 90:12).

¡Qué terror golpea al hombre cuando el fin está cerca y no está preparado!

¡Qué miedo habrá sentido la tripulación de Sir John Franklin cuando quedó atrapada en el hielo! ¡Qué ansiedad al buscar comida y encontrar plata, escarbar en los guardarropas buscando abrigo y encontrar uniformes, explorar el barco buscando picos y hachas y encontrar vajillas y novelas.

¿No crees que ellos estarían dispuestos a cambiar todo eso por lo que necesitaban para regresar a casa sanos y salvos?

A propósito, ¿qué provisiones llevas? ¿Estás cargando con tu parte de plata y vajilla? No te equivoques; eso puede ser importante aquí, pero no cuando llegues a la casa de tu Padre. Lo que importa es que tu Padre te conozca.

No es cuestión de lo que tienes; sino quién lo conoce. Prepárate. No querrás quedarse afuera, en el frío.

3 Gary Thomas, «Wise Christians Clip Obituaries» [Recortes cristianos sabios de obituarios], *Christianity Today*, 3 de octubre de 1994, pp. 24–27.

*Vino a su propio mundo, pero los suyos
no le recibieron.*

Juan 1:11

El pueblo de la caverna

HACE MUCHO TIEMPO , o quizás no tanto, había una tribu en una oscura y fría caverna.

Los habitantes de la caverna se acurrucaban juntos y gritaban contra el frío. Se lamentaban fuerte y largo. Era todo lo que hacían. Era todo lo que sabían hacer. Los ruidos en la caverna eran lúgubres, pero la gente no lo sabía porque nunca había conocido el gozo. El espíritu en la caverna era de muerte, pero la gente no lo sabía, porque nunca había conocido la vida.

Pero entonces, un día, escucharon una voz diferente.

—He oído vuestros lamentos—les anunció—. He sentido el frío que sentís y he visto la oscuridad en que estáis. He venido a ayudaros.

La gente en la caverna guardó silencio. Nunca antes habían oído esa voz. La esperanza sonaba extraña a sus oídos.

—¿Cómo podemos saber que vienes a ayudarnos?

—Confiad en mí—les respondió—. Tengo lo que vosotros necesitáis.

La gente de la caverna vio a través de la oscuridad la figura de un extraño. Estaba amontonando algo, luego se agachó y siguió amontonando más.

—¿Qué estás haciendo?—gritó uno, nervioso.

El extraño no respondió.

—¿Qué estás haciendo?—gritó otro, aún más fuerte.

No hubo respuesta.

—¡Contesta!—exigió un tercero.

El visitante se incorporó y habló en dirección a las voces:

—Tengo lo que vosotros necesitáis.

Y diciendo eso, se volvió al bulto que estaba a sus pies y lo encendió. La madera prendió, surgieron las llamas y la luz inundó la caverna.

La gente de la caverna se llenó de pavor.

—¡Quita eso!—le gritaron—. Nos hace daño verlo.

—La luz siempre hiere antes de ayudar—les respondió—. Acercaos. Pronto pasará el dolor.

—Yo no—dijo una voz.

—Yo no—agregó una segunda voz.

—Sólo un tonto podría arriesgarse exponiendo sus ojos a tal luz.

El extraño se mantuvo cerca del fuego.

—¿Preferís la oscuridad? ¿Preferís el frío? No consideréis sus temores. Dad un paso de fe.

Por un largo rato nadie habló. La gente daba vueltas, cubriéndose los ojos. El que hizo el fuego se mantenía cerca del fuego.

—Aquí está muy agradable.

—Es cierto—dijo alguien detrás de él—. Está calentando.

El extraño se volvió y vio una figura que se acercaba lentamente al fuego.

—Ya puedo abrir los ojos—proclamó—. Puedo ver.

—Acércate más—invitó quien hizo el fuego.

Se acercó. Se paró dentro del círculo de luz.

—¡Es tan agradable!

Extendió sus manos y suspiró mientras el frío empezaba a desaparecer de su cuerpo.

—¡Venid todos! Sentid el calor—invitó.

—¡Silencio, mujer!—gritó uno de los habitantes de la caverna—. ¿Pretendes llevarnos a tu locura? Déjanos. Anda y llévate tu luz.

Ella se volvió al extraño.

—¿Por qué no quieren venir?

—Eligieron el frío, porque aunque es frío, es lo único que conocen. Prefieren el frío al cambio.

—¿Y vivir en la oscuridad?

—¡Y vivir en la oscuridad!

La mujer que ahora disfrutaba del calor guardó silencio. Miró primero a la oscuridad y luego al hombre que encendió el fuego.

—¿Vas a dejar el fuego?—le preguntó él.

Ella calló y luego respondió:

—No puedo. No puedo soportar el frío.

Luego habló de nuevo:

—Pero tampoco puedo soportar el pensamiento de mi pueblo en la oscuridad.

—¡No tienes que hacerlo!—le respondió él, acercándose al fuego y tomando un leño—. Lleva esto a tu pueblo. Diles que la luz está ahí y que la luz es calor. Diles que la luz es para todos los que la desean.

Entonces ella tomó la pequeña llama y se adentró en la oscuridad.

LO QUE PARA MÍ ERA BUENO , era interpretado como malo ... por un colibrí.

Docenas de estas pequeñas avecillas viven alrededor de nuestra casa. Es una relación cordial. Nosotros les proveemos de néctar y ellos nos dan distracción.

Ayer, uno de ellos se metió en dificultades. Voló dentro del garaje y se sintió perdido. Aunque la puerta estaba abierta para que saliera, no la vio. Insistía, en cambio, en dar con su cabecita en una ventana cerrada. Estaba decidido a salir, pero su determinación no rompería el vidrio.

Pronto, toda la familia estaba en el garaje, simpatizando con su confusión. «¡Ayúdale a salir, papá!», clamaron en coro los niños.

Lo intenté. Abrí la ventana, esperando que volara afuera, pero no lo hizo. Empezó a subir por el marco de la ventana. Lo empujé con fuerza. No se pudo mover. Finalmente, después de varios empujones empezó a moverse ... en la dirección equivocada. En lugar de volar hacia adelante, revoloteó hacia atrás, quedando entre los dos paneles de la ventana. Ahora sí que estaba atrapado.

Qué espectáculo más enternecedor. Una pequeña avecilla saltando dentro de la ventana. No me quedó otra alternativa. Introduje mis dedos por la abertura, le cogí algunas plumas y lo tiré hacia afuera. Estoy seguro que no agradeció la ayuda, pero al fin estaba libre. Y cuando volvió a su nido, tenía una historia que contar.

«Tuve un día horrible, Marta. Caí en un inmenso cuarto con una falsa salida. Lo hicieron de manera que parecía un hoyo, pero no lo era. Luego trataron de aplastarme con ese borde movable. Pero se detuvo antes que llegara arriba. Ese grande y feo vino detrás de mí con un palo. Cuando casi me alcanza, hice un movimiento. Logré evitarlo, pero caí en su trampa, un estrecho cuarto con paredes invisibles. Qué cruel. Lo vi apuntándome. Estoy seguro que estaban hambrientos. Entonces el feo salió de nuevo tras mí, esta vez con sus dedos. Me quería agarrar por el cuello. Sin embargo, me le escapé. En el momento en que me tiró hacia afuera, di unas cuantas patadas, puse el retroimpulso y escapé. Fue bueno lo que hice porque si no, sin duda habrían tenido hamburguesa de colibrí para la cena».

Fui amable. El pajarillo creyó que había sido cruel. Si al menos hubiera sabido que quería ayudarlo. Que estaba de su lado. Si solamente hubiera entendido que ese borde movable y el palo eran para su protección.

Si solamente supiera ...

Es probable que esté exagerando un poco con el colibrí, pero no lo estoy con el punto que quiero señalar. Diariamente, la ayuda que Dios ofrece es mal interpretada como si tratara de hacernos daño. Nos quejamos de ventanas cerradas, sin darnos cuenta de las amplias puertas que están abiertas. Nos llenamos de pánico por el borde que sube, sin darnos cuenta de la salida abajo. Tratamos de evitar el palo que guía y evitamos los dedos que liberan.

«Si solamente supieras ...», fueron mis palabras al colibrí.

«Si solamente supieras ...», son las palabras de Dios a nosotros.¹

Sin conferencias. Sin discursos. Sin mensajes sobre cuán lejos Él ha llegado para ayudarnos. Sin dedos señalando a nuestro pasado. Nada de eso. Sólo un llamado. Un llamado a confiar. «Si solamente supieras ...»

«Si solamente supieras que vine a ayudar y no a condenar. Si solamente supieras que mañana será mejor que hoy. Si solamente conocieras el regalo que he traído: vida eterna. Si solamente supieras que quiero llevarte salvo al hogar».

Si solamente supieras.

¹ Véase Juan 4.10 .

Qué palabras más ansiosas salen de los labios de Dios. Qué amable que Él nos deje escucharlas. Qué decisivo que nos detengamos a oírlas. Si solamente supiéramos confiar. Confiar que Dios está en nuestra esquina. Confiar que Dios quiere lo que es mejor. Confiar que Él realmente quiere eso cuando dice: «Yo sé los planes que tengo para vosotros, planes para vuestro bienestar y no para vuestro mal, a fin de daros un futuro lleno de esperanza» (Jeremías 29:11).

Si solamente pudiéramos aprender a confiar en Él.

Pero cuán duro es. Nos estremecemos como el pajarillo en el borde, evitando las manos que vienen a ayudarnos. Nos olvidamos que Él es el piloto y nosotros sus pasajeros.

Acusamos falsamente. Rechazamos ingenuamente.

Si solamente supiéramos.

Cuando lavó los pies a sus discípulos, lavaba los nuestros; cuando calmó la tempestad, calmaba la tuya; cuando perdonó a Pedro, perdonaba a todos los penitentes. Si solamente supiéramos.

Él todavía manda palomas para convencer a los perdidos y música para inspirar la danza.

Todavía hace nuestras tormentas su camino, nuestras sepulturas su prueba y nuestras almas su pasión.

Él no ha cambiado.

Él corta ramas para que podamos dar más fruto;

Él llama a las ovejas de modo que podamos estar seguros;

Él escucha las oraciones de los ladrones,
de modo que podamos ir a casa.

Su trueno sigue siendo apacible.

Y su mansedumbre sigue tronando.

Si solamente supieras «lo que Dios da y quién es el que te está pidiendo ...»

El don y el Dador. Si los conocieras, sabrías todo lo que necesitas.

Guía de estudio

Cómo usar esta guía de estudio

Cada uno de estos breves estudios está preparado no solamente para ayudar a los lectores a asimilar y aplicar las ideas desarrolladas en *El trueno apacible* , sino también para señalarles la Escritura como fuente de estas ideas.

La primera sección de cada estudio, *Ecos del trueno* , extracta porciones de cada capítulo y provee preguntas para los grupos de estudio. La segunda sección,

Destellos del relámpago , ayuda a los lectores a cavar un poco más profundo dentro de la perspectiva de la Escritura en el tema bajo estudio.

Capítulo 1: Su voz, nuestra decisión

Ecos del trueno

1. «¿Cuánto quieres que Dios haga para prestarte atención? Si Él tuviera que escoger entre tu seguridad eterna y tu bienestar terrenal, ¿qué crees que escogería?»
 - A. Contesta las dos preguntas de Max que aparecen arriba.
 - B. ¿Hasta dónde has visto que ha ido Dios para lograr la atención de otros?

2. «Por todas sus peculiaridades y desigualdades, la Biblia tiene una historia sencilla. Dios hizo al hombre. El hombre rechazó a Dios. Dios no se dará por vencido hasta que traiga al hombre de vuelta a Él».
 - A. ¿Qué quiere decir Max por las «peculiaridades y desigualdades» de la Biblia?
 - D. Da varios ejemplos bíblicos de lo que Max describe aquí.

3. «Dios es tan creativo como inexorable. La misma mano que mandó maná a Israel, envió a Uza a la muerte. La misma mano que dejó libre a su pueblo de la esclavitud en Egipto, lo envió cautivo a Babilonia. Bondad y austeridad. Ternura y dureza».
 - A. ¿Cómo puede Dios ser al mismo tiempo tierno y duro? ¿Es Dios un esquizofrénico?
 - B. ¿En qué forma ha sido Dios «creativo» en tu vida? ¿Cómo has visto su bondad y su dureza?

4. «Dios susurrará. Gritará. Tocaré y forcejaré. Nos despojará de nuestras cargas; y aun nos quitará nuestras bendiciones. Si hay mil pasos entre nosotros y Dios, Él los dará todos, menos uno. A nosotros nos corresponderá dar el paso final. La decisión es nuestra».
 - A. ¿Cómo te hace sentir saber que Dios irá a tales extremos para recuperarnos? Explica.
 - B. ¿Qué es este «paso final» del que nos habla Max? ¿Qué elección has hecho tú? Explica.

Destellos del relámpago

1. Lee el Salmo 81:6–16 .

- A. ¿Cómo demuestra este pasaje la bondad y la dureza de Dios? ¿Qué acontecimientos describe este salmo?
 - B. Según este salmo, ¿cuál es el deseo principal de Dios para nosotros (analiza especialmente los versículos 10 , 13–14 , 16)?
2. Lee Romanos 11:22 .
 - A. ¿Qué dos cualidades contrasta Pablo en este versículo?
 - B. ¿Qué ejemplo usa Pablo para ilustrar lo que dice en este versículo?
3. Lee Juan 5:6 ; 9:35 ; 11:25–26 .
 - A. ¿Qué hace Jesús en cada uno de estos versículos? ¿Por qué lo hace?
 - B. ¿Qué elección le pediría Jesús que hicieras si hoy hablara contigo cara a cara?

Capítulo 2: El autor de la vida

Ecos del trueno

1. «El Autor comienza la historia de cada vida, pero cada vida escribirá su propio final».
 - A. ¿Qué quiere decir Max con la afirmación anterior?
 - B. ¿Qué clase de «final» escribes para tu historia?
2. «Amor es amor sólo si se escoge».
 - A. ¿Estás de acuerdo con esta afirmación? Sí o no, ¿por qué?
 - B. ¿Es el amor una simple elección o es algo más que eso? Explica.
3. «Emanuel se eruiría en la encrucijada de la vida y la muerte, y haría una decisión».
 - A. ¿Qué tipo de elección tuvo que hacer Emanuel? ¿Cómo te impacta ti?
 - B. ¿Cómo Emanuel hizo su elección? ¿Qué le dio la fuerza para hacerlo?

Destellos del relámpago

1. Lee Deuteronomio 30:15–20 .
 - A. ¿A qué elección tuvo que enfrentarse el pueblo de Israel? ¿En qué forma esta elección es similar a la que tenemos que enfrentar nosotros? ¿En qué es diferente?
 - B. ¿Qué fue lo que finalmente eligió la nación? ¿Cuáles fueron los resultados? ¿Puede esto ser un ejemplo para nosotros? Explica.

2. Lee 1 Juan 4:7–21 .
 - A. ¿Qué aprendiste en este pasaje sobre el amor? ¿Es una elección? ¿Cómo puedes decirlo?
 - B. ¿Cuál es el ejemplo primario de amor descrito en este pasaje (v. 10)? ¿Fue este amor elegido? Explica.

3. Lee Mateo 4:1–11 ; Lucas 22:39–44
 - A. ¿Qué elección tenía que hacer Emanuel en el pasaje de Mateo? ¿Cómo la hizo?
 - B. ¿Qué elección tenía que hacer Emanuel en el pasaje de Lucas? ¿Cómo la hizo?
 - C. ¿Cómo podemos seguir el ejemplo de Emanuel en las elecciones que tenemos que hacer?

Capítulo 3: El Perseguidor del cielo

Ecos del trueno

1. «El resto del mundo se ocupa de Alemania y Hitler. Cada titular de los periódicos informa de las acciones de Roosevelt y Churchill. El globo está enfrascado en una batalla por la libertad... y en el Pacífico, el Padre se ocupa de enviar una gaviota misionera para salvar un alma».
 - A. ¿Qué enseña este incidente acerca de Dios? ¿Cuán amplio es su campo visual?
 - B. ¿Qué clase de «gaviotas misioneras» ha enviado Dios a tu vida o a la de tus seres queridos? Descríbelos.

2. «Si alguien está en Cristo, es porque Él lo ha llamado».
 - A. ¿Estás de acuerdo con esta declaración? Sí o no, ¿por qué?
 - B. ¿Cómo te llamó Cristo?

3. «Lo que importa no es la circunstancia; lo que importa es Dios en la circunstancia. No son las palabras, sino que es Dios hablándolas».
 - A. ¿Qué piensas que Max quiso decir con esta declaración? ¿Qué trata de señalar?
 - B. Da un ejemplo de tu vida sobre la diferencia entre circunstancias y Dios en esas circunstancias.

4. «La cuna y la cruz eran tan comunes como el pasto. Lo que las hizo santas fue aquel que estuvo en ellas».
 - A. ¿En qué forma se hicieron «santas» la cuna y la cruz? ¿Qué sentido tiene que se hayan hecho santas?

- B. ¿Qué hace santas las cosas comunes hoy en día? ¿Qué está siendo santo en tu experiencia?

Destellos del relámpago

1. Lee Juan 4:4 .
 - A. ¿En qué se parece la historia de la mujer samaritana a una de unos pilotos de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial? ¿Qué similitudes ves?
 - B. ¿Por qué piensas que Jesús «tuvo» que ir a través de Samaria?

2. Lee Juan 6:37–40 , 44–45 .
 - A. Según estos versículos, ¿cómo viene la gente a Cristo?
 - B. ¿Qué promete Jesús en los versículos 39–40 ? ¿Es esta una promesa que puedes reclamar? Explique.

3. Lee Efesios 4:22–24 .
 - A. En este pasaje, ¿qué se nos ordena hacer? ¿Por qué?
 - B. ¿Como actúa la «santidad» en la vida diaria? Da algunos ejemplos.

Capítulo 4: Ven y compruébalo

Ecos del trueno

1. «¿Vale la pena estudiar la vida del joven carpintero de Nazaret?»
 - A. Responde la pregunta que hace Max, luego da una razón que respalde tu respuesta.
 - B. En tu opinión, ¿qué hay en la vida del «joven carpintero de Nazaret» que se considera más importante? ¿Por qué?

2. «Ven y comprueba la mano horadada de Dios tocando el corazón más humilde, enjugando las lágrimas del rostro arrugado y perdonando el pecado más horrible».
 - A. ¿Continúa hoy en día la «mano horadada de Dios» haciendo estas cosas? Si es así, ¿cómo?
 - B. Da algunos ejemplos de tu vida sobre cómo Cristo ha hecho las tres cosas incluidas en la anterior afirmación de Max.

3. «Ven y compruébalo. Él no evita a quienes indagan. No pasa por alto a quienes investigan. No teme a los que buscan. Ven y com—pruébalo».

- A. ¿Por qué Jesús «no evita a quienes indagan, no pasa por alto a quienes investigan, no teme a los que buscan»? ¿Qué fue lo que lo capacitó para vivir de esa manera?
- B. ¿Invitas hoy en día a la gente a «venir y comprobar» a Jesús? Explica.

Destellos del relámpago

1. Lee Hebreos 12:3 .
 - A. ¿A quién se nos pide que «consideremos» en este versículo? ¿Qué razón se da?
 - B. ¿En qué forma lo «consideras» a Él? ¿En qué forma esto te ayuda en tu vida diaria?
2. Lee Isaías 42:1–4 .
 - A. Confecciona una lista de las actividades del Mesías tal como aparece descrita en este pasaje.
 - B. ¿Cómo se comparan a esta lista las actividades de Jesús?
3. Lee Juan 1:43–46 .
 - A. ¿Qué ocurre en este pasaje? Descríbelo.
 - B. ¿Qué «método evangelístico» usa Felipe en este pasaje? ¿Puedes usar este método? Sí o no, ¿por qué?

Capítulo 5: Milagro a medianoche

Ecos del trueno

1. «Hicieron exactamente lo que Jesús les dijo, ¡y mira con lo que se encontraron! Una noche en el mar agitado por la tormenta con su Maestro en algún punto de la orilla».
 - A. ¿Cómo crees que se sentirían los discípulos en este momento? ¿Por qué?
 - B. ¿Te has sentido alguna vez así? Si es así, describe las circunstancias.
2. «Una cosa es sufrir cuando hacemos algo malo. Y otra muy diferente cuando sufrimos por hacer lo bueno. Pero sucede».
 - A. ¿En qué forma difiere sufrir por hacer algo malo que por hacer lo bueno? Ambos son sufrimientos, ¿no es cierto?
 - B. Si alguna vez has sufrido por hacer lo bueno, describe las circunstancias.

3. «Pero Dios estaba más interesado en que llegaran *preparados* que en que llegaran *pronto*».
 - A. ¿Qué quería decir en este caso que los discípulos llegaran «preparados»?
 - B. ¿En qué forma es este un buen resumen de la obra de Dios en nuestras vidas?

4. «Hay ciertas pasiones que sólo se aprenden con dolor. Y hay ocasiones cuando Dios, sabiendo eso, nos permite soportar el dolor por causa de la canción».
 - A. ¿Qué clase de «pasiones» se aprenden sólo por el dolor? ¿Por qué es el dolor el mejor maestro?
 - B. Describe un ejemplo en tu vida cuando Dios permitió que soportaras dolor «por causa de la canción».

5. «Tenemos nuestro tiempo de vacas gordas, pero también tenemos nuestro tiempo de vacas flacas. Y para tener lo primero debemos pasar por lo segundo».
 - A. ¿Estás de acuerdo con esta declaración? Sí o no, ¿por qué?
 - B. ¿Qué clase de «vacas gordas» has disfrutado? ¿Han venido casi siempre después de las «vacas flacas»? Explica.

Destellos del relámpago

1. Lee Juan 6:16–21 .
 - A. ¿En qué se parece esta experiencia con las que tenemos a veces?
 - B. ¿Cómo reaccionaron los discípulos cuando vieron a Jesús?
¿Reconocieron de inmediato que era Él? ¿Qué hicieron al descubrirlo?

2. Lee 1 Pedro 4:15–16 .
 - A. ¿Qué clase de sufrimiento describe este pasaje?
 - B. ¿Qué clase de sufrimiento no debería avergonzarnos? ¿Por qué?

3. Lee Hechos 14:21–22 .
 - A. ¿Qué hicieron Pablo y Bernabé en Listra, Iconio y Antioquía? ¿Cómo lo hicieron?
 - B. ¿Qué dijeron a los discípulos en el versículo 22 ? ¿Cómo podría esto realmente ser un estímulo?

Capítulo 6: El secreto del perdón

Ecos del trueno

1. «La lógica dice: “No se lo merece”. Jesús dice: “Tienes razón, pero tú tampoco”».
 - A. ¿Por qué la lógica dice «no se lo merece»? ¿Has pensado alguna vez de esa manera? Si es así, explica.
 - B. ¿Rechaza Jesús esta lógica? ¿Cómo reacciona a ella? ¿Por qué esto es importante?

2. «No podemos limpiar nuestra inmundicia. No podemos quitarnos nuestro pecado. Nuestros pies tienen que estar en sus manos».
 - A. ¿Por qué no podemos limpiar nuestra inmundicia?
 - B. ¿En qué sentido hoy nuestros pies deben estar «en sus manos»?

3. «Jesús asume el papel de siervo. Va a lavar las partes más sucias de tu vida. Si lo dejas».
 - A. ¿Crees que hoy en día Jesús aún asume el papel del siervo? Explica.
 - B. ¿Cómo lava Jesús las partes manchadas de nuestra vida? ¿Qué es necesario para que esto ocurra?

4. «Nunca estaremos limpios mientras no confesemos que estamos sucios».
 - A. ¿Por qué es necesario confesar que estamos «sucios»? ¿A qué se vincula esto?
 - B. ¿Has hecho tal confesión? Explica.

5. «Dios nunca nos pedirá hacer algo que Él ya no haya hecho».
 - A. ¿Estás de acuerdo con esta afirmación? Sí o no, ¿por qué?
 - B. ¿Cuál es la cosa más difícil que Dios te ha llamado a hacer? ¿Cómo sabes que Dios te ha hecho tal llamado? ¿Cómo puedes llevarlo a cabo?

Destellos del relámpago

1. Lee Juan 13:3–5 , 12–17 .
 - A. ¿Qué razón se da en el versículo 3 para lo que Jesús hizo? ¿Cuál es su importancia?
 - B. ¿Qué lección quería Jesús que aprendieran sus discípulos en los versículos 12–17 ? ¿Qué lección hay para nosotros?

2. Lee 1 Juan 1:8–10 .
 - A. ¿Cómo dice este versículo que a veces nos autoengañamos?
 - B. ¿Cómo podemos ser perdonados por nuestros pecados?
 - C. ¿En qué forma algunas personas dicen que Dios es mentiroso?

3. Lee 2 Tesalonicenses 2:13–17 .

- A. Según el versículo 13 , ¿cómo somos salvos?
- B. ¿Cuál es la oración de Pablo en los versículos 16–17 ? ¿Cómo se relaciona esto con los versículos 13–15 ?

Capítulo 7: El Pan de vida

Ecos del trueno

1. «Como es el pan para el hambre, así dijo Jesús que era Él para el alma».
 - A. ¿Qué hace el pan al hambriento?
 - B. ¿Qué afirma hacer Jesús por nuestra alma? ¿En qué forma quiere que lo veamos como pan?
2. «Así es Jesús. Se adapta para satisfacer nuestras necesidades».
 - A. ¿Cómo se adapta Jesús para satisfacer nuestra necesidad?
 - B. ¿Cómo se ha adaptado Jesús para satisfacer tu necesidad?
3. «Jesús experimentó cada parte del proceso de la elaboración del pan: creció, lo molieron, pasó por el fuego».
 - A. Describe el proceso por el cual pasó Jesús: «creció, lo molieron, pasó por el fuego».
 - B. ¿Por qué fue importante para Jesús pasar por estas etapas? ¿Por qué no eludió algunas o todas?
4. «No podemos forzar a la gente a comer el pan, pero sí podemos asegurarnos de que lo tengan. Sin embargo, por alguna razón, somos reacios a hacerlo. Es mucho más fácil quedarse en la panadería que subirse al camión de reparto».
 - A. ¿Cómo podemos asegurarnos que la gente tenga este «pan»? ¿Te has asegurado que lo tengan? Explica.
 - B. ¿Por qué es más fácil quedarse en la panadería? ¿Cómo podemos motivarnos para subir al camión de reparto?
5. «No sé qué es más increíble: que Dios empaque el pan de vida en la envoltura de un carpintero de pueblo, o que nos haya dado las llaves del camión de reparto».
 - A. ¿Cuál de estos dos factores es más increíble para ti? ¿Por qué?
 - B. ¿Qué haces con las llaves del camión de reparto? Explica.

Destellos del relámpago

1. Lee Juan 6:35–36 .

- A. ¿Qué demanda hizo Jesús en el versículo 35 ?
 - B. ¿Cuál es una posible reacción a la misma (versículo 36)?
2. Lee Isaías 55:1–3 .
- A. ¿Qué invitación se hace aquí? ¿En qué sentido es similar a lo que Jesús dijo en Juan 6 ?
 - B. ¿Cómo contestarías la pregunta del versículo 2 ?
 - C. ¿Qué se promete en los versículos 2b y 3 ?
3. Lee Lucas 24:25–26 .
- A. ¿A quién hablaba Jesús en este versículo? ¿Por qué crees que usó este tono con ellos?
 - B. ¿Qué explicó Jesús en el versículo 26 ? ¿Cómo ayuda esto a explicar lo que ocurrió en el Calvario?

Capítulo 8: Por más tiempo que la eternidad

Ecos del trueno

1. «Somos un mosquito en la cola de un elefante de una galaxia de Áfricas, y aun así te exigimos que nos consigas un parqueo cuando te lo pedimos».
 - A. ¿Qué quiere señalar Max en la declaración anterior?
 - B. ¿Te has encontrado alguna vez haciendo tal tipo de demanda? Si es así, describe las circunstancias. ¿Cómo te sientes ahora por haberlo hecho?

2. «Padre[...] Nuestra maldad no puede disminuir tu amor. Nuestra bondad no puede aumentarlo. Nuestra fe no lo gana ni nuestra estupidez lo pone en peligro».
 - A. ¿Por qué nuestra maldad no puede disminuir el amor de Dios? ¿Por qué no puede nuestra bondad aumentarlo?
 - B. Si nuestra fe no «gana» el amor de Dios, ¿cómo lo recibimos? ¿Por qué nuestra estupidez no pone en peligro ese amor?

3. «Dios no tiene primos, sólo hijos».
 - A. Explica esta declaración. ¿Qué significa?
 - B. ¿Por qué Dios no tiene primos, sólo hijos? ¿Qué tipo de gente quizás se sienta tentada a creer que son primos de Dios?

4. «Nada nos puede separar del amor de Cristo... pero cuán difícil es para algunas personas aceptar esta verdad».
 - A. ¿Por qué a veces nos es difícil aceptar el hecho que nada puede separarnos del amor de Cristo?

- B. ¿Cómo respondes a esta verdad? ¿Cómo te la recuerda? ¿Afecta esta verdad tu estilo de vida? Explica.

Destellos del relámpago

1. Lee Juan 13:1 .
 - A. ¿A qué hora se refiere este versículo? ¿Cómo lo sabía Jesús?
 - B. ¿Qué quería mostrar Jesús a sus discípulos? ¿Cómo lo haría?

2. Lee el Salmo 136 :
 - A. ¿Qué estribillo se repite en este salmo?
 - B. ¿Por qué es tan importante? ¿Cuál es la lección que enseña?

3. Lee Romanos 8:38 , 39 .
 - A. ¿Qué promesa da este pasaje?
 - B. Según este pasaje, ¿cómo nos ama Dios? ¿Por qué es tan determinante?

Capítulo 9: Lecciones desde el huerto

Ecos del trueno

1. «Si el momento no hubiera sido tan solemne, habría sido jocoso. Estos son los mejores soldados al servicio del mejor plan de Satanás; pero bastó una palabra de Jesús para que cayeran todos al suelo».
 - A. ¿En qué forma es este momento solemne? ¿En qué forma pudo haber sido jocoso?
 - B. ¿Qué crees que pasó por la mente de Satanás en este momento? ¿Qué habrá pensado Judas?

2. «No pases por alto el simbolismo que tenemos aquí: Cuando Jesús habla, Satanás cae derribado».
 - A. ¿En qué manera esta declaración es un principio espiritual?
 - B. ¿Has visto alguna vez este principio obrando en la vida de tu familia o de tu iglesia? Si ha sido así, explica.

3. «Cuando Jesús dice que Él te guardará seguro, es porque lo hará. El infierno tendría que pasar a través de Él para que llegara a ti».
 - A. ¿Cómo te hace sentir esta afirmación? ¿Por qué?
 - B. Hasta ahora, ¿en qué forma Jesús te ha mantenido seguro?

4. «Te voy a mostrar la forma de hacerlo y tú llenarás los espacios en blanco.
»Precioso Padre, alabo tu nombre. Tú has recuperado mucho en mi vida. Estaba perdido y tú me encontraste. Estaba confundido y tú me guiaste. No tenía nada que ofrecerte, pero aun así me amaste.
Te confieso que sigo estando en necesidad. Hay una parte de mi vida que necesita que la toques. Satanás está tratando de conquistar un huerto en mi corazón. No le permitas que triunfe. Échalo fuera. Él es un mentiroso y lo ha sido desde el principio. Por favor, derrótalo. Te daré la gloria.
»Esta es el área donde necesito fortaleza_____».
- A. Responde a la oración sugerida por Max en la forma que te sea más apropiada.

Destellos del relámpago

1. Lee Juan 18:1–9 .
- A. ¿Quién pareciera estar a cargo de este acontecimiento? ¿Por qué lo crees así?
- B. ¿En qué manera los acontecimientos del huerto fueron un cumplimiento de las profecías (véase especialmente el versículo 9)?
2. Lee Efesios 6:10–13 .
- A. ¿Qué se nos dice que hagamos en los versículos 10 y 11 ? ¿Qué motiva tal mandato?
- B. ¿Qué clase de dificultad vemos (versículo 12)? ¿Cómo esto debería cambiar nuestra estrategia?
3. Lee 2 Timoteo 4:16–18 .
- A. ¿Qué le ocurrió a Pablo?
- B. ¿Quién fue el único que quedó al lado de Pablo? ¿Por qué lo hizo?
- C. ¿Cuál es la promesa del versículo 18 ?

Capítulo 10: Qué hacer con los cumpleaños

Ecos del trueno

1. «Cuando eres joven, pasas mucho tiempo haciéndole muecas al espejo. Cuando eres viejo, el espejo se desquita».
- A. ¿Te vengas de tu espejo?
- B. ¿Cómo crees que muchas personas se sienten al envejecer?
¿Cuando finalmente empiezan a darse cuenta que un día van a tener que enfrentar la muerte?

2. «¿Es la muerte dormirse? ¿O es despertarse?»
 - A. ¿Cómo responderías estas preguntas de Max?
 - B. ¿Cómo crees que la mayoría de tus amigos ven la muerte?

3. «Para Dios, la muerte no es una tragedia. En la economía de Dios, el fin del cuerpo es el comienzo de la vida».
 - A. ¿Por qué Dios ve la muerte en forma diferente a como la vemos nosotros?
 - B. ¿Cómo el final del cuerpo es el comienzo de la vida? ¿Qué respaldo bíblico puedes citar para este punto de vista?

4. «Al llamarnos a casa, Dios hace lo que cualquier padre haría. Proveernos un lugar mejor para descansar».
 - A. ¿Por qué el cielo es un mejor lugar para descansar que el que tenemos ahora?
 - B. ¿Dónde esperas descansar después de finalizado tu tiempo en la tierra? Explica.

5. «A menudo pienso que es curioso la poca gente que resucitó Jesús de la muerte[...] ¿Sería porque una vez que alguien está allí, al último lugar que le gustaría volver es aquí?»
 - A. ¿Qué piensas de la pregunta que hace Max? ¿Cómo responderías?
 - B. Imagínate que fueras a morir esta noche. ¿Te gustaría que a los cuatro días te trajeran de nuevo a vivir a esta tierra? Explica.

Destellos del relámpago

1. Lee Juan 14:1–3 .
 - A. ¿Qué ordena Jesús en el versículo 1 ? ¿Qué razón da para que se cumpla la orden?
 - B. ¿Qué promesa da Jesús en los versículos 2–3 ?

2. Lee Lucas 12:37–38 .
 - A. En este pasaje, ¿a qué compara Jesús su regreso?
 - B. ¿Qué promesa nos hace?

3. Lee Isaías 57:1 , 2 y Salmo 116:15 .
 - A. Según Isaías, ¿por qué a veces Dios lleva a gente buena de vuelta a casa «temprano»? ¿Cuál es el beneficio que reciben?
 - B. Según el salmista, ¿cómo ve Dios la muerte de sus hijos? ¿Cómo puede él verlo de ese modo?

Capítulo 11: Música para el baile

Ecós del trueno

1. «Nosotros los cristianos tenemos la tendencia de seguir el libro mientras olvidamos la música».
 - A. ¿Qué quiere decir Max con esta afirmación?
 - B. ¿Tienes la tendencia de cometer este error? Sí o no, ¿por qué?

2. «De las tres personas de la Deidad, el Espíritu Santo es el que menos conocemos».
 - A. ¿Estás de acuerdo con esta afirmación? Sí o no, ¿por qué?
 - B. ¿Cuán bien crees que entiendes al Espíritu Santo? ¿Dónde consigues tu información?

3. «Emoción sin conocimiento es tan peligroso como conocimiento sin emoción. Dios procura un equilibrio».
 - A. ¿Por qué la emoción es peligrosa sin el conocimiento? ¿Por qué el conocimiento es peligroso sin la emoción?
 - B. ¿Cómo puedes establecer un equilibrio entre emoción y conocimiento?

Destellos del relámpago

1. Lee Juan 16:7–15 ; 14:17 ; 4:24
 - A. ¿Qué aprendes sobre el Espíritu Santo en Juan 16:7–15 ?
 - B. ¿Qué aprendes sobre el Espíritu Santo en Juan 14:17 ?
 - C. ¿Qué aprendes sobre la obra del Espíritu Santo en Juan 4:24 ?

2. Lee Romanos 8:10–12
 - A. ¿Qué obra del Espíritu Santo se describe en el versículo 11 ?
 - B. Debido a que esto es cierto, ¿a qué estamos obligados (versículo 12)?

3. Lee Hechos 5:3 , 4 ; Efesios 4:30 ; Hebreos 10:29 .
 - A. ¿Cómo demuestra el pasaje de Hechos que el Espíritu Santo es una persona?
 - B. ¿Cómo demuestra el pasaje de Efesios que el Espíritu Santo es una persona?
 - C. ¿Cómo demuestra el pasaje de Hebreos que el Espíritu Santo es una persona?

Capítulo 12: Una clase diferente de héroe

Ecos del trueno

1. «¿No nos alegra que Cristo no se haya llamado el Buen Vaquero?»
 - A. ¿Cuál es la diferencia principal entre un pastor y un vaquero?
 - B. ¿Te alegra que Jesús no se haya llamado el Buen Vaquero? Explica.

2. «No necesitamos un vaquero que nos arree; necesitamos un pastor que nos cuide y nos guíe».
 - A. ¿Conoces a alguien que vea a Dios como un vaquero en lugar de pastor? Si lo conoces, descríbelo.
 - B. ¿Te has sentido alguna vez como si alguien con autoridad te «arreara» en lugar de «pastoreara»? Si ha sido así, ¿cuál fue la diferencia? ¿Cómo te sentiste?

3. «Él guía, alimenta y cura. Y la Palabra dice que no nos dejará hasta que lleguemos a casa».
 - A. ¿Cómo nos guía Jesús hoy en día? ¿Cómo nos alimenta? ¿Cómo nos cura?
 - B. ¿Cómo sabes que Él no nos «dejará hasta que lleguemos a casa»? ¿Cuál es la casa de que se habla aquí?

Destellos del relámpago

1. Lee Juan 10:1–16 .
 - A. ¿Qué lecciones trataba de enseñar Jesús a sus discípulos en los versículos 1–5 ? ¿Lo entendieron?
 - B. ¿Cómo explicó Jesús la lección en los versículos 7–16 ?

2. Lee Salmo 23:1–4 ; 79:13 ; 80:1 ; 95:7 ; 100:3 .
 - A. ¿Cómo estructuró Jesús su sermón en Juan 10 sobre todos estos pasajes?
 - B. ¿Qué implicaciones hacía Jesús?

3. Lee 1 Pedro 2:25 ; Hebreos 13:20 .
 - A. ¿Cómo describe Pedro al Señor?
 - B. ¿Cómo describe el autor de Hebreos al Señor?

Capítulo 13: Sostenidos por su mano

Ecos del trueno

1. «No puedo decirte las veces que he esperado dar contra el fondo sólo para encontrarme suspendido en el aire, sostenido por un par de manos horadadas».
 - A. Si has tenido alguna vez una experiencia como la que Max mencionó, descríbela.
 - B. ¿Cómo nos da la seguridad de saber que tenemos esa clase de Dios?

2. «Aunque no veas a tu guía, lo conoces. Sabes que es fuerte. Y que es capaz de guardarte de las caídas».
 - A. ¿Cómo puedes conocer a tu guía sin verlo?
 - B. ¿Cómo sabes que Dios es capaz de guardarte de caídas?

3. «Estás a pocos pasos de la cima. De modo que lo que sea que tengas que hacer, hazlo. Aunque tu caída sea grande, las fuerzas de tu guía son más grandes. Lo *lograrás* ».
 - A. Si has conocido a alguien que sintió la tentación de detenerse a sólo unos pasos de la cima, describe lo sucedido.
 - B. ¿Qué te puede tentar a detenerte cuando estás a unos pasos de la cima? ¿Cómo puedes vencer esas tentaciones?

Destellos del relámpago

1. Lee Juan 10:28–30 .
 - A. En el versículo 28 , ¿qué dice Jesús que hace? ¿Qué dice que nadie puede hacer?
 - B. ¿Qué dice Jesús en los versículos 29–30 y cómo respaldas el versículo 28 ?

2. Lee Judas 24–25 .
 - A. ¿Cuál es la promesa del versículo 24 ?
 - B. ¿Cuál debería ser nuestra reacción (versículo 25)?

3. Lee Filipenses 1:6 .
 - A. ¿Quién comenzó en ti «una buena obra»?
 - B. ¿Qué más hará Él? ¿Cuándo quedará terminada esta obra?

Capítulo 14: Una historia de Cenicienta

Ecos del trueno

1. «Dios entre dos ladrones. Exactamente el lugar donde Él quiere estar».

- A. ¿Por qué Dios querría estar entre dos ladrones?
 - B. ¿En qué forma Dios aún quiere estar entre dos ladrones?
2. «El pecado no es un desafortunado desliz ni un acto lamentable; es una actitud de desafío contra un Dios santo».
- A. ¿Cómo la gente con la que trabajas define el pecado? ¿Cómo lo definen tus vecinos?
 - B. ¿De qué forma cada pecado es un acto de desafío contra un Dios santo?
3. «El que no tenía pecado llegó a ser lleno de pecado. El que estaba lleno de pecado llegó a ser sin pecado. Es el cambio más excepcional de toda la eternidad».
- A. ¿Por qué Max lo llama el «cambio más excepcional de toda la eternidad»? ¿Cuándo ocurrió este cambio?
 - B. ¿Entendemos a cabalidad este cambio? Explica. ¿Qué misterio aún queda?
4. «Jesús dio más que un beso: dio su belleza. Hizo más que una visita: pagó por nuestras faltas. Eso llevó más de un minuto: llevó nuestros pecados».
- A. ¿En qué forma fue similar el acto de Jesús con el de la mujer que representó a Cenicienta? ¿En qué forma fue diferente?
 - B. ¿Cómo pagó Jesús por nuestras faltas? ¿Cómo llevó nuestros pecados? ¿Por qué lo hace?

Destellos del relámpago

1. Lee Lucas 23:39–43 .
 - A. ¿En qué se diferenciaron las respuestas que dieron los dos ladrones?
 - B. ¿Qué pidió uno de ellos? ¿Qué respuesta obtuvo?
2. Lee Salmo 51:1–4 .
 - A. ¿Qué pidió David en los versículos 1–2 ?
 - B. ¿Qué confesión hizo en los versículos 3–4 ? ¿Por qué es especialmente importante el versículo 4 ?
3. Lee 2 Corintios 5:19 , 21 .
 - A. ¿Cuál es el «mensaje de reconciliación» ¿Quién lo da?
 - B. ¿Qué cambio se detalla en el versículo 21 ? ¿Cómo se resume el evangelio?
4. Lee Isaías 53:4–6 .
 - A. ¿A quién se describe en los versículos 4–5 ? ¿Qué hizo Él?

- B. ¿Cómo nos describe el versículo 6 ? ¿Cómo se relaciona con los versículos 4–5 ?

Capítulo 15: El predicador de las malas noticias

Ecos del trueno

1. «La fidelidad de Dios nunca ha dependido de la fidelidad de sus hijos. Él es fiel aunque nosotros no lo seamos».
 - A. ¿Por qué la fidelidad de Dios no depende de nuestra fidelidad?
 - B. Describe un tiempo en tu vida cuando esta verdad se puso de manifiesto.

2. «Aunque la respuesta de orar está ahí, a su lado, ni siquiera ora».
 - A. ¿Por qué crees que los discípulos fallaron en preguntar a Jesús que hiciera algo en su lugar?
 - B. ¿En qué forma a veces somos como los discípulos?

3. «Simplemente creo que Dios es más grande que nuestra debilidad. En realidad, creo que es nuestra debilidad la que revela cuán grande es Dios».
 - A. ¿Cómo nuestra debilidad revela lo grande que es Dios?
 - B. ¿Cómo ha mostrado Dios su grandeza a través de nuestra debilidad?

4. «Si Jesús hubiera actuado de acuerdo a la fe de sus discípulos, la multitud se habría ido sin comer. Pero no lo hizo, ni lo hace. Dios es verdad para nosotros aun cuando nos olvidemos de Él».
 - A. ¿Por qué crees que a veces Dios decide actuar según nuestra fe y otras veces no?
 - B. Describe algún momento en tu vida cuando Dios fue una verdad a pesar de que quizás lo hayas olvidado.

Destellos del relámpago

1. Lee Juan 6:5–13 .
 - A. ¿Qué preguntó Jesús en el versículo 5 ? Según el versículo 6 , ¿por qué hizo esa pregunta?
 - B. ¿Cuál es la lección principal de los versículos 7–13 ?

2. Lee 2 Corintios 12:9–10 .
 - A. ¿Qué demanda hizo Dios en el versículo 9 ?
 - B. ¿Cómo respondió Pablo a esa demanda en el versículo 10 ?

3. Lee 2 Timoteo 2:13 .
 - A. ¿Qué ocurre cuando, según este versículo, somos «infieles»?
 - B. ¿Por qué sucede esto? ¿Qué significado tiene?

Capítulo 16: El último testigo

Ecos del trueno

1. «"Los muertos sólo oyen la voz de Dios", dijo Lázaro. "Yo oí la voz de Dios?"»
 - A. ¿Cómo puede un hombre muerto oír a alguien?
 - B. ¿Cómo supo Lázaro que la voz que oyó era la de Dios?
 - C. ¿En qué forma los «hombres muertos» aún oyen hoy en día la voz de Dios?
2. Jesús dijo: «Voy a hacer por él lo mismo que hice por ellos. Le daré gozo, fuerzas, sanidad, vista, seguridad, alimentación, nueva vida».
 - A. ¿Nos da todavía Jesús gozo, fortaleza, sanidad, vista, seguridad, alimentación y nueva vida? Si es así, ¿cómo?
 - B. ¿Cuál de estos dones señalados es más importante para ti? Explica por qué.
3. «El Maestro ha ofrecido hacer por ti lo mismo que hizo por los demás. Él traerá vino a tu mesa, vista a tus ojos, fuerzas a tus pasos y, lo más importante, poder sobre la tumba. Él hará por ti lo que hizo por ellos. El Juez ha dado su bendición. Lo demás depende de ti».
 - A. Nombra algún versículo de la Escritura donde Dios te ofrece las cosas que aparecen enumeradas arriba.
 - B. ¿Cuál es la elección que debes hacer? ¿Qué has elegido? ¿Por qué lo hizo?

Destellos del relámpago

1. Lee Juan 20:19–31 .
 - A. Según este versículo, ¿quién es especialmente bendecido? ¿Por qué?
 - B. ¿Cuál fue el propósito de escribir los milagros de Jesús? ¿Han tenido el mismo objetivo en ti? Sí o no, ¿por qué?
2. Lee Lucas 3:21–22 .
 - A. ¿Qué ocurrió según lo descrito en este pasaje?
 - B. ¿Por qué esto es tan crucial a todo lo que ocurriría después?

3. Lee Efesios 2:1–5 .
 - A. Según los versículos 1–3 , ¿cómo describiríamos nuestros días antes de ser cristianos?
 - B. ¿Cómo cambió nuestro estado según describen los versículos 4–5 ?
¿Qué motivó este cambio?

Capítulo 17: Al revés

Ecos del trueno

1. «Un gato que camina en dos patas sigue siendo un gato. Lo mismo es cierto con las personas».
 - A. ¿Qué quiere decir Max con esta afirmación?
 - B. ¿Significa que ni siquiera Dios puede cambiar nuestra naturaleza básica? Explica.
2. «Según la Biblia, hay una cosa que no podemos cambiar: nuestro estado pecaminoso».
 - A. ¿Por qué no podemos autocambiar nuestro estado pecaminoso?
 - B. ¿Significa esto que tenemos que luchar con ese estado pecaminoso toda nuestra vida? Explica.
3. «Es a través del dolor de Dios que nacemos. No es por nuestro esfuerzo, sino por el de Dios. No es por nuestra sangre derramada, sino por la suya».
 - A. ¿Cómo se «duele» Dios a través de nuestro nacimiento espiritual?
 - B. ¿En qué forma nuestra salvación es el esfuerzo de Dios? ¿La sangre de quién se derramó para ganar nuestra salvación? ¿Cómo «obra» esto?
4. «Dios es tan cortés como apasionado. Él nunca fuerza la entrada a nadie. La decisión es de ellos».
 - A. ¿Estás de acuerdo con esta afirmación? Sí o no, ¿por qué?
 - B. ¿Ha irrumpido Dios alguna vez en nuestras vidas sin pedírselo? ¿Qué ocurrió en la vida de Saulo (que llegó a ser el apóstol Pablo) según se describe en Hechos 9:1–17 ?
5. «La primera vez no tuviste que decidir si nacías o no; esta vez sí tienes que hacerlo».
 - A. ¿Qué decisión has hecho para nacer una segunda vez?
 - B. ¿Qué te hizo tomar esta decisión?

Destellos del relámpago

1. Lee Juan 3:3–8 , 14–18 .
 - A. Según este pasaje, ¿cuál es el único camino para entrar en el Reino de Dios? ¿Qué significado tiene?
 - B. ¿Qué ilustración da Jesús en los versículos 14–18 ? ¿Cómo esta ilustración ayuda a explicar lo que iba a hacer?

2. Lee 2 Corintios 6:1–2 .
 - A. ¿Qué significa «recibir la gracia de Dios en vano»? ¿Cómo es posible esto?
 - B. Según el versículo 2 , ¿cuándo es el mejor tiempo para ser salvo?

3. Lee Gálatas 3:13–14 .
 - A. ¿Cómo nos redimió Cristo de la maldición? ¿Qué significa ser redimido de la maldición?
 - B. Según el versículo 14 , ¿por qué nos redimió?

Capítulo 18: El hombre ¡Ah-Uf!

Ecos del trueno

1. «Ahora Bob podría tener cualquier color, en cualquier momento y así agradar a todos».
 - A. Si te pidieran que con una sola palabra describieras a Bob, ¿cuál escogerías? ¿Por qué?
 - B. ¿Por qué a veces sentimos la tentación de actuar como Bob?

2. «A todos agradaba porque creían que era como ellos».
 - A. ¿Por qué queremos a los que parecen ser como nosotros?
 - B. ¿Cuál es la enorme trampa oculta en esta clase de actitud?

3. «“Yo no busco la aprobación de la gente”», dijo el hombre».
 - A. ¿A quién representa este hombre? ¿Qué piensas de eso?
 - B. ¿De quién buscas aprobación? ¿Por qué?

4. «“Estoy aquí para demostrar a todos que no tienen que complacer a la gente”», dijo el hombre. «"Estoy aquí para decir la verdad"».
 - A. ¿Has sentido alguna vez como que has tenido que complacer a la gente? Si ha sido así, ¿por qué?
 - B. ¿Cuál es la mejor forma de recordarnos que no tenemos que complacer a los demás?

Destellos del relámpago

1. Lee Juan 8:39–47 .
 - A. ¿Qué verdad les dijo Jesús a los fariseos? ¿Cómo reaccionaron ellos?
 - B. Según el versículo 47 , ¿por qué los fariseos no creían en Jesús?

2. Lee Gálatas 4:16–18 .
 - A. ¿Qué pregunta hizo Pablo en el versículo 16 ? ¿Cómo puede esto ser posible?
 - B. Según los versículos 17–18 , ¿por qué Pablo les dijo la verdad?

3. Lee Gálatas 1:10 .
 - A. ¿Qué pregunta Pablo aquí?
 - B. ¿Qué respuesta da a su propia pregunta? ¿Qué implicaciones tiene esto para nosotros?

Capítulo 19: Calamidades en la escala común

Ecos del trueno

1. «Simplemente evaluó el problema y se lo llevó a Cristo».
 - A. ¿Por qué es importante evaluar un problema? ¿Cómo evalúas los problemas en tu vida?
 - B. ¿Qué significa «llevar un problema a Cristo»? ¿Cómo haces esto en sentido práctico?

2. «¿Qué nos hace pensar en la oración como la última opción, en lugar de la primera?»
 - A. ¿Cómo responderías la pregunta de Max?
 - B. ¿Cuán pronto piensas en la oración cuando se presenta algún problema? ¿Estás satisfecho con eso? Sí o no, ¿por qué?

3. «Su madurez y movilidad es buena y necesaria, pero espero que nunca lleguen al punto de que estén demasiado crecidas como para no llamar a papá».
 - A. ¿En qué forma esta afirmación puede ser un reflejo de los pensamientos de Dios sobre nosotros?
 - B. ¿Has conocido alguna vez a alguien que pensaba que era «demasiado grande» para Dios? Si es así, explica.

4. «Nota que el agua se convirtió en vino *después* que obedecieron, no antes».
 - A. ¿Por qué es importante que el agua se transformase en vino después que los hombres obedecieron?

- B. ¿Cómo se ajusta esto a nosotros hoy en día?

Destellos del relámpago

1. Lee Juan 2:1–11 .
 - A. Según el versículo 5 , ¿cuál fue la instrucción que dio María? ¿Por qué crees que hizo eso?
 - B. Según el versículo 11 , ¿cuál fue el propósito para esta demostración?

2. Lee el Salmo 50:15–21 .
 - A. ¿Qué nos dice el versículo 15 que hagamos? ¿Qué promete Dios hacer? ¿Cuál debe ser nuestra respuesta?
 - B. ¿A quién va dirigida esta promesa? ¿Cómo lo expresan los versículos 16–21 ?

3. Lee 1 Samuel 15:22–23a .
 - A. ¿Qué pregunta se hace en el versículo 22a ? ¿Cuál es la respuesta según el versículo 22b ?
 - B. ¿A qué se compara la desobediencia en el versículo 23 ? ¿Por qué esto es importante?

Capítulo 20: Tu lugar en la banda de Dios

Ecos del trueno

1. «Las Martas son las ardillas incansables de la iglesia. Se mantienen moviéndose, moviéndose, moviéndose».
 - A. ¿Te pareces más a Marta, o a María, o a Lázaro? Explica.
 - B. Describe algo de las Martas de tu iglesia.

2. «Las Marías tienen el don de la alabanza. No sólo cantan; adoran. No simplemente asisten a la iglesia; van para ofrecer alabanza. No sólo hablan de Cristo; irradian a Cristo».
 - A. ¿Cuál es la diferencia entre cantar y adorar? ¿Entre asistir a la iglesia y alabar? ¿Entre hablar acerca de Cristo e irradiar a Cristo?
 - B. Describe algunas de las Marías de tu iglesia.

3. «Las Marías necesitan recordar que servicio es adoración. Las Martas necesitan recordar que adoración es servicio. ¿Y Lázaro? Necesita recordar que no todos pueden tocar la trompeta».

- A. ¿Cómo el servicio puede ser adoración? ¿Cómo la adoración puede ser servicio?
 - B. ¿Puedes «tocar la trompeta»? Sí o no, ¿por qué? Si no, ¿quién, según sepas, puede hacerlo? Explica.
4. «¿Estás cerca de Cristo pero en tu corazón estás lejos de Él? ¿Estás en la cena con un alma agria? ¿Estás siempre criticando los dones de los demás sin que ni siquiera una vez des de ti? ¿Te estás beneficiando de la iglesia sin nunca darle nada? ¿Das miserablemente mientras otros dan con sacrificios? ¿Eres un Judas?»
- A. ¿Cómo contestarías las seis preguntas anteriores?
 - B. ¿Estás satisfecho con la forma en que actúas en la banda de Dios? Sí o no, ¿por qué?

Destellos del relámpago

1. Lee Juan 12:1–6 .
 - A. ¿Qué hizo María en este pasaje? ¿Por qué lo hizo?
 - B. ¿Cómo reaccionó Judas? ¿Por qué reaccionó así?
 - C. ¿Cuál se supone que es la lección para nosotros?
2. Lee Lucas 10:38–42 .
 - A. ¿Cuál fue la queja de Marta? ¿Qué la provocó?
 - B. ¿Cómo reaccionó Jesús? ¿Qué principio dejó establecido?
3. Lee Romanos 12:4–8 .
 - A. ¿Qué nos enseña este pasaje acerca de la unidad? ¿Qué nos enseña acerca de la diversidad? ¿Qué nos enseña acerca de las relaciones entre ambos?

Capítulo 21: Amor extravagante

Ecos del trueno

1. «Jesús reduce el número de problemas de la vida a dos. O nos esforzamos por la comida que se echa a perder, o nos esforzamos por la que permanece».
 - A. ¿Cómo te esfuerzas por la comida que se echa a perder? ¿Qué clase de comida es esta?
 - B. ¿Cómo te esfuerzas por la comida que permanece? ¿Qué clase de comida es esta?

2. «Sé que Él dijo la daría, pero hablando con sinceridad, ¿cómo vamos a pagar ese pan? ¿Cómo nos vamos a ganar esa comida? ¿Cuánto tiempo tenemos que permanecer esperando en la cafetería para conseguir la comida eterna?»
 - A. ¿Te has encontrado alguna vez pensando en las líneas descritas arriba? Si ha sido así, explica.
 - B. ¿Por qué sentimos a menudo la tentación de tratar de pagar por la gracia? ¿Por qué esto es imposible?

3. «¿Has pensado alguna vez cuán ofensivo es para Dios cuando tratamos de pagar su bondad?»
 - A. Responde la pregunta de Max.
 - B. ¿Por qué esto es un insulto?

4. «Sin Cristo no eres santo. Entonces, ¿cómo puedes ir al cielo? Solamente creyendo».
 - A. ¿Por qué sin Cristo no somos santos?
 - B. ¿Cómo nos hace santos Cristo? ¿Te ha hecho santo? Explica.

Destellos del relámpago

1. Lee Juan 6:26–29 .
 - A. ¿Qué mandamiento da Cristo en el versículo 27 ?
 - B. Según el versículo 28 , ¿cómo reaccionaron sus oyentes?
 - C. ¿Cuál es la respuesta que Jesús les da en el versículo 29 ? ¿Qué resulta singular en esta respuesta?

2. Lee Hebreos 12:14–17 .
 - A. ¿Qué mandamiento se nos da en el versículo 14 ? ¿Qué advertencia se nos hace?
 - B. ¿Qué obra externa práctica de este mandamiento se describe en los versículos 15–17 ? ¿Cómo se relacionan con el versículo 14 ?

3. Lee Hechos 17:24–31 .
 - A. ¿Qué dice Pablo a sus oyentes acerca de Dios en el versículo 25 ? ¿Por qué es importante?
 - B. ¿Cuál es el deseo de Dios según se expresa en el versículo 27 ?
 - C. ¿Cuál es la demanda de Dios en el versículo 30 ?
 - D. ¿Cuál es la advertencia en el versículo 31 ?

Capítulo 22: El más acariciado sueño de Dios

Ecos del trueno

1. «Las sospechas y las desconfianzas acechan en la mesa de Dios[...] Alrededor de la mesa los hermanos riñen y el Padre suspira».
 - A. ¿Por qué la sospecha y la desconfianza a menudo acechan la mesa de Dios?
 - B. ¿Cómo has visto que los «hermanos riñen»? ¿Por qué suspira el Padre?

2. «En ninguna parte de la Biblia se nos dice que edifiquemos la unidad. Simplemente se nos dice que mantengamos la unidad que ya existe».
 - A. ¿Por qué la Biblia no nos pide que edifiquemos unidad?
 - B. ¿Cómo podemos mantener la unidad los unos con los otros?

3. «Nosotros los cristianos ya no nos conocerían por lo que nos divide, sino que se nos conocería por lo que nos une: nuestro Padre común».
 - A. ¿Crees que a los cristianos se nos conoce por lo que nos divide? Explica tu respuesta.
 - B. ¿Cómo podríamos llegar a ser conocidos por lo que nos une? ¿Qué tendríamos que hacer? ¿Qué tendríamos que cambiar?

Destellos del relámpago

1. Lee Juan 17:20–23 .
 - A. ¿Cuál es la exigencia fundamental de Jesús en este pasaje?
 - B. Según el versículo 23 , ¿por qué hace esta exigencia?

2. Lee Efesios 4:2–13 .
 - A. ¿Qué mandamientos se nos dan en los versículos 2–3 ?
 - B. ¿Qué bases para estos mandamientos se nos da en los versículos 4–11 ?
 - C. Según la descripción hecha en los versículos 12–13 , ¿cuál es el propósito de estos mandamientos?

3. Lee 1 Juan 3:11–18 .
 - A. ¿Qué mandamiento se da en el versículo 11 ?
 - B. ¿Qué ejemplo negativo aparece en el versículo 12 ? ¿En qué sentido esto es importante?
 - C. Según los versículos 13–18 , ¿cómo hace Juan de la unidad un asunto práctico?

Capítulo 23: A veces, Dios se preocupa de nimiedades

Ecos del trueno

1. Dios «quiere encontrar cualquier cosa que impida nuestro crecimiento. Jesús se define como un buen labrador que corta y poda la vid».
 - A. ¿Qué cosas son las que con más frecuencia impiden su crecimiento?
 - B. ¿Cómo Dios corta y poda las vides en tu vida?

2. «Sin duda has visto labradores reacomodando una planta y a lo mejor has visto a Dios reacomodando una vida».
 - A. ¿Cómo reacomodan una planta los labradores? ¿Qué hacen?
 - B. ¿En qué se parece a esto el trabajo de Dios? ¿Qué similitudes ves?

3. «No se puede dar frutos a la fuerza. Por eso, en ninguna parte de este pasaje te dice Jesús que vayas y produzcas fruto».
 - A. ¿Sabes de alguien que sienta que debe producir frutos a la fuerza en su vida? ¿Por qué crees que lo piensa? ¿Qué debes decirle?
 - B. Si Jesús no nos pide que produzcamos fruto, ¿qué nos dice que tenemos que hacer? ¿Cómo lo hacemos?

4. «¿Nuestra tarea? Está claro. Permanecer en la vid. Mientras lo hagamos, produciremos fruto».
 - A. ¿Qué haces para permanecer en la vid? ¿Qué es lo que quiere alejarte de la vid?
 - B. ¿Qué clase de fruto das cuando estás en la vid? ¿Qué pasa cuando te alejas de la vid?

5. «Ahora mismo, algunos de vosotros escucháis el zip-zip-zip de sus tijeretazos. Duele. Pero ánimate. Cuando todo termine, serás mejor».
 - A. ¿Qué tipo de poda necesitas más en tu vida en este momento? ¿Por qué lo dices?
 - B. ¿Te das cuenta que lo que Dios hace en tu vida te ayuda a soportar el dolor de la poda? Explica.

Destellos del relámpago

1. Lee Juan 15:1–8 .
 - A. ¿En qué forma Dios se parece a un labrador?
 - B. ¿En qué forma Jesús se parece a una vid?
 - C. ¿En qué forma nos parecemos a las ramas?

2. Lee Gálatas 5:22–23 .
 - A. ¿Qué clase de fruto le interesa más a Dios?
 - B. ¿Tienes esa clase de fruto? Sí o no, ¿por qué?

3. Lee Hebreos 12:11 .
 - A. ¿Qué admite este versículo en relación con la disciplina?

- B. ¿En qué forma nos alienta a seguir adelante?

Capítulo 24: La parábola del anuncio tipo sándwich

Ecos del trueno

1. «Se pueden parar junto al camino y advertir a los conductores no doblar hacia la izquierda».
 - A. ¿A quiénes representan los hombres de esta parábola?
 - B. ¿Qué se les ha dicho que hagan? ¿Por qué?

2. «Cientos de vidas se salvaron debido a los tres hombres que pusieron los anuncios sobre sus hombros. Gracias a que hicieron su trabajo, muchos se libraron de perecer».
 - A. ¿Con cuál de los tres hombres te identificas más fácilmente? ¿Por qué?
 - B. ¿Cómo mantenemos a la gente alejada del peligro en nuestro mundo?

3. «El primer hombre empezó a dormirse[...] El segundo no se cansó, pero sí se llenó de presunción[...] El tercer hombre[...] empezó a preocuparse por lo que decía su anuncio[...] Le preocupó que su mensaje fuera tan parco, tan dogmático».
 - A. ¿Cuál de los tres problemas de los hombres te podría preocupar más? ¿Por qué?
 - B. ¿Cómo ayudarías a alguien a superar cada uno de los tres problemas enumerados?

4. «Debido a que el primer hombre se durmió, el segundo se paró delante de su letrero, y el tercero alteró el mensaje, un automóvil tras otro cayeron al río».
 - A. ¿Cuál fue el resultado del fracaso de estos hombres en hacer su trabajo?
 - B. ¿Qué lección nos enseña esta parábola? ¿Es esta una lección que especialmente necesitas oír? Explica.

Destellos del relámpago

1. Lee Juan 1:23 .
 - A. Según este versículo, ¿cuál fue el propósito único de Juan el Bautista?
 - B. ¿Cómo cumplió Juan este versículo?

2. Lee Ezequiel 33:7–9 .
 - A. ¿Qué significa ser un «atalaya»?
 - B. ¿Qué instrucción se da en los versículos 8–9 ? ¿Qué advertencia? ¿Se ajusta de alguna manera a nosotros? Sí o no, ¿por qué?

3. Lee 2 Corintios 5:19b–20 .
 - A. ¿A quién se le encarga el «mensaje de reconciliación»?
 - B. ¿Cómo vio Pablo sus responsabilidades hacia los inconversos? ¿Cómo se relaciona esto con nosotros hoy?

Capítulo 25: Lo atractivo de la santidad

Ecós del trueno

1. «Lo que le interesaba era que te despabilaras y te pusieras a cuenta con Dios porque Él viene y esto no es una probabilidad».
 - A. ¿Cómo «te despabilas y te pones a cuentas con Dios»?
 - B. ¿Cuál es un gran incentivo para hacerlo?

2. «No tienes que ser como el mundo para impactar en el mundo».
 - A. ¿Está de acuerdo con esta afirmación? Sí o no, ¿por qué?
 - B. ¿Qué tipo de impacto hacen en el mundo los cristianos que al parecer disfrutaban con lo que este por lo general disfruta? ¿Por qué?

3. «La santidad[...] es ser como Dios».
 - A. ¿Qué significado tiene para ti la palabra «santidad»?
 - B. ¿Por qué santidad es ser como Dios? ¿Qué clase de actitudes produce esto en nosotros?

4. «Cuando los actos y las palabras de una persona son los mismos, la fusión es explosiva. Pero cuando una persona dice una cosa y vive otra, el resultado es destructivo».
 - A. ¿Por qué es explosiva la fusión cuando los actos y las palabras de una persona son los mismos?
 - B. ¿Por qué es destructivo el resultado cuando una persona dice una cosa y vive otra?

5. «Llamarse hijo de Dios es una cosa. Ser llamado hijo de Dios por los que observan su vida es otra bien distinta».
 - A. ¿Te consideras un hijo de Dios? ¿Están de acuerdo contigo los demás que observan tu vida? Explica.
 - B. ¿Cómo te describirían los inconversos?

Destellos del relámpago

1. Lee Lucas 1:76–80 .
 - A. ¿Qué papel se le profetizó a Juan?
 - B. ¿Con qué propósito sirvió?

2. Lee Marcos 1:4–8 .
 - A. ¿Qué hizo Juan en el versículo 4 ? ¿Cuál era su aspecto (versículo 6)?
 - B. Según el versículo 5 , ¿cómo reaccionaron las multitudes?
 - C. ¿Cuál fue su mensaje específico? (versículos 7–8)?

3. Lee 1 Tesalonicenses 4:11–12 y 1 Pedro 2:11–12 .
 - A. ¿Qué aconseja Pablo a los tesalonicenses? ¿Por qué?
 - B. ¿Qué aconseja Pedro en el versículo 11 ? ¿Qué razón da en el versículo 12 ?

Capítulo 26: Mira antes de etiquetar

Ecos del trueno

1. «Es más fácil hablar de una persona que ayudarla».
 - A. ¿Por qué es tan grande la tentación de hablar de otros en una forma negativa?
 - B. ¿Cómo podemos animarnos para evitar este hábito pecaminoso?

2. «¿Significa eso que discutir sobre asuntos religiosos es malo? Por supuesto que no. ¿Significa que no deberíamos preocuparnos por la doctrina ni interesarnos por desear la santidad? De ninguna manera».
 - A. ¿Qué clase de discusión religiosa le agrada a Dios? ¿Cuál le desagrada?
 - B. ¿Qué clase de preocupación doctrinal y deseo de santidad complace a Dios? ¿Cuál le desagrada?

3. «El hombre no era víctima del destino; era un milagro a punto de ocurrir».
 - A. ¿Por qué este hombre era «un milagro a punto de ocurrir»?
 - B. ¿Podemos reconocer con anticipación quién es un milagro a punto de ocurrir? ¿Qué te sugiere este hecho?

4. «¿Cuál es la obra de Dios? Aceptar a las personas. Amar antes de juzgar. Cuidar antes de condenar».

- A. ¿Cómo podemos aprender a aceptar a la gente si no ha sido nuestra costumbre?
- B. ¿Podría alguien estar en desacuerdo con la afirmación de Max? ¿Cómo podrían ser palabras simplemente bonitas? ¿Cómo podemos ponerlas en práctica? ¿Qué puedes hacer *hoy en día* ?

Destellos del relámpago

1. Lee Juan 9:1–7 .
 - A. ¿Qué razón dio Jesús en el versículo 3 para la ceguera del hombre? ¿Por qué esto le parecería cruel a algunas personas? ¿Es, en realidad, así? Explica.
 - B. ¿Cómo demuestra este episodio que Jesús es la luz del mundo?
2. Lee Efesios 4:15 , 25–32 .
 - A. ¿Qué significa «hablar la verdad en amor»? ¿Cómo pones esto en práctica?
 - B. ¿Cómo los versículos 25–32 son una ilustración del versículo 15 ?
3. Lee Mateo 7:1–5 .
 - A. ¿Qué mandamiento nos da Jesús en el versículo 1 ? ¿Cuál es la razón para este mandamiento en el versículo 2 ?
 - B. ¿Cómo los versículos 3–5 son una ilustración del mandamiento de Jesús en el versículo 1 ?

Capítulo 27: En busca del Mesías

Ecos del trueno

1. «Imagínate que Jesús viniera a tu iglesia. No quiero decir de manera simbólica. Me refiero a una forma visible. Físicamente. De verdad».
 - A. Trata de imaginarte la escena. ¿Cómo luciría Jesús? ¿Qué haría?
 - B. ¿Cómo crees que reaccionaría tu iglesia? ¿Por qué?
2. «Es muy fácil criticar a los contemporáneos de Jesús por no haber creído en Él. Pero cuando nos damos cuenta cómo vino, entendemos su escepticismo».
 - A. ¿Qué aspecto de la venida de Jesús pudo haber provocado un escepticismo comprensible aunque no justificable?
 - B. Trata de ubicarte en el Israel del primer siglo. ¿Cómo crees que habrías visto a Jesús? Explica.

3. «Todavía pensamos que sabemos qué teléfono usa Dios y qué automóvil conduce. Todavía creemos saber cómo es su apariencia. Pero sabemos que nos ha dado sorpresas».
 - A. ¿Qué trata de decir Max en las primeras dos frases?
 - B. ¿Cómo se reconoce a Dios por darnos sorpresas?

4. «Cuando dejamos que Dios se defina, un nuevo mundo completo se abre ante nosotros».
 - A. ¿Cómo debemos dejar a Dios que se defina?
 - B. ¿Por qué se abre un nuevo mundo ante nosotros cuando dejamos que Dios se defina?

5. «El anciano vio a Jesús porque no sabía a quién se parecía. La gente en los días de Jesús no lo vio porque creía saber cómo tenía que ser».
 - A. ¿Cómo podemos encontrar a Dios si no conocemos su apariencia?
 - B. ¿Qué lecciones aprendemos de la idea anterior de Max?

Destellos del relámpago

1. Lee Juan 7:25–29 .
 - A. Según el versículo 25 , ¿qué empezó a sospechar la gente? ¿Por qué cambiaron de parecer en el versículo 27 ?
 - B. ¿Cómo usa Jesús sus preguntas para hacer una demanda acerca de Él? ¿Qué demanda hace?

2. Lee Lucas 7:33–35 .
 - A. ¿Qué objetó la gente a Juan el Bautista (versículo 33)?
 - B. ¿Cuál fue la objeción de la gente a Jesús (versículo 34)?
 - C. ¿A qué conclusión llega Jesús (versículo 35)?

3. Lee Mateo 25:33–35 .
 - A. ¿Cómo este pasaje nos enseña que hoy en día es posible estar en contacto con Jesús y aun así no reconocerlo?
 - B. ¿Cómo puede esto tener como resultado buenas y malas consecuencias?

Capítulo 28: Peter, Coyote y yo

Ecos del trueno

1. «Como Coyote, caemos. Pero a diferencia de él, nos quedamos en la quebrada por un tiempo. Aturdidos, heridos... y preguntándonos si este barranco tendrá una salida».
 - A. ¿En qué clase de «barrancos» has caído? ¿Qué te hizo salir?
 - B. ¿En qué aspectos se parecen tú y Coyote? ¿En qué aspectos son diferentes?

2. «Cuando caemos, podemos restarle importancia. Podemos negarlo. Podemos echarle la culpa a otros. O podemos hacerle frente a la situación».
 - A. ¿Cómo le restamos importancia a nuestras caídas? ¿Cómo las negamos? ¿Cómo le echamos la culpa a otros?
 - B. ¿Cuál es la mejor manera de enfrentar nuestras caídas? ¿Es fácil? Explica.

3. «Con Dios no podemos tener secretos. Confesión no es decirle lo que hicimos. Él ya lo sabe. Confesión es simplemente estar de acuerdo con Dios que nuestras acciones estuvieron erradas».
 - A. ¿Crees que esta sea una buena definición de confesión? Explica.
 - B. ¿Por qué Dios insiste que confesemos nuestros pecados?

4. «Mezcla las lágrimas del pecador con la cruz del Salvador y el resultado será un gozoso convoy saliendo de la quebrada de la culpa».
 - A. ¿Cómo las lágrimas de un pecador y la cruz del Salvador pueden combinarse para traer gozo?
 - B. ¿Has conocido este gozo del cual nos habla Max? Explica.

Destellos del relámpago

1. Lee Juan 18:25–27 .
 - A. ¿Qué clase de traspie se describe aquí? ¿Pudo haberse evitado? Si es así, ¿cómo?

2. Lee Lucas 22:61 .
 - A. ¿Qué clase de mirada crees que dio el Señor a Pedro? Explica.
 - B. ¿Qué efecto tuvo esta mirada en Pedro? ¿Por qué?

3. Lee 2 Corintios 7:8–11 .
 - A. ¿Qué hizo Pablo según se describe en el versículo 8 ? ¿Cómo se sintió después de hacerlo?
 - B. ¿Cuál fue el resultado de la acción de Pablo? ¿Cómo lo hizo sentirse?
 - C. ¿Qué principio encontramos en el versículo 10 ?
 - D. Según el versículo 11 , ¿cómo se «encarnó» este principio?

Capítulo 29: Listos para ir a casa

Ecos del trueno

1. «A veces nos comportamos como si la vida cristiana fuera un crucero de placer».
 - A. ¿Qué quiere decir Max con esta afirmación?
 - B. ¿Te has visto alguna vez actuando según la afirmación anterior? ¿Te has sentido tentado alguna vez a actuar de la misma manera? Explica.

2. «Cuando viene la congelación, salimos al hielo con tenedores, juegos y ropa liviana para pasar nuestros últimos días caminando contra el viento, a menudo culpando a Dios por permitir que caigamos en tal desventura».
 - A. ¿Que tiempos de «congelación» has experimentado en tu vida?
 - B. ¿Por qué resulta tan fácil echarle la culpa a Dios por cosas que Él no hace?

3. «¿Por qué la salvación de su alma fue tan urgente después de recibido el disparo y algo opcional antes de eso? ¿Por qué pospuso su decisión de aceptar a Cristo hasta estar en su lecho de muerte? Porque imaginó que tenía tiempo».
 - A. ¿Cuán a menudo crees que caemos en el mismo error en el que incurrió el general? ¿Por qué?
 - B. ¿Cuáles son algunas formas eficaces de demostrar lo peligroso de esta clase de error? ¿Qué harías si tuvieras que trabajar con alguien que también supone que dispone de tiempo?

4. «¿Qué provisiones llevas? ¿Estás cargando con tu parte de plata y vajilla? No te equivoques; eso puede ser importante aquí, pero no cuando llegues a la casa de tu Padre. Lo que importa es que tu Padre te conozca».
 - A. ¿Qué provisiones llevas?
 - B. ¿Te conoce el Padre? ¿Cómo puedes estar seguro?

Destellos del relámpago

1. Lee el Salmo 27:7–14 .
 - A. ¿Qué súplica hace el salmista en los versículos 7–9 y 11–12 ?
 - B. ¿Qué esperas según el versículo 10 ?
 - C. ¿Qué esperanza manifiesta el versículo 13 ?
 - D. ¿Qué advertencia hace en el versículo 14 ?

2. Lee Santiago 1:13–16 .
 - A. ¿Qué nos sentimos algunos inclinados a hacer cuando estamos en dificultades? (versículo 13).

- B. ¿Cómo responde Santiago a esto?
 - C. ¿Qué advertencia hace el versículo 16 ? ¿Por qué aparece esto aquí?
3. Lee Santiago 4:13–16 .
- A. ¿Por qué es una tontería planear el futuro sin tomar en cuenta a Dios?
 - B. ¿Cuál debe ser nuestra actitud?

Capítulo 30: El pueblo de la caverna

Ecos del trueno

1. «Los ruidos en la caverna eran lúgubres, pero la gente no lo sabía porque nunca había conocido el gozo. El espíritu en la caverna era de muerte, pero la gente no lo sabía, porque nunca había conocido la vida».
 - A. ¿Cómo alguien puede conocer su verdadera condición?
 - B. ¿Qué personas conoces que no esté consciente de su verdadera condición?

2. «La luz siempre hiere antes de ayudar», les respondió. «Acercaos. Pronto pasará el dolor».
 - A. ¿Por qué la «luz» siempre hiere antes de ayudar? ¿A quién representa la luz en esta parábola?
 - B. ¿Cómo ayuda finalmente la luz? ¿Cuán importante es el dolor? Explica.

3. «Lleva esto a tu pueblo. Diles que la luz está ahí y que la luz es calor. Diles que la luz es para todos los que la desean».
 - A. ¿Cuál es el punto focal en este pasaje?
 - B. ¿Qué luz se te pide que lleves a tu pueblo? ¿Quiénes son los de tu pueblo? ¿Ven ellos la luz en tus manos? Explica.

Destellos del relámpago

1. Lee Juan 1:3:13 .
 - A. ¿En qué sentido es Jesús nuestra luz?
 - B. ¿Cómo se inclinan los hombres a responder a esta luz (versículos 10–11)?
 - C. ¿Qué promesa aparece en los versículos 12–13 ?

2. Lee Romanos 1:13–17 .

- A. ¿Cuál era la meta de Pablo en el versículo 13 ?
 - B. ¿Cuál fue la actitud de Pablo en los versículos 14–15 ?
 - C. ¿En qué confiaba Pablo según los versículos 16–17 ?
3. Lee 1 Corintios 9:19–23 .
- A. ¿Cuál fue el compromiso de Pablo en el versículo 19 ?
 - B. ¿Cuál fue el método de Pablo en los versículos 20–22 ?
 - C. ¿Cuál era la meta de Pablo en el versículo 23 ?

Capítulo 31: Si solamente supieras

Ecos del trueno

1. «Fui amable. El pajarillo creyó que había sido cruel».
 - A. ¿Cuál fue quizás el pensamiento del pajarillo?
 - B. ¿Cómo muchas veces somos semejantes al pajarillo cuando Dios procura tratar con nosotros?
2. «Si solamente pudiéramos aprender a confiar en Él. Pero cuán duro es».
 - A. ¿Por qué a muchos nos es tan difícil confiar en Dios?
 - B. ¿Cómo aprendemos a confiar más en Dios?
3. «Su trueno sigue siendo apacible. Y su mansedumbre sigue tronando».
 - A. ¿En qué forma el trueno de Dios es apacible?
 - B. ¿En qué forma Dios «trueno» apaciblemente?
4. «El don y el Dador. Si los conocieras, sabrías todo lo que necesitas».
 - A. ¿Cuál es el don que menciona Max? ¿Quién es el Dador? ¿Qué es lo determinante en ambos, don y Dador?
 - B. ¿Conoces este don y al Dador? ¿Cómo puedes estar seguro?

Destellos del relámpago

1. Lee Juan 4:10–15 , 23–26 .
 - A. ¿Qué clase de agua quería la mujer? ¿Qué clase de agua le ofrecía Jesús?
 - B. Según el versículo 23 , ¿qué busca el Padre?
 - C. ¿Qué demanda hizo Jesús en el versículo 26 ?
2. Lee Jeremías 29:11 .
 - A. ¿Qué clase de planes tiene el Señor para nosotros?
 - B. ¿Cómo te hace sentir esto? ¿Por qué?

3. Lee el Salmo 9:10 .

A. ¿Quién confiará en el Señor? ¿Qué significa esto?

B. ¿A quiénes el Señor nunca abandonará? ¿Esto te incluye a ti? Sí o no, ¿por qué?

1

¹Lucado, M. 2001. *El trueno apacible* . Caribe-Betania Editores: Nashville